
MVNDO
HISPÁNICO

Los LECTORES *también* ESCRIBEN

Sr. Director de la Revista MVNDO HISPANICO.—Madrid.

Señor director: He tenido la oportunidad de ver y leer el interesante número del MVNDO HISPANICO dedicado al Año Santo (número 24, de marzo 1950).

Pero, ilustrando el artículo titulado «España Misionera», existe un mapa de misiones de España en América, en el cual mi país, el Paraguay, aparece mutilado de una forma espantosa, y toda la región oriental ha desaparecido. Como paraguayo, le hago llegar mis protestas por este hecho y mi desagrado más profundo.

Esbozo del mapa del Paraguay, tal como apareció en el número 24.

Esbozo del auténtico mapa de la República del Paraguay.

Quiero creer que éste ha sido un error completamente involuntario por parte de la Dirección de esta revista, pero que no debe suceder, máxime cuando se trata de una revista española: ¡de la Madre Patria!

Con este motivo le saludo atentamente. *Dr. Luis M. Ramírez Boettner.* Encargado de Negocios del Paraguay en Londres.

Nuestro ilustre comunicante hace bien en creer que se ha tratado de un error completamente involuntario. El mapa a que se refiere no pretendía tener ninguna precisión geográfica: solamente trataba de recoger sucinta y sinópticamente la labor de las misiones en América, y, por ello, nuestros dibujantes utilizaron como base otro mapa impreso, de simple propaganda, en el que figuraba aquel gran error. Fué, pues, la reproducción de un error. Pero la historia de este error no amengua, desde luego, el disparate, por el que pedimos perdón.

* * *

Antofagasta (Chile), 5 enero 1950.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Distinguido señor: Quisiera poder declarar que soy un asiduo lector de MVNDO HISPANICO, pero, desgraciadamente, su valiosa revista poco alcanza a llegar por este rincón del mundo, y que es, a la vez, un rincón del norte de Chile. Por lo que me respecta, ocasionalmente, apenas he tenido la oportunidad de conocer unos cuatro o cinco números de ella, por intermedio de algún amigo que la haya adquirido durante una estadía en la capital de este país.

Nada diré a usted en elogio de la revista de su dirección, por aquello que se dice acá, e indudablemente heredado del acervo de los proverbios españoles, de que «por bien sabido, se calla». Por demás estaría decir a usted que MVNDO HISPANICO es, en su género, insuperable, cuando a la vista está, y, por tanto, es sabido... Pero el caso es otro, y lo voy a comentar.

No me caben dudas de que ustedes recibirán la revista *Mundial*, que se edita en Montevideo (Uruguay).

Esta revista no deja de ser interesante, como circulación de habla española, en los países hispanoamericanos, aunque el 95 por 100 de sus páginas se nutre por medio de «la tijera»... y con un mínimo de «cosa propia»; por eso mismo sus editores la han bautizado con el nombre de *Mundial.*

Pero lo triste del caso es que leo en la primera página del número 191, del 3 de abril de 1949, un suelto titulado: *«España. Un MVNDO HISPANICO que no tiene nada de «Mundo» y menos de «Hispánico», para América.»* Dice, en sus partes pertinentes: *«Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de MVNDO HISPANICO... Se trata de una revista española para América, pero sin cosas de España y con cosas de América. La verdad, es desconcertante e inexplicable. Porque la verdad es que, gastarse una buena suma de pesetas, estén al precio que estén, para darnos a conocer cosas que, como los Andes, por ejemplo, conocemos tan al dedillo..., nos resulta superfluo, redundante e inútil. Para lo que hace MVNDO HISPANICO, tenemos muchas revistas en América, sin necesidad de que España se exprima para componerla. Lo interesante sería que MVNDO HISPANICO, hecho en España, trajera algo de España. Porque, para América, seguramente nos bastamos nosotros.»*

Bien, para un lector desapasionado, como yo, sin ser guiado por impulsos de celo o envidia periodística, es decir: absolutamente neutral, en la crítica de *Mundial* existe, por, partes iguales, la razón y la sinrazón.

Tienen razón, si MVNDO HISPANICO ha sido creado y es editado para ser «introducido o divulgado» en la América hispana, pues, entonces, debería ser una revista para dar a conocer a España en América.

Pero no tienen razón, en el caso de que MVNDO HISPANICO haya sido creado con el objeto de hacer conocer a los países de Hispanoamérica en España misma, divulgando entre los españoles «de España» lo que son estos países hispánicos, de madre hispánica y de lengua española; y que números de la revista lleguen a América, no significa que la revista esté dedicada a circular, por dedicación preferente, a nuestra América.

Menos razón tienen los señores de *Mundial* cuando dicen que en América «sobran» las revistas que pueden divulgar a América en América, cuando ellos mismos poco o nada hacen por la divulgación patria y continental.

Esto es todo, señor director.

Pero estimo que el subtítulo de: «La revista de los veintitrés países» debiera modificarse por una leyenda que diga, más o menos, así: «MVNDO HISPANICO. España en América y América en España.»

Quedo de usted atento y s. s.,

Humberto Sotomayor y O.

MVNDO HISPANICO no es una revista de España para América. Es una revista del mundo hispánico para el mundo hispánico. A la hora de los ejemplos, quizá los señores de "Mundial", de Montevideo, que deben de ser muy inteligentes, conozcan los Andes "al dedillo". No les negaremos nuestra admiración por esta sabiduría geográfica. Nosotros teníamos la sospecha de que para conocer los Andes "al dedillo" hacían falta, sobre poco más o menos, cien años de vida montaraz. También es posible que los habitantes de Montevideo que no hacen la revista "Mundial" conozcan los Andes bastante bien, y no decimos al dedillo porque no todos los vecinos de Montevideo van a ser tan turistas y tan trashumantes como los señores de "Mundial". Pero pudiera ocurrir que en Cuba, por ejemplo, o en Puerto Rico, verbigracia, no conocieran tan familiarmente los Andes, y esto bastaría para justificar aquellas páginas en MVNDO HISPANICO.

* * *

Tegucigalpa (Honduras), 19 diciembre 1949.

Sr. Director de MVNDO HISPANICO.

Muy señor mío: Una feliz casualidad ha traído a mis manos su revista correspondiente al número 8, de septiembre del año próximo pasado, 1948, la cual he leído con sumo agrado.

Entre los diferentes artículos, tan interesantes como instructivos, ha llamado poderosamente mi atención la llamada genial que hace en la primera página el escritor don Eduardo Carranza, y su sugerencia, no menos importante, en lo que él conceptúa «Preludios para un Himno».

En íntima conversación que he sostenido con varios poetas, tanto hondureños como centroamericanos, que radican en esta capital, es evidente el sincero y leal deseo de que se lleve a cabo un concurso, patrocinado por el Estado español, y en el cual puedan participar todos los poetas de habla castellana en el mundo, sin restricciones ni limitaciones de ningún género, para hacer efectivos los ideales que animan al señor Carranza.

Hemos discutido fraternalmente con estos literatos, y ellos me recomiendan sugerir que ustedes, siendo firmes baluartes de la cultura española de actualidad, puedan lanzar a la consideración del Ministerio de Educación de esa noble Madre común de todos nosotros, los indio-hispanos, esta excelente idea, cuyos grandes rasgos me tomo la libertad de delinear en seguida:

1) Que los poetas de habla castellana en todo el mundo concurran al concurso literario que auspicie el Estado español, a fin de someter sus trabajos sobre temas que canten las epopeyas magníficas y esplendorosas de España a selección de ellos. Que cada trabajo conste de no menos de 22 estrofas, en forma lírica libre, rimada, o al parecer del autor.

2) Que el premio que se conceda sea de pesetas 25.000 al triunfador, pasaje de ida y vuelta a España y permanencia allá, por cuenta del Estado, en el mejor hotel de Madrid, durante tres meses.

3) Que solamente exista *un premio*, y que, al margen del metálico, se consagre al triunfador, por medio del «lauro de oro», que se colocará sobre sus sienes, en presencia de las más altas autoridades del país y del Cuerpo diplomático acreditado en España, adjudicándole también un diploma de honor que le consagre como *poeta laureado de la raza.*

Por los conceptos anteriores ustedes podrán apreciar la cálida acogida que las insinuaciones hidalgas del escritor Carranza han tenido en los espíritus de nuestros apolonidas, quienes, además, ven también que un gesto tan hermoso como el que aquí deslindamos nos acercaría aún más a la Madre Patria y promovería un lazo de vinculaciones.

Ojalá, Hon. Sr. Director, que esta carta inicie estrechas vinculaciones entre los elementos de pensamiento de nuestros países, y que al llevar a cabo esta hermosa gesta literaria sean ustedes los que se lleven el galardón de haberle propiciado, en beneficio de la cultura superior de nuestra raza, nobilísima por miles títulos.

Quien esta carta dirige a usted tiene la honra de ser diputado electo al Soberano Congreso Nacional; miembro de la Sociedad de Autores de Honduras; poeta, ensayista, compositor de obras musicales y autor de varios melodramas.

Sin mérito para más, quedan en libertad de ordenar a éste su afectísimo seguro servidor, que les brinda su amistad,

Fernando Ferrari.

MVNDO HISPANICO agradece al señor Ferrari su idea, que queda ahí, para conocimiento general. (La carta nos ha llegado con algún retraso injustificado.)

ESTAFETA

Solicitan correspondencia

Don Gustavo Nieto Cevallos, de Ambato (Ecuador), Casilla n.º 2, con jóvenes de países hispanoamericanos, España y Marruecos, para intercambio de ideas, fotografías y sellos de Correos.

El doctor Max Olaya Restrepo, médico-cirujano, de Bucaramanga (Colombia), con algún médico español, para intercambio de ideas sobre los problemas de la medicina hispanoamericana y canje de producción bibliográfica española de Medicina y ciencias afines.

MVNDO HISPANICO

Galicia, la Galicia actual—Galicia en 1950—, va a ser ampliamente reflejada en las principales páginas del número próximo de MVNDO HISPANICO. Consideramos a Galicia muy estudiada y conocida en su aspecto histórico, monumental y arqueológico. También han sido muy divulgados los aspectos pintorescos de sus costumbres y las particularidades de su rico folklore narrativo y musical. Por ello, al trazar las directrices del temario, en el que colaborarán los mejores escritores gallegos de la hora presente y también sus mejores artistas, se ha procurado que los trabajos se orienten siempre hacia las facetas del vivir más reciente y la última inquietud de esas cuatro provincias del Noroeste de España, que representan hoy una gran fuerza creadora, dentro del conjunto peninsular.

Serán, pues, las páginas que MVNDO HISPANICO dedique a Galicia, un resumen de toda su pujanza y sus manifestaciones actuales, recogidas y trasladadas a la revista por sus escritores y dibujantes más eficaces: Otero Pedrayo, Vicente Risco, José Filgueira, Wenceslao Fernández Flórez, Augusto Assía, Torrente Ballester, Gamallo Fierros, Camilo José Cela, Eugenio Montes, etc., etc.; Castro Gil, Cristino Mallo, Lago Rivera, Portela, Laxeiro, Minguillón, Castro Arines, Torres, Maside, etc., etc.

Asimismo, la mayor parte de la gran cantidad de fotografías que ilustrarán los diversos trabajos han sido tomadas durante estos días especial y directamente para nuestra revista. La Galicia de hoy, con su vivir a la vez campesino, pescador, industrial y ciudadano, con sus colores verdaderos y sus perfiles más esenciales, podrá ser conocida y admirada de nuevo.

También abarca nuestro extenso temario sobre la Galicia de hoy el importante aspecto de la expansión de lo galaico en el mundo, especialmente en los países de Hispanoamérica.

Con este número, que aparecerá en el mes del Apóstol Santiago, MVNDO HISPANICO rinde un homenaje a todos los gallegos del mundo.

* * *

La portada del número de Galicia reproducirá en «offset», a todo color, un popular cuadro del ilustre pintor coruñés, actual director del Museo del Prado, de Madrid, D. Fernando Alvarez de Sotomayor, que representa el Berbés, barrio típico de pescadores de la ciudad de Vigo.

* * *

Recordamos a los escritores y periodistas hispanoamericanos y filipinos que el plazo de admisión de trabajos para el II Concurso de Reportajes de MVNDO HISPANICO (cuyas bases aparecieron en nuestro número anterior) se cerrará el 30 de noviembre de este año.

TERCER FALLO DEL "CONCURSO DE IDEAS", DE "MVNDO HISPANICO"

Damos una selección de las ideas fechadas en el mes de febrero. La correspondencia ha sido numerosa, y esta selección reducida no señala un olvido de cuantas indicaciones se nos hacen a través de este concurso. Ocurre que muchas de las ideas que se exponen a MVNDO HISPANICO no son reproducidas por alguno de estos tres motivos: a), porque no son periodísticamente aceptables, a juicio de la REVISTA*—tales las que andan a vueltas con la Historia—; b), porque muchas ya fueron realizadas en estas páginas, de modo periódico o no—como las que se refieren a reproducciones de cuadros de pintura antiguos y modernos—; c), porque ya fueron expuestas por otros concursantes en meses anteriores, y d), porque no aluden al contenido de la* REVISTA*, sino a detalles técnicos. Como ejemplo de este último caso podemos citar una de las ideas—la octava—que nos expone un eutrapélico y amable lector de Buenos Aires, a la sombra de dos pseudónimos: «Aristarco de Samotracia», en la carta, y «Juan Pérez», en el sobre. Dice así: «Dejar un margen más ancho en las páginas, pues al encuadernar los números se corre el riesgo de cortar el texto o* decapitar *los grabados.» La advertencia nos parece bien, sin puntos suspensivos. Y demos ya la selección:*

Don José María Koehler, un holandés avecindado en Valongo (Portugal), propone la frecuente publicación de artículos sobre el estado actual y realizaciones de los países iberoamericanos, así como la inserción en cada número de una página de humor hispanoamericano o español.

Don Carlos E. Meléndez Ch., de Heredia (Costa Rica), dice: «Se me ocurre que sería de suma importancia el que se hiciera una sección de consulta sobre asuntos españoles o hispanoamericanos, a los que responderían de seguro también los lectores de la revista o los colaboradores de la misma. Y ya que le insinúo esto, podría empezar esa sección inquiriendo detalles acerca del lugar en que se encuentra hoy día la biblioteca y papeles de la baronesa de Wilson, Emilia Serrano, o a quién podría dirigirme en solicitud de detalles.»

Don Jorge O. Moreno Muygueytio, de Quito (Ecuador), calle de Cuenca, número 709, dice: «Nos gustaría a mí y a todos mis amigos que, mes tras mes, se reúnen para leer y curiosear nuestra revista, ya que ustedes disponen de medios tan magníficos para hacer de cada número una novedad y una verdadera delicia, que hiciera reportajes sobre las flores y aves nacionales de cada una de las naciones que formamos este Gran Mundo Hispánico. Además, nos gustaría que fuera MVNDO HISPANICO la primera publicación de nuestra lengua que diera la idea de empezar las Olimpíadas Hispanoamericanas, pues así como en la antigüedad los pueblos helenos mantuvieron por largos decenios su unidad por medio de las olimpíadas, a las que concurrían no sólo atletas, sino también poetas, oradores, filósofos, así nosotros también podríamos resucitar esas viejas ideas, que si fueron paganas, tomarían un tinte netamente cristiano si concurrieran no sólo atletas, sino también teólogos, artistas religiosos, oradores sagrados. Siendo la justa más completa del saber y de la potencia muscular de los hombres de nuestra raza, no estarían excluidos los médicos ni los abogados ni todo lo que signifique fuerza viva y creadora de nuestra vieja estirpe.»

El premio mensual de febrero corresponde a don Jorge O. Moreno Muygueytio, de Quito (Cuenca, 709), más por lo de las flores y los pájaros que por lo de la olimpíada, aunque esta idea ya queda lanzada en las líneas anteriores. Por lo que se refiere a las flores nacionales, precisamente desde hace unas semanas «M. H.» se encuentra preparando unas páginas en offset a todo color, en las que irán reproducidas las flores nacionales o las más típicas de cada uno de los países hispanoamericanos, Filipinas y España. De acuerdo con la petición del señor Moreno, tendremos en cuenta asimismo a los pájaros. Damos la enhorabuena al señor Moreno y le recordamos que el premio que acaba de ganar consiste en un lote de libros por importe de 500 pesetas, que pueden ser seleccionados de los catálogos de las librerías españolas. «M. H.» adquirirá los libros que el ganador le indique, si no estuviesen agotados, y se los remitirá a su domicilio en Quito.

ESCUDOS HISPANICOS



He aquí una serie de escudos de ciudades y naciones hispanoamericanas, filipinas o españolas. En la relación que exponemos a continuación, al lado de cada número puede el lector colocar el nombre de la ciudad o nación que considere pertinente. Las respuestas aparecen en la página 58.

1	8	15 ....
2	9	16 ....
3	10	17 ....
4	11	18 ....
5	12	19 ....
6	13	20 ....
7	14	21 ....

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MADRID — MEXICO — BUENOS AIRES

NÚM. 27 ☆ JUNIO, 1950 ☆ AÑO III ☆ 12 Ptas.

"EL SELLO DE CORREOS ESPAÑOL HA CUMPLIDO CIEN AÑOS". En las páginas centrales, amplia información literaria y gráfica.



La portada de este número reproduce un cuadro—*Riña de gallos*—del pintor filipino Luis Lasa Maffei, quien ofrece una visión original de las peleas de gallos en su patria.

Colaboración artística: Luis Lasa Maffei, F. Sáez, Lorenzo Goñi, Mampasso, Fresno, Gabriel, Pena, Luis y Daniel del Solar.

Colaboración gráfica: Müller, Archivo Ministerio del Aire, Zubillaga, Kindel y Archivo RENFE, de Madrid.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID — ALCALA GALIANO, 4 — TELEFONO 23-05-26 — APARTADO 245
DIRECCION TELEGRAFICA: MUNISCO

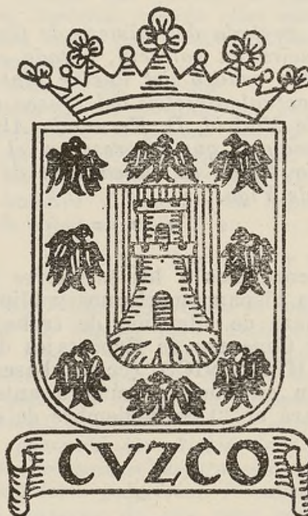
EMPRESA EDITORA:
EDICIONES «MVNDO HISPANICO» — ALCALA GALIANO, 4 — MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) — PIZARRO, 17 — MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) — OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) — FOTOGRABADO, LANGE Y FUGUET

Cuando el NOMBRE suena...

CUZCO



«La ruina de la ciudad dos veces consagrada por la Historia como urbe imperial, por el Incario con sus adoratorios y por el genio de España con sus símbolos de fe, es el acontecimiento máximo de estos días agitados», ha dicho tristemente y con profunda verdad el escritor peruano C. E. Paz Soldán. Ciertamente, si algo puede servir de consuelo al dolor del Perú, es la presencia cálida y fraternal de los pueblos de su misma estirpe, unidos ahora ante el dolor. Y tiene especial significación que, entre las voces amigas que primero se alzaron con propio dolor ante el dolor hermano, figure la de España, cuya sensibilidad se siente herida del mismo dolor que hiere a cualquiera de los países hispanoamericanos.

Entre todas las naciones europeas que en distintos momentos de la Historia han levantado ocasional bandera de comunidad cultural con América, sólo España se siente conmovida interiormente por la tragedia de Cuzco, porque sólo ella sufre como propios los dolores de los pueblos hispánicos y goza sus alegrías colectivas. Con el mismo vigor que España respondiera a la hora de restañar recientes heridas de la fatalidad, sufridas en su propio suelo—casos de Santander y Cádiz—, surgen ahora las iniciativas eficaces para acudir a la reedificación de esa ciudad única—«capital arqueológica de América»—, que ahora ha sido visitada por la fatalidad. Ya cuenta el Instituto de Cultura Hispánica con la colaboración de los más famosos toreros españoles de la hora presente, los representantes de este milenario culto a la destreza y el valor humanos, que tanto apasiona a los públicos de España y el Perú, para celebrar las corridas de toros que tendrán lugar en distintas plazas españolas, a beneficio de la reconstrucción de Cuzco.

También los Coros y Danzas de España, de cuya reciente visita a Hispanoamérica no se han extinguido los aplausos entusiastas, muy especialmente en el Perú, ofrecerán la gracia de su arte y su feminidad como aportación a la gran obra que Cuzco demanda de todos los que sientan con verdadero dolor fraternal su tragedia. Un periodista español que relató para la Prensa española los éxitos de aquella expedición folklórica por tierras de la América hispana, invoca con estas palabras la colaboración de Coros y Danzas: «Que la gaita y el «chistu», la guitarra y la copla, el coro y la danza, pidan a los españoles en el santo nombre de Cuzco.»

Y también se pide que nuestros futbolistas, los representantes de esta moderna «furia española», jueguen en América para la reconstrucción de la ciudad milenaria, «porque, al fin y al cabo—según frase del citado periodista, Rafael García Serrano—, atletas españoles eran quienes edificaron la nueva maravilla de Cuzco sobre la resistente hermosura de los incas». También se espera que la Universidad, la tradicional Universidad española, que engendró allá saberes americanos al ritmo de Salamanca y Alcalá, encontrará el medio de colaborar a que de nuevo vuelvan a oírse las voces de la cultura hispánica en la vieja Universidad de San Antonio de Cuzco, sellándose así una vez más a través de la Historia el pacto de amor entre lo hispánico y lo aborigen, en cuya síntesis descansa la nacionalidad peruana de hoy.

Todo ello muestra que, como en la anterior trágica ocasión de Ambato, como en tantos momentos de sufrimiento hispanoamericano, España ha hecho verdad la continua presencia en su vida contemporánea del continente que ella civilizó. Y tal vez en esta ocasión, con más vigor y más entusiasmo que nunca, porque Cuzco es también uno de los lugares en donde el impulso edificador y poblador de nuestro Siglo de Oro se volcó, dejando buenas muestras de los estilos renacentista, el plateresco y el barroco, con mayor deseo de dejar una obra perdurable y que admitiese comparación con la ciclópea y maciza arquitectura incaica. El empeño fué plenamente logrado, y sobre la fuerza indestructible y horizontal de lo indio, España alzó la gracia vigorosa y vertical de lo católico, con la piedra votiva de la Catedral, que ha resistido casi totalmente el furor de la tierra, lo mismo que la iglesia de la Compañía, aunque Santo Domingo, San Francisco, El Belén y otros templos cristianos hayan sido muy gravemente dañados por la rebeldía ciega de las fuerzas telúricas.

España quiere ahora que su ofrenda sea empleada en la reconstrucción del perfil incaico. Para ello también, la Iglesia española está dispuesta a realizar una colecta extraordinaria en todos los templos de la nación que llevó el catolicismo. Es difícil que en otro país del mundo se conjugue como en España el conocimiento técnico con el sentido de exacta fidelidad al espíritu, que supo armonizar maravillosamente en Cuzco la erección de una ciudad católica y moderna con el respeto a un glorioso pasado aborigen. Porque no se puede mirar la reconstrucción de Cuzco como la obra fría y racional de un compás y un cartabón cuidadosamente adiestrado. Más que un problema de cálculo es problema de «pálpito», y España está, como siempre, atenta al amor y al dolor de los pueblos hermanos de América, y ante la tragedia que hoy azota el corazón de los peruanos, ella pone una orla de luto en el ámbito universal de nuestra estirpe.

Así era CUZCO



A ti la desgracia, sagrada ciudad de Príamo!»

Déjame, oh Cuzco, que yo cante también tu desdicha con virgiliana lira y que temple mi prosario, asomado ahora al balcón de tus cuitas, como antaño ensalcé anonadado tu magnificencia. Porque tu nombre, ¡oh Cuzco!, era estrofa en mis recuerdos, y estrofa es lo que vuelve, y yo vuelvo a ti en la hora de tus lágrimas.

«¡Oh gran ciudad, yo te saludo!» Así te dije yo un día, no muy próximo, cuando, otro español en América, peregrinaba por el altiplano huraño admirando proezas de los míos. Como te saludaron tus antiguos, te saludé yo entonces. Llegué muy cerca del árbol de los adioses, y allí, junto a tus puertas, me hinqué de rodillas, y de mis labios salieron palabras de siglos. «¡Oh gran ciudad, yo te saludo!» La misma frase que yo oí de los indios, la misma también que oyó Cieza, el historiador, quien nos dejó dicho: «...yo me acuerdo haber visto por mis ojos a indios viejos, estando a la vista del Cuzco, mirar contra la ciudad y lanzar un alarido grande, el cual se les convertía en lágrimas salidas de tristeza, contemplando el tiempo presente y acordándose del pasado, donde en aquella ciudad por tantos años tuvieron señores de sus naturales...» Desventuras que también presenció el inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y de una princesa incaica, cuando, mocito de dieciséis años, veía llorar a sus parientes de la sangre real del Perú, sentados a las puertas de sus casas, en el Cuzco, las pesadumbres de su linaje.

Mi saludo en horas de dicha vuelve hoy con el acíbar del dolor y del sufrimiento. «¡A ti la desgracia, sagrada ciudad de Cuzco!» Y déjame también hoy entre los tuyos cantar con el poeta:

¡Cuna de mis mayores, amada cuna mía!

¡Cuzco mío! ¿Qué te han hecho ahora con tantos temblores? ¿Por qué esos espasmos, que han afeado la tersura de tus bellos edificios? ¿Acaso Madre Tierra no quiere soportar ya la momia petrificada de una civilización que los tuyos embal-







A la izquierda: Iglesia de la Compañía. Arriba: Pintura de la escuela cuzqueña. Abajo: La Catedral, principal joya arquitectónica del arte virreinal.

Arriba: Abside de Santo Domingo, antiguo templo inca dedicado al Sol. A la derecha: Dos indios de El Cuzco, con poncho y montera, tocando el «pututo».







samaron con siglos a 3.500 metros de altura? ¿O son los espíritus de tus vírgenes, doncellas del Sol y del Inca, que vuelven por los fueros de su antigua grandeza? Quizá tus antiguos señores, temidos y temibles, hayan abandonado sus tianas de oro en el templo del Sol y anden danzando por aquel recinto, acotado sólo para el Inca y los sacerdotes. ¿No era la persona del Inca visible sólo en determinadas ocasiones? ¿No lo contemplaban tus súbditos únicamente en esta plaza de nombre poético, «andén del llanto»? Que uno historió: «Y de esta manera eran tan temidos los reyes, que si salían por el reino y permitían alzar algún paño de los que iban en las andas, para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan gran alarido, que hacían caer de lo alto a las aves que iban volando, a ser tomadas a mano...»

¿Qué te han hecho, Cuzco mío? ¿Acaso Manco Capac ha lanzado de nuevo sobre ti su barra de oro? No, que yo sé—me lo contaron una noche entre relámpagos y truenos sobre las aguas azules del Titicaca—que Manco Capac surgió de ese lago, el más alto, porque allí terminaba el mundo, pero con misión de paz. Su arma era, en efecto, una barra de oro, para la labranza, que no para el combate. Rey e hijo de dioses, moralizador y renovador de hombres, iba acompañado de su mujer, Mama Ollco, tejedora y maestra en artes domésticas. La barra se hundió en el Huanacaure, tierra negra, con horizonte y con luz. A los pies de la montaña estaba una ciudad. ¡Porque tú ya existías, Cuzco mío! Con arquitectura de cumbres hicieron tus moradas. El Sencca, el Pachatusán, el Huanacaure, el Picol. Y más arriba, el Ausangate y el Salccantay. Montañas con nombres de leyenda y de historia. Y así fuiste, Cuzco mío, por razón de la geografía, de la historia y de la supervivencia del mito, el centro vivo del paisaje. Tú ya existías hacía mucho tiempo. Que te hizo Wiraccocha, el creador del orbe andino, el que, para los aymarás, creó la tierra, el sol y la luna, cuando no había lumbre ni día, «el que destruyó la humanidad que había formado para que habitara el mundo oscuro y la convirtió en piedra; luego creó el sol, la luna y los astros, y formó otra humanidad que poblara la tierra iluminada. Era alto de cuerpo y tenía una vestidura blanca, que le daba hasta los pies, y esta vestidura traía ceñida; el cabello corto y una corona hecha en la cabeza, a manera de sacerdote. Y fué caminando por las altas cimas de la cordillera, desde el lago hacia el norte. Iba llamando a voces y levantando los brazos, y los hombres aparecían de las cuevas y precipicios, hasta que llegó al Cuzco, donde, llegado, dicen que hizo un señor, al cual puso por nombre Alcavisa, y puso nombre asimismo a ese sitio, donde ese Señor hizo Cuzco; y dejando orden cómo después que él pasase produjese los orejones, se partió adelante haciendo su obra...» Y allí te quedaste tú, Cuzco mío, en el altiplano. Meseta sin límites, monótona y sola. Ocre el terreno, ocre los pueblos de barro, ocre la piel de tus hijos. El altiplano, huraño y esquivo, donde la tristeza se hizo piedra y la piedra se tornó en tristeza. «Leguas y leguas de extensión árida, en la que no crecen otras plantas que la paja brava y el silencio. Sopla sobre ella un viento de hielo, que baja de las altas cumbres, cuyas moles, arrebujadas en la distancia, se yerguen al borde de la meseta lunar, inaccesibles, eternas, visitadas en su altura sólo por el tiempo.»

En aquel mundo exánime y maldito, tú, Cuzco mío, fuiste un oasis. Cerca estaba Machu-Picchu, donde los incas se detenían para adorar a la Luna, encerrada en el imponente santuario, servido sólo por mujeres. Enfrente, sobre las cumbres del Huainapicchu, la fortaza que protegía el santuario, defendida sólo por hombres. Más abajo, Arequipa, la ciudad blanca, con el humo amenazador de sus volcanes, que aun no se apagaron. Luego estabas tú, Cuzco mío, con tus templos del Sol, de la Luna, de las Estrellas y del Rayo, con terrazas adornadas de jardines artificiales de oro y plata. Láminas de oro cubrían las paredes y las cornisas del templo del Sol, y sentadas en tianas de oro, las momias de tus incas formaban dos filas frente a la imagen del dios, representado por una plancha lúcida y maciza de oro. Enfrente, la residencia de las vírgenes escogidas de la nobleza imperial, que servían al Sol y al inca. Palacios, templos y plazas. Eso fuiste tú, Cuzco, en la época de tu imperio. Morada de incas y, por privilegio, sede de la nobleza. Sin barrios ni casas para la gentecilla. Así te hizo «el renovador del mundo», «el de la piedra gigante», el que puso orden y concierto en aquella desordenada cadena de pueblos de adobes y de paja. Así te contempló aquel inca, mocito de dieciséis años, hijo de un capitán español y de una princesa incaica, que te llamaba «Cuzco, centro, ombligo del mundo». Así también los viajeros, que, de rodillas ante tus puertas, te decían: «¡Oh gran ciudad, yo te saludo!»

Un día también, Cuzco mío, viste a mis mayores. Eran sólo ciento ochenta; unos a caballo y los otros a pie. Venían los españoles de Cajamarca, pasaron por la cordillera, bajaron a la costa y volvieron a subir a los caminos de la altura. Los tuyos los miraron atónitos. Nada detenía a los míos. Ni la intemperie temible y desesperante de los llanos helados, ni el cauce de los ríos profundos, ni la altura de las montañas, ni las flechas de tus nativos. Con fe y tenacidad implacables repitieron una vez más la aventura. «A golpes derribaron el ídolo de Pachacamac, animador del mundo según la creencia de los millones de hombres que poblaban el Tahuantinsuyo; contemplaron desde una abra, sin aparente sorpresa, la capital del Imperio, su gris e imponente estructura de ciudad labrada en siglos por manos reverentes, y entraron en ella al trote, como quien toma posesión de lo que es suyo.» «Era tanta la gente que venía a vernos en el Cuzco—cuenta Pedro Pizarro—, que los campos

Balcones de madera pintada dan alegre nota popular a la austera Plaza de las Armas.





A la izquierda: Fachada y cúpula de la iglesia del Triunfo. Abajo: Sillería del coro de la iglesia de la Merced. A la derecha: Púlpito y retablo de la iglesia del Seminario. Verdaderas maravillas cuzqueñas que han sufrido los efectos del terremoto.







A la derecha: Frontispicio de la Universidad de Cuzco, al lado de la Iglesia de la Compañía, en la Plaza de Armas. Abajo: Un detalle de las columnas del templo de San Sebastián, en que se pueden apreciar arabescos y arquitectura.



estaban cubiertos. Pues entrado que fuimos a la ciudad con el marqués, hizo aposentar toda la gente alrededor de la plaza, aposentándose él en Casana, el palacio de Huayna Capac.»

Y cuatro meses después, el 23 de marzo de 1534 llevábase a cabo la fundación española de la ciudad. En la capital del Imperio se asentó el señorío hispano frente a la estepa fértil en pastos y ganados, grande como un mar y orillada en el lejanísimo confín por los eternos heleros de silencioso resplandor. Por tercera vez nacías a la historia, Cuzco mío. Te hicieron los míos en un afán supremo de superación. Porque fuiste la obra maestra de la colonización peruana. Acaso porque en ningún otro lugar pudieron sentir los míos incitación tan poderosa para su capacidad creadora y su afán misionero. La ciudad sagrada de los Incas era para ellos un reto y una invitación. Había materiales y gente con destreza para infundir en la piedra o en el lienzo, en el ladrillo o en la madera, el soplo artístico del quechúa cristianizado. Luego aquel horizonte, con cielo de ilimitada hondura y tránsitos de claridades y de sombras, camino abierto a la meditación y a la proeza, montañas cargadas de religioso misterio. Así fuiste tú, Cuzco mío, el más importante centro artístico de toda la América del Sur. No como Lima, una ciudad improvisada, sino asentada sobre los templos y los palacios incaicos en acertadísima conjugación de arquitecturas tan dispares, que hicieron de ti un conjunto urbano único en el mundo. Y así surgió la catedral, que recabó cien años de trabajo, y las iglesias del Triunfo y de Jesús María. Y el templo de la Compañía, el más bello de toda la América del Sur, en piedra dorada y fina para recibir una talla prolija. Y los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, y los bellos palacios barrocos, y la Plaza de Armas, con sus soportales, sus abiertos balcones y sus tiendecillas de abarrotes y dulcerías.

Estas piedras, Cuzco mío, que ahora se han resquebrajado son también nuestras. Entre sus muros nacieron muchos que llevaban mi sangre, hablaban mi lengua y rezaban a mi Dios. Ah, y oyeron, como yo, sobre las desnudas montañas de la cordillera andina, volar al aire frío de la tarde invernal las voces broncas de la «María Angola», la legendaria campana de la catedral latina. Por eso, Cuzco, déjame que yo esté hoy contigo en tu dolor, que es también mío, y cante entre los tuyos con el poeta:

«¡Cuna de mis mayores, amada cuna mía!»

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ



Colocación de las afiladas cuchillas en los espolones del gallo.



Un cuidador prueba sobre su carne el filo de las cuchillas.



Colocadas las cuchillas en las patas del gallo, sobre los espolones, son afianzadas para que no se desprendan durante la pelea.



En el momento de iniciarse la pelea, los gallos son enfrentados y azuzados por sus cuidadores, para provocar su bravura.

PELEAS de GALLOS en MANILA

Por J. BOURING

EN lo que más resalta la pasión extraordinaria del filipino por el juego, es en su desmedida afición a las riñas de gallos, tan características, que no puedo por menos de entrar en algunos detalles.

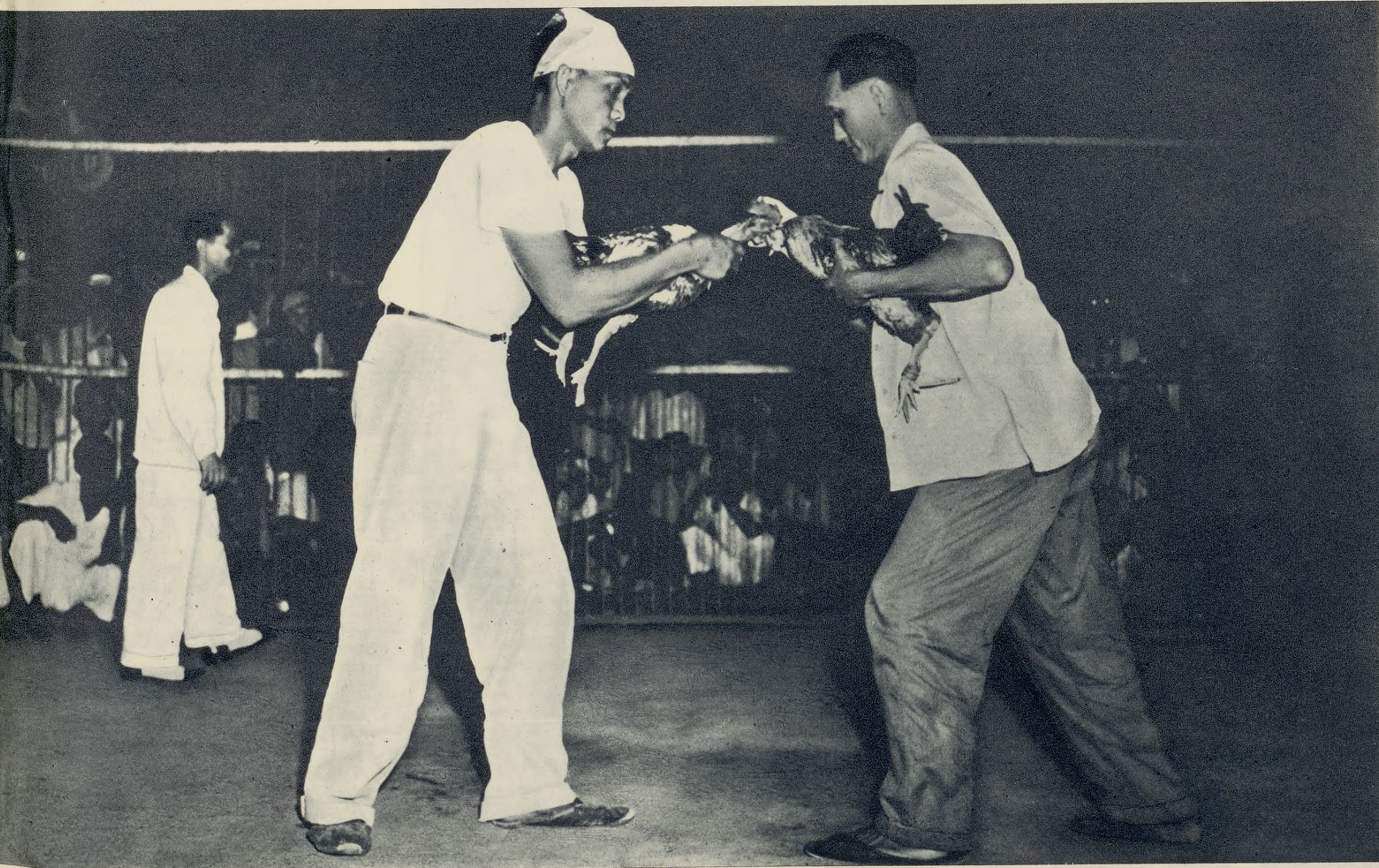
Un escritor, después de demostrar la antigüedad de estas peleas y de trazar su historia, dice: «En España hay una afición notable por las riñas de gallos, poniéndose sumo cuidado en amaestrarlos y prepararlos para el combate*. En América, esta diversión es una pasión dominante, pero en Filipinas esta pasión es un verdadero delirio, y ninguna ley puede hacer variar el número y duración de las riñas. Estas producen tal carnicería en los combatientes, que bien puede dársele el calificativo de inhumana. En algunos puntos suelen afilar los espolones de los gallos, pero en Filipinas se los arma de navajas y la casualidad, más bien que la destreza, decide la cuestión. Mueren todos los días una infinidad de gallos, pero no por eso se disminuye su número, pues difícilmente se encontrará un pueblo que no cuente con más gallos que habitantes.

En el Puente Grande de Manila, y entre cuatro y cinco de la mañana, se oyen por todas partes, a todas distancias y en todas direcciones, miles de gallos, como «penetrantes trompetas», pareciéndose a un cordón de señales que pasa de boca en boca desde el pueblo de Bangui, en Ilocos Norte, hasta el de Manog, situado en la punta sur de Albay. Hay gallos en cada casa, en cada rincón, al pie de cada árbol, a lo largo de los muelles y playas, en la proa de cualquier barco de cabotaje, y, como si todo esto no fuera bastante, se encuentran, además, esculpidos y pintados con carbón en las paredes, para que el público los admire.

He aquí un anuncio de gallera tomado de un periódico de Manila (año 1876): «Gallera principal de Tondo. El que suscribe hace saber al público que en todos los días señalados para gallera, acudirá a ésta gran concurrencia, una buena parte de la cual se compondrá de chinos, pudiendo tener efecto en un solo día de 90 a 100 vistas, y siendo esto debido, no sólo a la seguridad de la gallera, que es de teja, sino también a que la moneda que en ella circula es buena.—Dalmacio Olegario.»

Es considerada por el filipino como una falta de cortesía el tocar a un gallo de pelea, y siempre se solicita permiso del dueño para examinarlo. El gallo es objeto de muchísimos cuidados y caricias: come, canta y duerme en los

* Suponemos importada de América la afición a las riñas de gallos en algunos pueblos de Andalucía, porque no se conoce en otras provincias peninsulares. (N. del E.)



Otra fase de la provocación inicial, en la que los gallos se dan los primeros picotazos. →



Los gallos en plena pelea. Uno ha perdido una cuchilla.



El cuidador atiende a un gallo que ha sido derrotado y herido.

Desde las graderías, colmadas siempre, el público entusiasta interviene en las apuestas valiéndose de simples señales de las manos.

brazos de su amo; no se aparta de su pensamiento, y hasta lo he visto celebrado en verso en los términos más afectuosos. Cuando ha salido victorioso repetidas veces en la pelea, es sujeto a un minucioso examen con el fin de descubrir por sus señales exteriores lo que puede servir para caracterizar su mérito: se le cuentan las escamas de los pies, se observa su figura y distribución, la tendencia e inclinación de los círculos de los espolones y si éstos se asemejan uno a otro; la forma de los dedos y uñas y el número y colores de las plumas de las alas (siendo once el número favorito). Los ojos blancos son preferidos en el gallo a los castaños, y son buscados los de cresta corta. A cada gallo se le nombra con relación al color de su pluma: al blanco le llaman «putí»; al rojo, «pulá»; «talisain», al blanco con pintas negras; al de cuerpo rojo, cola y alas negras, «bulic» o «taguiguin»; al negro, «casilien» o «maitin»; blanco y negro, «binabay»; al ceniciento, «abuen»; al blanco y negro con patas de este último color, «tagaguin», y así otros muchos. Al gallo silvestre le llaman «labuyo».

Sobre el espectáculo de las riñas de gallos, vamos a recoger la siguiente y acabada descripción de Buzeta:

«El filipino tiene una pasión inveterada por este juego, que ocupa el primer lugar entre sus diversiones. El gallo es el principal objeto de su cuidado, su compañero asiduo, y lo lleva hasta la puerta de la Iglesia, en donde lo deja atado a un palo de caña clavado en tierra, hasta que termina la misa. Por ningún dinero se desprende de su gallo favorito, y algunos poseen hasta media docena de estos inapreciables tesoros, a cuyo servicio se les ve exclusivamente dedicados.

Para estas riñas, cada pueblo tiene su gallera, que produce al Gobierno una renta bastante considerable. Las galleras son grandes edificios construidos de troncos de palma, caña y nipa, y se reducen a un gran salón a que dan luz varias ventanas abiertas en el techo. En el centro se halla un tablado de unos cinco pies de elevación y rodeado de galerías de caña, a las que llegan los espectadores y pagan con arreglo a la proximidad y conveniencia de los asientos. Las galleras, por lo general, se encuentran llenas de concurrentes. El filipino entra con su gallo bajo el brazo, le acaricia y le coloca en el suelo; le vuelve a coger, le acaricia con la mano, le dirige la palabra, le echa el humo de su cigarro, le estrecha contra su pecho y, por fin, le dice que pelee con bravura. El gallo, generalmente, canta entonces con orgullo y desafiando al enemigo. Se presenta el rival; se les ata a ambos un cuchillo o navaja de dos filos al espolón natural, y después de hacer que por algún tiempo se miren uno a otro, se da la señal de principiar el combate, notándose entonces extraordinaria agitación en la concurrencia, hasta que un alguacil anuncia que está terminada o cerrada la apuesta, a cuyo anuncio se sigue un silencio impresionante. Los dueños de los gallos se retiran a otra señal y los combatientes se contemplan con las plumas erizadas, mueven la cabeza y se arrojan uno sobre otro, continuando la riña hasta que uno de ellos cae mortalmente herido. El vencedor se echa sobre él y canta en señal de victoria, no siendo extraño que el herido se levante y se vuelva contra su enemigo. Si uno de los gallos huye, como sucede algunas veces, pierde y es condenado a ignominiosa muerte, desplumándosele y colgándolo de esta suerte fuera de la gallera. Las heridas del que sobrevive son lavadas con una infusión de hojas de tabaco en vino de coco, teniéndosele desde este momento en gran estima, para apostar a su favor; pero si queda inútil para nueva refriega, es cuidado cariñosamente por su dueño, habiendo médicos y casas a propósito donde se dedican a curar sus heridas.»

En los alrededores de la gallera se ven numerosos puestos, en que, preparados por filipinos y chinos, se ponen a la venta vinos dulces y secos, chocolates y otros refrescos. Las riñas duran todo el día, haciendo olvidar hasta los encantos de la siesta, y el filipino vuelve a su casa después de puesto el sol, miserable y arruinado, por lo regular.

Los filipinos nos mostraron varias veces deseos de que fuésemos testigos de estas diversiones, enseñándonos sus gallos favoritos para que los admiráramos; pero tuve poca curiosidad de presenciar las luchas, aun cuando no cabe duda que son muy pintorescas, o, al menos, algo más que las de hombres.

(El anterior trabajo, del escritor y viajero anglosajón J. Bouring, está fechado en Manila, en 1876. Hemos reproducido esta vieja crónica porque, tres cuartos de siglo después de haber sido escrita, refleja perfectamente el ambiente filipino en torno a los gallos de pelea.)

ESPAÑA desde el AIRE

Por MANUEL G. DE ALEDO

EL paisaje desde el aire, casi inédito aún, es un paisaje vertical. Hasta el momento, nadie nos había ofrecido una visión vertical de España. Desde el aire, la Península Ibérica es tan bella y tan apasionante como desde los otros puntos de proyección.

Si nos viésemos forzados a resumir en un solo calificativo la cualidad más acusada de España, diríamos sin dudar: diversa. España es diferente, distinta, lo mismo geográficamente que climatológicamente; por igual desde un punto de vista histórico que costumbrista. Así vemos que en este suelo se dan las cumbres de nieves perpetuas y el clima bonancible; y las llanuras interminables junto al macizo escarpado o la meseta de gran altitud. Es esta de la variedad una virtud inapreciable para nuestra perspectiva vertical. Todo aquel que haya volado sabe que aquello que puede quitar aliciente o belleza a un viaje por el aire es la monotonía. Las grandes extensiones, bien de tierra, bien de agua, cuando se viaja en avión, no pueden conducir a otra cosa que no sea el tedio y aburrimiento. No existe ese peligro en la Península. España está dividida por una serie de espinas transversales que delimitan concretamente unas zonas peculiarmente distintas y hasta, en ocasiones, abiertamente opuestas a las colindantes.

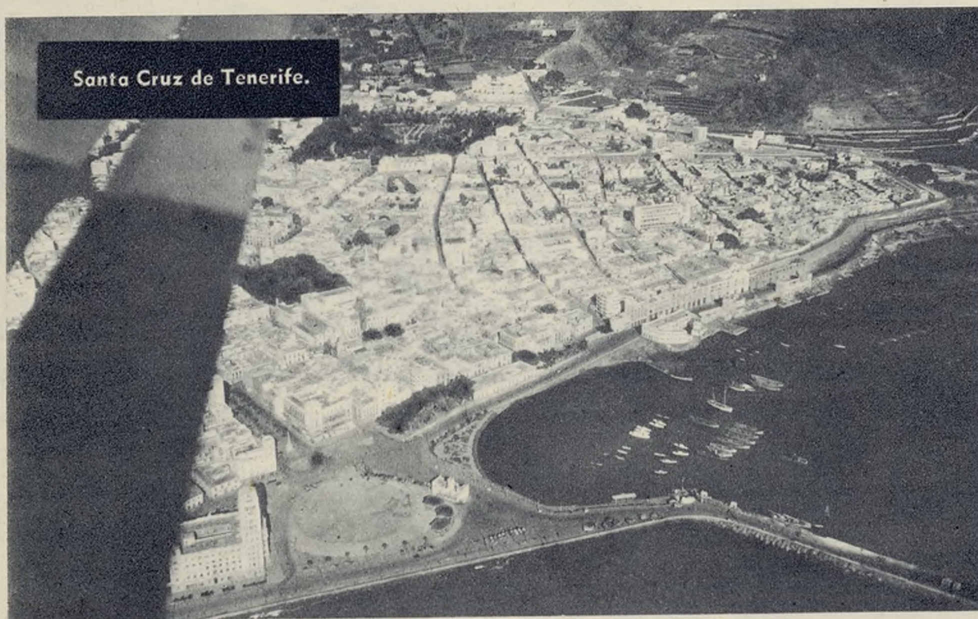

Córdoba.


Zamora.

Pero no es ésta, con ser muy importante, la única virtud del suelo español bajo la visión vertical, puesto que habrá, además, que sumarle sus tradicionales bellezas, que no han de sufrir menoscabo, antes bien, ganarán realce, desde la nueva visión. Desde luego, se ganará siempre en conjunto. Lo que desde la superficie hemos de contemplar fragmentariamente, cuyos fragmentos hemos de acoplar en nuestra imaginación, para hacernos una idea general, se nos ofrece desde el aire de una vez.

Sea el punto de partida de nuestro reportaje vertical las Islas Canarias. Estas son un florido vergel, con la faz blanca de su Teide, que esconde—cual las nativas—fuego en el corazón bajo la nieve de su semblante. La grandeza objetiva del Teide es, en verdad, considerable; pero apenas nada si la comparamos con lo que subjetivamente representa. En las islas, el Teide es, por fuerza había de serlo, el pináculo de la grandeza, la meta tangible para toda mensuración. La magnificencia de esta montaña cobra todavía mayor realce cuando en el día que sobre ella se vuela el techo de las nubes se desliza a sus plantas. Entonces se comprende y se justifica la vieja veneración guanche por su Teide, disculpando que unos hombres primitivos e ingenuos se humillasen ante aquel coloso, que vomitaba fuego, así lo creían ellos, cuando era desobedecido.

Barcelona. Vista parcial.


Santa Cruz de Tenerife.


Grao de Valencia.

En grácil salto de horas pasamos a Cádiz, segunda escala de nuestro itinerario vertical. Lo que primeramente destaca en la estructura gaditana es la permanencia de sus contornos, de sus límites. Es una ciudad en la que no cabe expansión, seguramente porque ni la busca ni la desea. En Cádiz todo es cual fué, tal y como será siempre. Son las mismas esas calles afiladas, estrechos regueros de sombra, que pasean de un lado a otro la gracia y el donaire de su parsimonia andaluza.

Y de Cádiz, a Sevilla. Andalucía es toda ella una inmensa brújula. El Guadalquivir es su aguja magnética, que apunta sensiblemente a Sevilla. Y a Sevilla acude, imantada por su influjo, el alma toda de Andalucía. Y se ha condensado en un olor, una música y un paisaje. Y todo ello rima a la perfección con la algarabía de las callejuelas y el hormigueo de las barriadas.

Sobre Sevilla parece existir como un remolino, que todo lo absorbe, que todo lo atrae y hace suyo. Volando sobre ella se siente esta atracción. Y se embebe uno en las maravillas arquitectónicas de la Catedral y de San Telmo, y en las frondas de sus alamedas y palmares, y en el hechizo inconfundible de sus callejuelas.

Lo más representativo de Sevilla desde el aire son sus plazas. Todas ellas se presentan con un denominador común: su frondosidad, que es su vida y su ornamento. En todas ellas existe un paralelismo de edificios y de árboles, como si la vegetación se hubiese empeñado en remedar la geométrica configuración de la arquitectura.

Desde Sevilla aproamos a Ronda, la ciudad poseída por el vértigo de su Tajo. Toda ella está asomándose al mismo con una perpetua antinomia de deseo de apartarse e imposibilidad de hacerlo. La belleza, la negra insondable belleza del Tajo, le atrae con poder irresistible. Y allí está, al borde, la ciudad toda, con sus blancos cortijos, que parecen escapados de la campiña andaluza, con las severas casas de esplendor magnificente, con el ruedo empapado de vítores y sol...


Palma de Mallorca. Arrabal de Santa Catalina.


Ibiza.


Lugo.

De Ronda, a Córdoba, en nuestra dirección y nuestro rumbo. Y a Córdoba llegamos tras saltar la cadena costera, y tras volar por esos olivares interminables, plantas y surcos, de la campiña de Jaén y de la propia Córdoba. Córdoba se adormece segura al borde del río; las ermitas de su serranía, blancos puntitos que en la lejanía se columbran, le dan atalaya vigilante. El río es un ancho y tranquilo espejo donde Córdoba puede contemplar coquetamente su belleza morena, un poco a lo Romero de Torres. Callejas estrechas, plazuelas recogidas, arrabales pintureros acogotan alguna que otra sombra de urbanismo y dominan tiránicamente el conjunto de la ciudad.

Desde la moruna ciudad del Califato volamos a la no menos moruna ciudad de Valencia del Cid, y la cámara fotográfica recoge el Grao valenciano, el puerto redondo y mediterráneo donde atracan barcos de todo el mundo en busca de oro levantino: la naranja.

Las Islas Baleares se hallan al alcance de nuestra mano y no se resiste a la tentación de volar hasta ellas, cubriendo unas millas de mar latino, tranquilo y azul. No se acaba de llegar a una isla cuando ya se avizora la siguiente, emergiendo de las aguas como un puñado de rocas. A medida que se aproxima uno, los contornos se van definiendo, y entonces ya se destaca la silueta característica de Ibiza, Palma, Pollensa y otros muchos pueblos y villas. Y perdiendo altura se ganan detalles: la fortaleza de Mahón; la amplia y tranquila bahía de Alcudia y Pollensa; los alcores, cubiertos de pinos, de Sóller y Valldemosa; el amplio empaque ciudadano de Palma de Mallorca.

En busca de nuevos horizontes y contrastes, emprendemos vuelo de noche por las cordilleras norteñas, dejando a un lado las rutilantes múltiples lucecillas de la gran Barcelona, las sombras ingentes de la cordillera pirenaica, el largo culebreo del Ebro, que se parsimonia al pasar por la Seo y el Pilar zaragozanos. Y de propósito, la amanecida en los Picos de Europa. Allá donde la Naturaleza es más


Tajo de Ronda (Málaga).

León. Vista parcial.

Naturaleza, allá donde más imponentemente se manifiestan su grandeza y majestad, es sin duda en el mar y en la montaña. Y ello se realza al amanecer o en el ocaso. Volando sobre los Picos de Europa se comprende la dificultad extraordinaria de señalar cada punto y expresar seguidamente el casticismo sabroso de su toponimia.

León. La medula de León está constituída por un triángulo histórico-monumental, cuyos vértices maravillosos se llaman Catedral, San Isidoro y San Marcos. Así, al menos, se asemeja desde el aire, y la ciudad toda parece atónita ante semejantes maravillas, por lo que parece flotar sobre ella un hálito respetuoso y antiguo.

En ese triángulo histórico-monumental, para el cual vive León, no choca nada en la ciudad, armonizada perfectamente con él, salvo esas reminiscencias gálicas del edificio del Monte de Piedad, con una arquitectura insolente, entre tanto pasmo y respeto, de *chateau* merovingio.

En el amplio cauce secular del Duero, unos islotes aleves juegan a barcos. Las aguas han modelado lenta y amorosamente sus quillas, y para hacer aún más real el parecido, la corriente va dibujando, en un esbozo, un tibio remedo de singladura. Acaso sea éste el simbolismo de Zamora, que el aire nos devela; acaso Zamora sueña en el Duero bellos nostálgicos sueños de mar, de empresas salinas aventureras que no puede vivir, enclavada en la arriscada meseta de la Vieja Castilla. Pero sueña.

Las ciudades y los ríos van unidos siempre, indefectiblemente, en el recuerdo. Zamora y el Duero no se apartan de la regla. Zamora divide sus ansias contemplando al Duero que llega y mirando al Duero que se aleja. Con alborozo y con pena. El Duero mira siempre hacia adelante; es un viejo río multisecular, y no



Palma de Mallorca. Vista parcial.



Sevilla. Vista parcial.



Toledo. Vista parcial.

La Coruña. Vista parcial.

Cádiz.

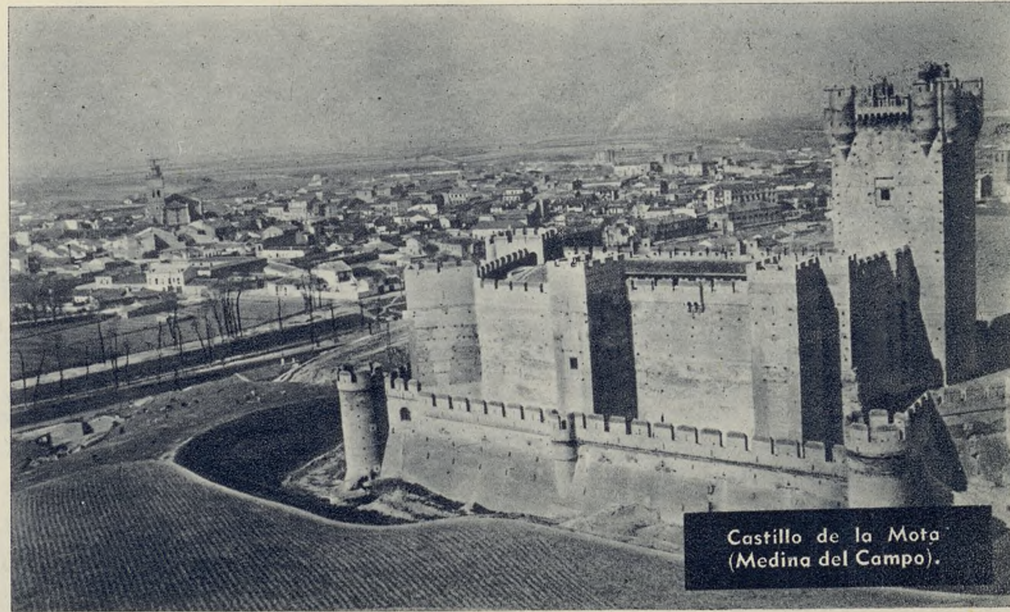
ignora que en su cauce el murmullo de las aguas va pronunciando la vieja, sabida y olvidada filosófica lección de la vida: vivir es pasar, vivir es pasar... Y Zamora no quiere escucharle, y pretende asirle, y se le va, como forzosamente huye el agua de la cuenca de las manos. Las orillas, únicamente, no participan de la congoja de la ciudad. Un largo puente juega, a brincos, con el anchuroso río; un viejo molino moja, precavidamente, sus pies en el agua; y las piedras de los bordes se lanzan al líquido en audaz aventura de peces improvisados.

La vía férrea describe un círculo brillante en torno a la contextura clásica del castillo que cerrara los ojos a la más grande reina de los siglos todos. A no ser por eso, tal vez pudiésemos creer que nos encontrábamos en aquella ya lejana época en que eran famosas en la piel de toro ibérica las ferias de la muy noble Medina del Campo.

Y por fin se llega a Madrid, que es un poco síntesis y compendio de España toda. Si se llega por el norte, los bosques y cerros de El Pardo adoptan un poco la fisonomía de aquellas comarcas; si por el sur, los llanos y áridos terrenos simulan las vides y sabanas manchegas; por el este, las huertas jarameñas imitan a sus hermanas las levantinas. Y al igual que el paisaje, la manera de ser. Cuantos vienen de la provincia a la capital, fácilmente se aclimatan, porque fácilmente tropiezan con caracteres idénticos al suyo. Y Madrid está aquí, a nuestros pies, como obligado fin de viaje. Viéndole a él sentimos que estamos viendo a España. Bello como bella es la nación que capitaliza; con sus avenidas rectas y espaciosas; con sus callejas angostas y retorcidas, herencia de la Corte de los Austrias; con sus pulmones de verde y rosas del Parque del Retiro y del Oeste; con su afán de ensanche y progreso, que es el común afán de la nación toda.


Simancas.


Segovia.


Castillo de la Mota (Medina del Campo).



Plaza de Colón.



Arranque del primer trozo de la Gran Vía.



Edificio de la Telefónica.



Gran Vía (segundo trozo).



Gran Vía (tercer trozo).



Museo del Prado.



Plaza de Neptuno.



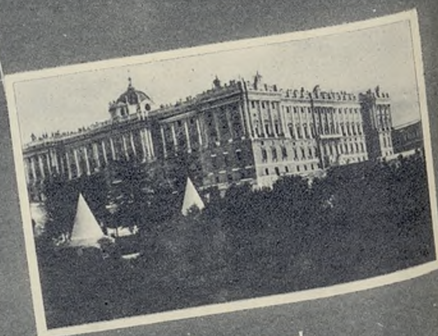
Plaza de la Cibeles.



Plaza Mayor.



Puerta del Sol.



Palacio Nacional.



A la vista aérea superior, que recoge una cuarta parte de Madrid, aproximadamente, corresponde la perspectiva de la «foto» inferior. La de arriba comienza en la Casa de Campo, seguida del río Manzanares y del Palacio Nacional, para terminar en el parque del Retiro. En la de abajo se ve, en primer término, el Palacio Nacional y, al fondo, la arboleda del Retiro.



LEYENDAS PERUANAS

Por JOSE ALFREDO HERNANDEZ

COMO un trasunto de viejas épocas, en las que los dioses se movían entre los hombres y los animales hablaban, se puede ofrecer la antiquísima leyenda recogida en Huarochirí, Departamento de Lima, por don Francisco Dávila, cronista, que fuera párroco de la dicha doctrina de Huarochirí: El dios Corinaya gustaba de andar tan andrajoso y miserable, que aquellos que no sabían quién era le zaherían e insultaban. Existía por ese mismo tiempo una hermosísima doncella que se llamaba Cahuillaca, muy solicitada por muchos príncipes y donceles; mas ella era tan esquiva, que nunca accedió a las amorosas súplicas. Un buen día, estando Cahuillaca tejiendo junto a un joven árbol de lúcumo, el dios Corinaya se convirtió en un precioso y finísimo pájaro y, cogiendo un lúcumo, puso en él su simiente generativa, dejándolo caer a los pies de la bella Cahuillaca, quien, tomándolo del suelo, lo comió con gran deseo y gusto, quedando inmediatamente preñada, sin más obra de varón. A su tiempo alumbró un niño, permaneciendo milagrosamente virgen. Cahuillaca lactó al niño, sin saber quién era su padre, ni sabiendo cómo lo había concebido. Al cabo de un año, cuando el niño comenzaba a caminar, Cahuillaca convocó una junta de los ídolos y gente principal de la tierra para que dijesen quién era el padre del niño. La noticia produjo gran revuelo y alegría de todos, y cada mancebo y huaca trató de adornarse y vestirse lo mejor posible, a fin de parecer perfectos ante los ojos de la linda Cahuillaca.

La junta se realizó en Anchicocha, un pueblo distante entre Chorrillos y Huarochirí. Allí tomaron asiento todos los jóvenes convocados, luciendo sus más codiciadas galas y preseas. Cahuillaca les dirigió la palabra, diciendo: «Os he convocado, varones y gente principal, para que sepáis que estoy muy cuidadosa y apenada de haber parido este niño, que llevo en mis brazos hace ya más de un año, y aun no sé, ni he podido saber, quién fué su padre; bien sabéis vosotros que yo nunca conocí varón ni he perdido mi virginidad; así, pues que aquí estáis todos los mozos y varones de esta tierra, y de nadie, sino de uno de vosotros, puede ser. Pido al que hizo el daño lo diga y reconozca a este niño por su hijo.» Todos guardaron silencio, mirándose unos a otros para ver quién se daba por padre del menor. Nadie lo hizo; mas al final de todos los convocados dicen que estaba, como postergado, en su hábito de pobre, el dios Corinaya, quien ni siquiera fué mirado por la altiva Cahuillaca.

En vista del silencio, Cahuillaca dijo: «Pues si todos calláis y no queréis responder, yo soltaré al niño para que él vaya y por instinto reconozca a su padre, que, sin duda, ha de ser aquel adonde el niño primero llegue y se enderece.» El niño fué soltado, y arrastrándose, y sin detenerse ante alguno, llegó directamente hasta donde estaba Corinaya, pobre y mal vestido, y ante él sonrió alegremente y, asiéndose de su pierna, trató de enderezarse. La hermosa Cahuillaca enfureció de mala manera; avergonzada, tomó al niño y, volviendo las espaldas, se fué huyendo hacia el mar...

El Corinaya, presto, cambió sus harapos por vestidura de oro y siguió a la princesa clamando su amistad, ante la admiración de los demás jóvenes dioses, que estaban absortos del resplandeciente cambio del Corinaya Viracocha. En su persecución iba declamando a gritos a la hermosa sus endechas de amor. Todo él resplandecía en luminosos destellos, que llenaban de claridad el camino; pero Cahuillaca no volvía el rostro ni respondía a sus querellas; sólo lamentaba haber sido poseída por hombre tan sucio y descuidado. Cahuillaca no se detuvo hasta llegar frente a las playas de Pachacamac; allí, ella y su hijo se lanzaron al mar, convirtiéndose en dos grandes piedras, que, a modo de islotes, se pueden aún hoy ver desde dicho santuario.

Corinaya deliraba a lo largo del camino, suplicante; mas ella no le escuchaba ya. Entonces apareció un cóndor, a quien preguntó Corinaya por la dicha princesa, a lo que el cóndor contestó que si se daba un poco de prisa, la alcanzaría, pues no muy lejos estaba. El dios le agradeció y lo bendijo, facultándole para que pudiera volar a su albedrío por todas partes, atravesar punas y valles y vivir en lugares altos e inaccesibles, comer las llamas y vicuñas, los corderos y animales que sus dueños descuidaran. Prosiguiendo su camino, halló a una zorrilla, a la cual le preguntó también



por Cahuillaca. Esta le dijo que en vano se apuraba, pues ya la princesa se había distanciado mucho y sería muy difícil de alcanzarla. El dios, enfurecido, le ordenó que jamás apareciera de día entre las gentes, que fuera posesa del mal olor y de la hediondez y perseguida por las gentes de todas partes. Más allá encontró a un león; éste le manifestó que la enamorada fugitiva iba muy cerca aún, que era casi seguro que momentos después la obtendría; premió el dios al león, donándole el respeto de todos los demás animales; lo instituyó verdugo y castigador de la gente mala y lo autorizó a comer llamas de los indios pecadores. Y para después de la muerte del león ordenó que todos disecaran su cabeza, y su piel la aderezaran y curtiesen para llevarla con orgullo en los bailes y ceremonias. Unos momentos después halló un zorro, quien le dió malas noticias sobre el avance de la indignada Cahuillaca, por lo cual lo denostó y maldijo: «Yo mando se te persiga, y que las gentes te apuren y te corran a palos, y que a tu muerte se bote tu pellejo y te pudras para siempre.»

Como un gavilán le diera mejores nuevas, le consignó las siguientes mercedes: comer las aves pequeñas y, sobre todo, el dulce pajarillo *quenti*, que es una avecilla que se sustenta del rocío de las flores, y ordenó que el hombre lo honrare a su muerte, llevando en los bailes y ceremonias su cabeza disecada. Unos papagayos que le dieron noticias negativas sobre la persecución fueron maldecidos, y se les mandó que jamás podrían comer tranquilos, ni ocultos, ni seguros, pues sus propios gritos y estridencias los denunciarían, siendo odiados por todos los hombres; y de esta manera, preguntando a uno y otro por la fugitiva Cahuillaca, llegó hasta el mar. No hallándola, retornó para siempre a la sierra...

* * *

«El mito—dice el doctor Honorio Delgado—es la simiente de la Historia»; oyendo la leyenda de los hermanos Ayar, se comprueba la profundidad y justeza de este aserto. Según Bernabé Cobo, «después del Diluvio universal, en que perecieron todos, los hombres salieron de una cueva que está en el asiento de Tampu o Tambo, llamado Pacaric-Tampu, en el que existe una ventana de piedra, que es la boca o respiradero de la referida cueva. Salieron de allí los cuatro hermanos Ayar, que iban a ser los fundadores del imperio. Uno de ellos se llamaba Manco Capac, y los otros, Ayar Uchu, Ayar Cachi, Ayar Cuca y Ayar Rahua, con sus cuatro mujeres. Respecto al origen de ellos, no concuerdan los cronistas, pues algunos dicen que se decían venidos del Titicaca, donde se habían cobijado para librarse del Diluvio, y de allí los trajo el Hacedor por las profundidades de la tierra hasta salir por aquella cueva de Pacaric-Tampu. Con ellos venían las semillas y alimentos que les había dado el Hacedor; todos tomaron el camino del Cuzco. El acuerdo mutuo y con el Hacedor, era que allí donde se detuviesen por el cansancio hiciesen su asiento y habitación. Llegando al cerro Huanacaure, el hermano mayor arrojó con su honda cuatro piedras hacia las cuatro partes del mundo y tomó posesión de la tierra».

José de la Riva Agüero, maestro ilustre y dilecto historiador, estima que en la leyenda de los hermanos Ayar, ellos representan emigraciones de tribus. Que el número cuatro es un número mítico; para ello recuerda que cuatro fueron los barrios del Cuzco, cuatro las regiones en que los incas creyeron dividido el mundo y cuatro también las partes en que se dividió el imperio. «En realidad—dice Riva Agüero—, las emigraciones de las tribus fueron más de cuatro; es muy seguro que llegaran a diez.»

Nuestro cronista mestizo Garcilaso de la Vega dice haber oído de boca de sus mayores la misma fábula, mas apareciendo tan sólo muy sugestivas variantes: «El Sol, que era padre de todos los hombres, viéndolos en tal miseria y desgobierno, se apiadó de ellos, enviando del cielo un hijo y una hija suyos para que los adoctrinaran y les enseñasen a vivir en casas y pueblos, labrasen la tierra, cultivasen las plantas, domesticaran los animales salvajes y se aprovecharan de ellos, así como de los frutos silvestres de la tierra, ya como hombres racionales y no como bestias. Esta pareja salió del lago Titicaca, con la orden que dondequiera que aposentasen para el descanso o la comida hincaran una barreta de oro que el Sol les había dado, que medía media vara de largo, y de ancho, dos dedos, y allí donde se les hundiese de un solo golpe, allí querría el Sol que hiciesen su sede y corte.

Dadas estas instrucciones, el Sol despidió a sus dos hijos. Salieron ellos del Titicaca y caminaron al Septentrión, y por todas partes que paraban tentaban de hundir la barra de oro, y nunca lograron este propósito; así hasta que llegaron a una tienda o paraje pequeño, que está siete u ocho leguas del Cuzco, y que se conoce con el nombre de Pacaric-Tampu.»

Esta misma leyenda la trae el cronista Cabello de Balboa. Y es interesante, porque sugiere que el solar de los fundadores del imperio incaico no fué el Cuzco, sino la meseta del Collao, tesis que comienza a tener valimiento entre nuestros estudiosos.

El mismo Cabello de Balboa trae una preciosa leyenda que relata la llegada de emigrantes a la costa peruana. A punto cierto nadie sabe la nacionalidad de estos viajeros. La leyenda, que es brillante como una joya, dice, más o menos, así: «Los indios de Jayanca, Motupe y Lambayeque cuentan que, en época muy lejana, llegó una gran flota de balsas. Llevaba la jefatura un hombre de gran talento y de valentía llamado Naylamp; venía acompañado de un séquito riquísimo; su esposa se llamaba Ceterni; traía consigo un gran número de concubinas, un cuerpo de oficiales principales de su casa, entre los que se encontraba Pitasofi, su tocador de trompetas o de conchamarina, instrumento muy estimado por los indios; Ninacoya, que estaba encargado de su litera y de su trono; Ninagentue, su copero; Fongasigde, que estaba encargado de repartir polvos de conchas

por los lugares que él pasaba; Ochocalo, su cocinero; Sam, que cuidaba con esmero de las grasas y los colores que su señor usaba en el rostro; en fin, Ollopcoppoc, que le preparaba sus baños; Llapchilully, que hacía túnicas y vestidos de plumas, muy estimados de esa época.

Naylamp desembarcó con su deslumbrante cortejo en la desembocadura de un pequeño río llamado Faquisllanga. Abandonaron los inmigrante sus balsas y se establecieron en el país, y construyeron, a una media legua de allí, un templo, que nombraron Chot, colocando en él un ídolo que habían llevado con ellos y que representaba la imagen de su jefe. Lo habían confeccionado de una piedra de color verde, y se llamaba Llampallec, que quiere decir figura o estatua de Naylamp.

El príncipe Naylamp murió después de un fructífero y largo reinado, dejando muchos hijos por doquier. Pero como querían demostrar que era inmortal, se difundió la voz de que por su poder le habían crecido alas y había volado al cielo.

Aun hoy brillan de labios indios estas leyendas. Su relación y parentesco con los mitos y leyendas que antaño recogieron los cronistas son manifiestos. Hasta hoy late el viejo clima; los cerros hablan entre sí, tienen sangrientas refriegas, hacen apuestas. Viven. El arroyo, el trueno y el arco iris son personajes eternos en este maravilloso escenario mítico. Sirvan de ejemplo dos leyendas recogidas por Arturo Jiménez Borja. Para mayor diafanidad de la exposición, ofreceré, a modo de comparación, otras dos leyendas obtenidas por los antiguos cronistas españoles, y entre unas y otras se podrá advertir el parentesco evidente y que huelgan los comentarios.

Dávila Briceño, primer corregidor de Huarochirí, tomó una leyenda que relata la lucha entre los dioses Pariacaca y Huallallo. El primero es un nevado que existe en Yauyos, Departamento de Lima; dice así:

«... tres días con sus noches peleó el Pariacaca con el Huallallo y lo venció, echándolo a los Andes, que son unas montañas de la provincia de Xauxa, haciéndose el Pariacaca la sierra y alto pico de nieve que es hoy; el Huallallo, otra sierra de fuego, y así pelearon; y el Pariacaca echaba tanta agua y granizo, que no lo pudo sufrir el Huallallo, y así lo venció y lo echó adonde es; y de la mucha agua que le echó encima, que quedó aquel lago que hoy es, que llaman de Pariacaca, que es el camino real que va al Cuzco desde los Reyes.»

La leyenda de «Los dos Urcos», recogida en Laraos, provincia de Yauyos (Lima), por Arturo Jiménez Borja, dice así:

«Atachuco y Tunsho-huanca son dos cerros. Atachuco es alto y hermoso. Tunsho-huanca es menor, y está colocado un poco atrás, como enojado. Hace años los dos urcos eran iguales, sólo que Tunsho-huanca era muy atolondrado y hablador; siempre estaba presumiendo: «Yo soy fuerte. Yo soy grande...»

Atachuco se cansó de oír siempre lo mismo y dijo a Tunsho-huanca: «Mejor será correr día y noche sin descanso hasta saber quién es más poderoso.»

Apenas salió el Sol salieron los dos urcos. Tunsho-huanca corría sin mirar el camino; por allí se le cayó un brazo; más allá perdió el otro. Atachuco avanzaba despacio. Tunsho-huanca volaba. Por allí se le cayó una pierna; más allá, la otra... Entonces se detuvo: su corazón golpeaba como tambor grande; como pudo, llegó hasta Atachuco y ya no quiso correr más...»

Si el parecido no hubiese sido advertido, relataré una leyenda recogida por el P. Martín Morúa, que dice:

«Del valeroso infante y capitán Tupac Amaru y de sus grandes hechos.— Cuando este capitán—se refiere a Tupac Amaru—estaba en la fortaleza de Tiahuanaco, dicen que pasó un español en figura de pobre, predicando a los indios el Evangelio, viniendo a verse con el inca por el camino del Tiahuanaco. Llegó a un pueblo que se llama Cacha, donde se celebraba gran fiesta y había borrachera. El bienaventurado viajero empezó a reprender a las gentes por sus vicios y jolgorios y éstos se tornaron contra él como bárbaros y gentiles e hicieron burlas de lo que decía y burlándose de su propia persona. Salido que fué del pueblo este santo varón, cayó fuego del cielo y abrasó a todas las gentes. Ya luego quedaron abrasados y consumidos y sus edificios destruídos.»

Arturo Jiménez Borja nos relata la fábula «La laguna de Paca», recogida en Paca (Junín). Admira, pues, cómo la semejanza de estas leyendas sigue resonando a través de siglos con voz de inmarcesible frescura. La leyenda dice así:

«Hace siglos había un pueblo grande, edificado en la quebrada que hoy ocupa la laguna de Paca. Cierta vez, estando de fiesta uno de los principales del pueblo, se presentó a su puerta un anciano muy andrajoso. El viejo era Dios. Nadie le dió de beber ni de comer. Entonces, Dios visitó a una pobre viuda que vivía con dos hijas pequeñas en las afueras del pueblo. Esta mujer le dió de comer «la pobreza que tenía», y Dios lo tomó en cuenta. Cuando el anciano se despidió de la viuda le mandó que tomase el camino que sube hacia Acolla, pero que no volviese la cara atrás.

Entretanto, en la casa del hombre rico un convidado descolgó del techo un tamborcito pintado de verde y se puso a tocarlo hasta que reventó. Salió tanta agua de la reventazón, que tapó a todo el pueblo.

La viuda y sus dos hijas subían el cerro Shujú, cuando sintieron un gran ruido, entonces volvieron la cara y quedaron convertidas en piedra. Tres son, una grande y dos pequeñas. Están en la cumbre del Shujú como quien va de Paca hacia el distrito de Acolla.»

Así, a través de los siglos, sigue corriendo con cristalina voz la leyenda, que hace conocer entre la patinada atmósfera en que se desarrolla cómo y de qué manera pensaban y soñaban los viejos del pueblo del Perú.



JOAQUIN SOROLLA

SIR ALEXANDER FLEMING

«MANOLETE»

EINSTEIN

RAMON FRANCO

PAUL CLAUDEL

IGUEL DE NAMUNO

YEHUDI MENUHIN

ESTEFAN ZWEIG

CARLOS IBARGUREN

FEDERICO GARCIA LORCA

LA FORNARINA

LOLA MEMBRIVES

AMON DEL ALLE INCLAN

LUIS MITRE

RAQUEL MELLER

PASTORA IMPERIO

RUBINSTEIN

MANUEL MACHADO

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

JOSE IGNACIO RIVERO

ANTONIO MACHADO

CONDE DE ROMANONES

JUAN DE LA CIERVA

STRAWINSKY

PICASSO

EMILIO CARRERE

PRINCIPE DE GALES

DR. ARCE

GABRIELA MISTRAL

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

MAURICIO BARRES

BERTA SINGERMAN

CHESTERTON

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

OSCAR STRAUSS

ITURBI

EMIL SAUER

RAMIRO DE MAEZTU

NACIDO en Madrid, en 1881, el popular caricaturista y actor don Fernando Gómez-Pamo del Fresno (Fernando Fresno), estudió el Bachillerato en el Colegio de San José de Calasanz, y más tarde cursó la carrera de Farmacia, que terminó a los diecinueve años. Hizo seguidamente el Doctorado, y durante catorce años ejerció como profesor auxiliar de cátedra.

A la muerte de su padre, que, además de farmacéutico establecido y acreditado en Madrid, era catedrático de la Facultad de Farmacia, consejero de Sanidad, presidente del Colegio de Farmacéuticos y otras muchas dignidades, don Fernando Gómez-Pamo heredó la farmacia, cuya dirección ejerció durante treinta años.

Pero esta personalidad de catedrático, farmacéutico y especialista en estudios de Botánica, fué desbordada por la otra, la de su popularidad como caricaturista. Desde niño se manifiesta en Fresno una desmedida afición al dibujo, y dentro de las muchas variedades de este arte presenta excepcionales aptitudes para la caricatura. Sin estudio especial ninguno, de manera espontánea y casi innata, empieza su lapiz satírico aquella tarea, que había de terminar sólo con su invalidez y muerte. Se ensaya primero con sus maestros y condiscípulos.

No podría decir Fresno cuándo ni cómo empezó a hacer caricaturas, pues él mismo solía decir que le parecía haber nacido con el lápiz en la mano. Aquel lápiz del que decía don Antonio Maura que «caricaturiza hasta el espíritu».

Un niño todavía, ya publicaba sus caricaturas en el «Madrid Cómico» y otros periódicos humorísticos y satíricos de fin de siglo; pero cuando de verdad empieza a popularizarse su nombre como caricaturista es con el nacimiento de «ABC» y demás publicaciones de Prensa Española, a cuya Redacción estará adscrito Fresno por espacio de más de treinta años, con una labor asidua y destacada. Su trabajo a partir de esta época es extraordinario. Su lápiz no descansa. Puede decirse que desde principios de siglo hasta la guerra civil, todas cuantas figuras de algún relieve ha producido España, en cualquiera de sus actividades, dejaron su rasgo característico—de su cuerpo y de su espíritu—en los inagotables álbumes de Fresno.

Además de en las publicaciones de Prensa Española, colaboró asiduamente Fresno en numerosos periódicos españoles, argentinos y de otros países. Fué también Fresno actor destacado, llegando a interpretar papeles de responsabilidad en numerosas obras de repertorio, principalmente de actor cómico. Consiguió éxitos resonantes en muchas obras de Benavente y los hermanos Quintero, y también en obras dramáticas, como «Flor de Harina» y «La Ermita, la Fuente y el Río», de Marquina. Hizo el Ignacio de Loyola de «El Divino Impaciente», de Pemán; el fraile fiscal en el «Juicio de Santa Juana», de Bernard Shaw; el «Rubio» de «La Malquerida» y el «Crispín» de «Los intereses creados». Durante los años que se dedicó con asiduidad al teatro, hacia el que también sintió siempre una irresistible vocación, estuvo incorporado a las principales compañías dramáticas españolas. En los últimos tiempos actuó también en numerosas películas españolas, tanto en la época del cine mudo como del sonoro.

Viajó Fresno mucho por España, a la que conocia muy bien; pero también hizo durante su vida frecuentes recorridos por diversos países de Europa y América. En 1912 había contraído matrimonio con doña María de la Gloria López Alvarez, de cuyo matrimonio viven tres hijos: Juan Ramón, que actualmente trabaja como técnico en la Compañía Argentina de Electricidad; María Lourdes (Maruchi Fresno), doctora en Ciencias Químicas y conocida actriz cinematográfica, y Fernando, alférez de navío.

De las diversas exposiciones de caricaturas en que ha tomado parte, tanto en España como en América, una de las más importantes fué la que tuvo lugar en Rosario de Santa Fe (Argentina), con unas doscientas caricaturas personales, que tuvo un éxito verdaderamente impresionante.

Dibujar, es decir, satirizar con su lápiz todo cuanto descubrían sus ojos, era la gran vocación de su vida. Era incansable para el trabajo, ya que, según propia confesión, era feliz cuando dibujaba, hasta el punto de que en ese momento olvidaba cualquier otra preocupación. También poseía magnífico oído para la música y era capaz de cantar de memoria numerosos trozos de óperas y zarzuelas. Durante más de cuarenta años asistió a cuantos estrenos se hicieron en Madrid, pues cuando no tomaba parte como actor asistía como caricaturista, para realizar aquellas páginas, que llegó a popularizar, en que recogía escenas completas en caricatura, con los propios diálogos de la obra.

La última caricatura que pudo hacer Fresno, poco antes de que la enfermedad que le llevó al sepulcro le inmovilizase totalmente, como estuvo bastante tiempo, fué la del sabio descubridor de la penicilina, sir Alexander Fleming. Parecía rendir así tributo a la ciencia, a la que él había dedicado los mejores años de su juventud. Y así recogía, ya casi moribundo, el último latido del sensacional descubrimiento de nuestra época. Pues esto había sido el inmenso arsenal de sus caricaturas: la historia de más de medio siglo, recogida simbólicamente en sus figuras más célebres y destacadas. Fernando Fresno falleció, en Madrid, el 28 de abril de 1949.



Cinco etapas del correo hispanoamericano

LA circunstancia de cumplirse este año el primer centenario del sello de Correos español ha puesto de actualidad el tema, no sólo desde el punto de vista filatélico, sino desde el mucho más importante del nacimiento y evolución de un servicio público, nacional e internacional, que tanto ha contribuído a mantener las relaciones espirituales y materiales entre los pueblos.

Una simple ojeada retrospectiva basta para darse cuenta de lo que esta sencilla invención de la franquicia postal, a la que hoy damos escasa importancia, ha contribuído al progreso humano. En lo que al mundo hispánico se refiere, el correo ha tenido cinco etapas o períodos históricos—cinco edades decisivas—, a cuyo somero estudio tiende el presente trabajo. Estas etapas evolutivas, señaladas cada una por su fecha y un acontecimiento memorable, son las siguientes: sistemas de correo en los pueblos aborígenes antes del Descubrimiento; creación del «Correo Mayor de Indias», en 1514; incorporación del Servicio de Correos a la Corona por Felipe V, en 1707; aparición del primer sello de Correos español, en 1850, y la iniciación del Correo aéreo, en 1920.

LOS SISTEMAS DE CORREO INCAS Y AZTECAS

Cuando los conquistadores españoles llegaron a determinadas regiones del continente americano, los pueblos aborígenes que habían alcanzado un mayor grado de civilización, como los incas y los aztecas, ya tenían establecidas rudimentarias formas de correo. Los reyes aztecas de la ciudad de Méjico tenían sus «paynamí» o mensajeros para enviar, principalmente, las noticias de carácter militar. Estos mensajeros variaban de insignias exteriores y hasta de indumentaria, según la clase de noticia de que eran portadores. Si llegaban con los cabellos desmelenados y, sin hablar con nadie, se dirigían al palacio del rey, las noticias que portaban eran de una derrota. Si, por el contrario, llevaban los cabellos atados con una cinta roja, y el cuerpo ceñido con un paño de algodón, y portaban en la mano derecha un arma, las noticias anunciaban una victoria azteca. Estos mensajeros, que se relevaban cada determinado trayecto, pasaban seguros por todas partes, ya que el hacerles daño se consideraba como un grave delito.

También los incas tenían su sistema de transmisión de mensajes. El correo o mensajero se denominaba «chasqui» (el que lleva el mensaje), y no llevaba distintivo exterior ninguno. El mensaje lo recibía generalmente de viva voz, se lo aprendía de memoria y lo repetía con exactitud al que había de recibirlo en la «posta» inmediata. Los incas tenían, además, un sistema de claves oficiales secretas. El «chasqui» recibía el mensaje en unos hilos de diferentes colores y con determinada cantidad de nudos, cuya significación sólo entendía el inca y los miembros de su Gobierno. (Por este sistema de «chasquis», un mensaje recorría en tres días la distancia de Quito a El Cuzco, unas quinientas leguas.

EL CORREO MAYOR DE INDIAS

Cuando el constante aumento de las tierras que se conquistaban creó la necesidad de un gran número de mensajeros y correos entre las distintas regiones americanas, en plena efervescencia de colonización, y con la metrópoli, que necesitaba estar en estrecho contacto con América, por una real cédula de 14 de mayo de 1514 se creó el «Correo Mayor de Indias» para ordenar y dirigir estos servicios. Primer Correo Mayor, especie de director general del servicio, fué nombrado don Lorenzo Galíndez y Carvajal, cuyo nombramiento fué confirmado, en 1525, por Carlos V. Dicho empleo fué transmitido por su titular a sus sucesores como herencia patrimonial.

De lo que en realidad era aquel primer Servicio Oficial de Correos nos quedaron noticias en las Capitulaciones acordadas entre el virrey del Perú don Luis de Velasco y el citado Correo Mayor don Diego de Carvajal, sucesor de don Lorenzo. Dichas Capitulaciones dicen, entre otras cosas: «Acuérdase que del oficio de «chasquis» sean relevados los indígenas y sean sustituídos por españoles, mestizos, mulatos o negros libres. A fin de aliviar la situación y trabajo de los indígenas, se establece un servicio con puntualidad y seguridad que comunique la capital con la Villa imperial de Potosí, Arequipa, Puerto de San Marcos, Arica y Puerto Payta. Como porte de las cartas se cobrará a tres reales la onza las que fuesen de El Cuzco hacia las provincias de arriba, y a dos reales la onza las de la capital de El Cuzco. Los correos extraordinarios se pagarán a razón de tres reales por legua. Como indemnización por el transporte de la correspondencia oficial se abonará la cantidad de mil pesos de plata por año, cobraderos la mitad por San Juan y la otra mitad por Navidad.» El viaje de ida y vuelta entre la capital y Potosí estaba fijado en veintiséis días.

VELOCIDADES TERRESTRES Y MARITIMAS

En todo tiempo la preocupación del correo es la velocidad. En la América de los virreinatos, los correos se despachaban «a las veinte», es decir, que cada día habían de andar veinte leguas, pagándose 16 pesos por cada jornada. Por la misma época, en España, los correos que se despachaban no solían pasar de las quince leguas, y la mayoría eran a doce o a diez. El correo que iba a

diez leguas por día cobraba dos reales y medio, y el que iba a doce, tres y medio.

Se establecía el monopolio del Correo, de modo que no pudieran llevarlo arrieros ni carreteros y demás traficantes, tratándose de pliegos cerrados. También se especificaba el tipo de maletas especiales de vaqueta destinadas al correo, cada una con el nombre del pueblo a que iba destinada. Asimismo quedaba establecida la inviolabilidad de la correspondencia, ya que «los portadores de cartas o pliegos cerrados no tendrán obligación de manifestarlo ante ningún gobernador o justicia». Y se prohibe que las cartas se abran, lean ni retengan, «bajo pena de perdimiento de todos sus bienes».

Es el rey Felipe V quien incorporó a la Corona el Servicio de Correos en el año 1707. Para ello manda construir seis fragatas, que saldrían cada cuatro meses, tres para cada reino, pudiendo detenerse hasta dos meses en cada puerto de las Indias. Las fragatas debían salir de los puertos de Andalucía, y los portes de la correspondencia serían pagados a razón de medio peso—escudo de plata—la onza y dos reales por cada carta sencilla. El mismo precio regía para las cartas que viniesen de América.

En 1764, o sean cincuenta y siete años después, Carlos III creaba los «Correos Marítimos», con centro en La Coruña. Estos paquebotes saldrían el primero de cada mes con carga y correspondencia para las Indias, que dejaban en La Habana, de donde era distribuída por diferentes medios. Los mismos barcos regresaban también mensualmente. Un servicio semejante quedó también establecido con Nueva España, Buenos Aires y el Perú. Al recibir la embarcación la correspondencia disparaba un cañonazo y arbolaba su gallardete con el escudo de España sobre dos ramas de palma y oliva, distintivo del correo. El gallardete no se arriaba hasta que descargase la correspondencia en el puerto de destino.

EL PRIMER SELLO DE CORREOS ESPAÑOL

El próximo gran acontecimiento en la historia del Servicio de Correos entre España y el nuevo continente es, sin duda, la aparición de los primeros sellos de correo españoles, bajo el reinado de Isabel II, en 1.° de enero de 1850. Coincide, además, esta innovación con el gran incremento de la navegación a vapor, que reduce considerablemente la duración de las travesías. Esto determina, en el último tercio del siglo XIX, una extraordinaria intensificación de la emigración española a los distintos países americanos, principalmente a Cuba, Méjico y la Argentina. Esta corriente emigratoria continúa con plena intensidad en las dos primeras décadas de este siglo. De esta época son los populares vapores correos «María Cristina», «Alfonso XII» y «León XIII», todos ellos de la Compañía Trasatlántica, cuyo centenario está próximo. Aquellos barcos, tan llenos de evocaciones ultramarinas en los anales de la emigración finisecular, iban a La Habana en quince días, en tres más a Veracruz y en un mes a Buenos Aires. Iban y venían todos los meses, cargados hacia América de jóvenes ilusionados por la aventura, y hacia la Península, de algunos triunfadores y no pocos desengañados. Pero siempre el correo de ultramar traía cada mes una enorme cantidad de cartas con ilusiones, con recuerdos, con afectos, con teóricos abrazos y auténticos cheques, que constituían el nexo espiritual, material y sentimental entre padres e hijos, entre hermanos y parientes, entre esposos verdaderos y futuros. Que mantenía y mantiene hoy todavía, si bien con menos intensidad que en aquellos años, la unión más efectiva entre los países que a ambas orillas del Atlántico forman la gran familia hispana.

EL CORREO AEREO

Y llegamos al año 1920, fecha en que las prensas de la Casa de la Moneda, de Madrid, graban los primeros sellos con una sobrecarga que dice: «Correo Aéreo».

El avión supone un paso verdaderamente revolucionario en las comunicaciones intercontinentales. En estos treinta años, un continuo progreso en el perfeccionamiento de los vuelos aéreos ha puesto al servicio del público de todo el mundo el correo «por avión», con sobres, papel y sellos especiales, lo que ha reducido hasta lo inverosímil el tiempo de las comunicaciones entre los más alejados países del globo.

Por lo que se refiere a la comunidad de pueblos del mundo hispánico, son de los más beneficiados por el correo aéreo, dadas las grandes distancias que para su comunicación interior había que salvar. De las cuatrimestrales comunicaciones de Felipe V, las mensuales de Carlos III y las quincenales de Isabel II, pasamos a estos magníficos aviones de la «Iberia», que conducen una carta a Buenos Aires en treinta y cinco horas; una a La Habana, Caracas o ciudad de Méjico, en unas treinta. Lo que determina que con sólo tres fechas, y a veces con dos, se pueda recibir una carta de América en España y viceversa. Y algo semejante ocurre con las comunicaciones postales dentro del propio continente, cruzado en todas direcciones por incontables servicios aéreos, lo que hace posible que una carta baje de Méjico a Buenos Aires en unas treinta y cinco horas; que vaya de Buenos Aires a Lima en catorce, y de Lima a ciudad de Méjico, en veinticinco.

Este correo por avión, que hace veinte años todavía era un servicio limitado y restringido, dada la capacidad y potencia de las aeronaves modernas, se ha convertido ya en un servicio normal, por el que se pueden enviar y recibir de América cartas y paquetes, con sólo unas horas entre el envío y la recepción.

El sello de correos. Entidad romántica

NADA como el tema del sello de correos para ser tratado desde el punto de vista romántico. Ya Max Buttner rindió justicia a esta relación comunicativa y tituló su precioso libro *Romanticismo de los sellos de correos.*

Pero es que incluso el coleccionismo ha adoptado un poderoso aliento espiritual, en el que recrece una fuerza mágica de amor. Se ha llegado a la amistad más fervorosa, y se trata a un sello de correos como otros aman a su pájaro. Es una labor cuidadosa la que el coleccionista mantiene sobre ellos, atendiendo a su salud y devolviendo al conjunto familiar (las series...) los hijos perdidos. El hallazgo de alguno de estos hijos, tanto más, cuanto su búsqueda ha sido dificultosa, entraña para el coleccionista momentos de emoción sincera.

En Madrid, bajo los arcos de la vieja plaza Mayor; en Barcelona, en el mercado de San Antonio, los coleccionistas se agrupan pacíficamente, pero con el corazón intranquilo... Son grupos silenciosos que buscan y buscan; algunas veces un raro azar les coloca delante de sí un hallazgo... que no esperaban, del que sólo acaso su memoria tuviese dudosa noticia.

ES éste un tema intrincado en la vieja política romántica, cuando el mundo se empeña noblemente en una aproximación física. El sello de correos es a la hora de esta fraternidad comunicativa lo que el camino de hierro, lo que los Servicios de Correos en su pleno desarrollo, lo que los documentos de pase de frontera de una expedición fácil. No es el camino interior de un país el que trata sólo de correr; su viaje es mucho más largo. El hombre romántico adquiere por estos vehículos—tren y sello de correos—una proximidad que en los viejos años hubo de estar asegurada sólo en motivos morales, de comunión religiosa y de defensa o ataque de esta comunión.

Este fino papel, remedo de la oblea, que pasa de cerrar una carta a abrirla a un itinerario amplio, es la significación del mundo que se visita y se conoce. Podrá proseguir las luchas, pero el hombre, como entidad individual con sus derechos, habrá ganado ya para siempre este lazo, bien concebido, en el que el sello de correos es la honesta contraseña de participación.

EL día 1 de enero de 1850 se implanta en España el servicio de franquicia postal. El sello de correos recoge el perfil de nuestra Isabel II, en sus diecinueve años de edad, casada hace tres, y en su belleza castiza. Va bien ese perfil a nuestro primer sello de correos. Hay en ello como un sentido entero de la soberanía, de perfil acuñado en plata, que salta con confianza al papel de tono anaranjado (es necesario—han dicho los prudentes—que la tinta del matasellos se observe bien sobre un color propicio) del nuevo impuesto.

Esta Isabel II, muchacha, que en nuestros sellos aparece ya «señora» (lo fué en su aspecto incluso cuando contrajo matrimonio, y sólo contaba dieciséis años), juega un contraste con el capricho de la reina Victoria de Inglaterra, quien se negó al cambio de su efigie de solterita, y, pese al transcurso de los años, su sello recogió su juvenil faz, sin dar testimonio del verdadero transcurso de los años. Cuando en 1901 murió, a los ochenta y dos años, muchos sellos de la Gran Bretaña seguían divulgando un perfil de solterita.

Con respecto a Inglaterra, tardamos diez años en adoptar la novedad. También el camino de hierro tardó un par de lustros en apoyarse en el camino español, aun cuando, en este caso, el primer tren español no tiene su aparición en la Península, sino en La Habana.

En las disposiciones que se ponen en conocimiento del público se habla de que los sellos se ofrecen con papel engomado y de la manera que hay que aplicar su contribución a los envíos. Primeras protestas: alguien, equivocándose de parte a parte, comenta que con esto se va a acabar con los correos. Los comerciantes catalanes se quejan en los periódicos de Barcelona.

TODA una suerte de cultura hállase reflejada en los sellos. La familiaridad con los rostros más preclaros (y los circunstanciales también...; ¿por qué no decirlo?), las efemérides, los descubrimientos, los hechos de guerra, los milagros, las proezas... El sello de correos es como un repaso de este aliento de la Civilización, y muchas veces este repaso ha compensado de largos e injustos olvidos. El sello de correos es, a este respecto, en la entraña de la cultura popular mucho más eficaz que el rótulo callejero, que tantas veces es repetido sin la menor significación, y menos embarazoso y más bello que muchos monumentos horribles.

Tiene un no sé qué de imagen que se pega a la vista, como una melodía sencilla y emotiva se prende al oído.

En su retrato, la conmemoración halla alas de conocimiento. Y en greguería, podría afirmarse que es la nueva mariposa que se ha posado en las cartas para traer el mensaje que dicte su dibujo.

ES divertido, además, que el error, la equivocación trivial, concedan a los sellos valores incomparables. Es ésta una rúbrica de la fantasía que premia la gracia arbitraria en una hora demasiado vulgar. Parece esta orden dictada por poeta. Desde el «San Mauricio» con su «Post Office», en vez de su «Post Paid», hasta esos otros en los que por una particularidad de impresión exhiben un descuido, el murmullo ha premiado el divertimiento de estos errores, que en otros aspectos de la vida tienen la secuela de las aburridas censuras, las salmodias de las advertencias. En este mundo del sello de correos, el premio concede estos indultos, llenos de privilegios.

Algunas veces se prestan al enigma, como aquel nuestro, conmemorativo de Lope de Vega, en 1935, con su leyenda «Odore enecat suo» («Su perfume mata»), que estableció una serie de hipótesis sobre el significado de esta leyenda, extraída de un viejo grabado de una edición del tiempo del dramaturgo madrileño. Es el perfume de las rosas el que ha de matar al escarabajo que intente penetrar en el jardín del poeta.

Escogiendo este lema, «Su perfume mata», y dándole la vuelta: «Su afición revive», el amor al coleccionismo de los sellos de correos ha dado alientos a los seres más decaídos. En un viejo cuento de finales del pasado siglo se estudia un tipo humano, desfallecido en todas apatías, a quien un médico resuelve mediante la entronización del gusto por los sellos de correos.

El sello, por la destreza ingeniosa, por su fácil y amena configuración, hace olvidar lo que en otras circunstancias es antipática contribución. Tiene del Romanticismo el viejo juego de la amabilidad, y no ha olvidado mostrar siempre su cortesía ante el ciudadano. Sus mismos cambios significan un atento muestrario de su renovada complacencia.

MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

CIEN AÑOS DE SELLOS EN ESPAÑA

Por JOSE M.ª FRANCES

El 1 de enero de 1950 se han cumplido los cien años de la fecha en que comenzaron a usarse los sellos en España. Adoptados como signo de franqueo por iniciativa del entonces ministro de la Gobernación, conde de San Luis, se recuerda casi exclusivamente por aquella reforma.

Establecidos en Inglaterra diez años antes, gracias a los estudios y luchas de Rowland Hill, luego con largueza recompensado por su iniciativa.

Los sellos de España fueron grabados de cinco valores distintos por el grabador de la Fábrica de la Moneda don Bartolomé Corominas.

El temor a que los sellos pudieran ser falsificados motivó el que en los primeros tiempos las emisiones sólo tuvieran un año de validez. Con lo que el 1 de enero de cada año aparecían nuevos sellos y dejaban de tener valor de franqueo los del año anterior.

Al sello de dos reales de la segunda emisión española es preciso dedicarle una atención especial, ya que en su tipo normal es el más valioso de todos los españoles, y el mismo en error de color es una de las más raras e interesantes piezas del mundo.

CUATRO EJEMPLARES UNICOS

Del sello de dos reales, que se emitió en color naranja, sólo fueron vendidos 1.432 ejemplares. De esta cifra sólo se ha conservado una cantidad pequeñísima, lo que explica la rareza y el que este sello valga unas 20.000 pesetas, cifra máxima de un sello español. El mismo, en color azul, es de una rareza extraordinaria. La existencia de este error se debe a lo siguiente:

Al confeccionarse las planchas para la tirada del valor de seis reales, impreso en color azul, por error se incluyó un taco del de dos reales entre los del valor de seis reales ya citado. Como quiera que del valor de seis reales se emitieron muy pocos pliegos y en cada uno de éstos sólo existía un sello de dos reales, el número de sellos de este valor con error de color, es decir, en color azul, fué tan limitado, que hoy sólo se conocen cuatro ejemplares en todo el mundo. Uno está en poder del Museo Británico; otro, de un coleccionista norteamericano; otro es propiedad de un coleccionista español y el cuarto estaba en Alemania.

No se conoce más que un ejemplar de este error en pareja con uno normal de seis reales. Esta pareja, que figuró en las famosas colecciones de Ferrari y de Hind, cuando fué subastada en Londres el 25 de marzo de 1935, fué adquirida por un coleccionista norteamericano por la suma de 2.200 dólares, equivalente entonces a unas 80.000 pesetas, cantidad que en el año 1935 representaba una suma de importancia.

Hay que tener en cuenta que los sellos de las primeras emisiones españolas no abundan, salvo los seis cuartos, que era el valor de uso corriente, puesto que el coleccionismo de sellos no comenzó en nuestro país hasta 1863.

Pero dejemos la emisión de 1851, la que contiene los más valiosos sellos españoles, como hemos dicho, para continuar esta breve revista de los aparecidos en cien años.

En 1 de enero de 1852 y de 1853 aparecieron las nuevas y reglamentarias series de sellos de cada año. La de 1853 fué grabada por don José Pérez Varela, quien grabó también las del Oso, 1853, 54, 55, 60 y 64, en tanto que las tres primeras lo habían sido por don Bartolomé Corominas.

CREACION DEL CORREO INTERIOR DE MADRID

En este año de 1853 se creó en Madrid el correo interior, a cuyo sostenimiento tenía que contribuir el Ayuntamiento de la Villa, y para cuyo franqueo se emitió en 10 de abril de dicho año un sello de tres cuartos. Posteriormente, y modificada la tarifa correspondiente, el 15 de octubre del mismo año apareció con el mismo diseño el valor de un cuarto. Estos sellos, denominados del Oso, por reproducirse en ellos el escudo de la Villa, son muy interesantes, y especialmente el de tres cuartos, muy raro, y pudiendo calcularse su valor en unas 12.000 pesetas.

También en 1 de enero del año siguiente, 1854, aparecen nuevos valores, en los que la efigie de Doña Isabel II había sido sustituída por el escudo de España.

Esta emisión apareció en dos modelos diferentes, siendo la mayor diferencia la del fondo, que en uno es blanco y en el otro de color.

LOS PRIMEROS SELLOS DENTADOS ESPAÑOLES

El número de falsificaciones de sellos obligó a estudiar la posibilidad de emitirlos en papel con marca de agua, denominada filigrana, y con este papel se emitieron las de 1855 y 56.

Estas dos emisiones, así como la del 57, aparecían con el mismo dibujo, aunque con diversos tonos de color.

En este último año comenzaron a aparecer dentados los sellos españoles, ya que, previos algunos ensayos, la Fábrica de la Moneda se decidió a adquirir una máquina trepadora.

Al emitirse algunos valores de la emisión de 1855 con el centro en color se produjo el error de llevar el marco invertido en algunos ejemplares del valor de doce cuartos. Errores de valor y muy buscados.

Ya dentados y siempre con la efigie de doña Isabel, aparecieron las emisiones de 1866-1867, nuevos valores en 1867, los de 10 milésimas en cifras y los restantes con la efigie de la Reina.

LA PRIMERA OBRA SOBRE FILATELIA

En 1870 se emitió una serie de 15 sellos con la efigie de la República y corona mural. Y aunque no se trata de un sello, señalaremos que en este año aparece en España la primera obra sobre Filatelia. Era autor de ella el pintoresco e inteligentísimo escritor don Mariano Pardo de Figueroa, cuyo seudónimo pronto se hizo extraordinariamente popular. Firmaba sus escritos con un nombre de apariencia extranjera: «Doctor Thebussem.» Pero este nombre tan rimbombante y serio no era más que una broma de Pardo Figueroa, ya que se trataba de la palabra «embuste», alterada en su escritura y con la inclusión de una *h* y una *s*.

Pero si curioso era el seudónimo, no lo fué menos el título que puso a su primer folleto sobre Filatelia.

Lo tituló *Kpankla*, que, a vuelta de preguntas, el doctor Thebussem explicó en un posterior libro suyo. «Kpankla» era el rótulo que el doctor había visto pintado en una pared, y cuyo significado era, según le aseguró una viejecita, a la que rogó se lo descifrara: Cal para encalar.

Este folleto, *Kpankla*, estudiaba diversos temas filatélicos con la inteligencia y competencia que tanta fama dieron a Thebussem.

EL SELLO DE MENOR VALOR DEL MUNDO

Dos años después, en 1872, reinando ya Don Amadeo, aparecen nuevos sellos en tres modelos diferentes, y de ellos dos con la efigie de aquel Rey. Este mismo año se emite el sello de menos valor del mundo. El destinado a franquear impresos y cuyo valor era de 1/4 de céntimo. Para la emisión de este sello existió una dificultad, que, si legalmente y en teoría era insalvable, la Dirección de Correos superó en la práctica.

El franqueo de impresos en aquella época era de 1/4 de céntimo por cada 50 gramos. Esto era lo legal. Pero la Fábrica de la Moneda se encontró con que había una disposición del Ministerio de Hacienda que prohibía confeccionar sellos de menos de un céntimo.

Entonces la Dirección de Correos encargó la confección de sellos de un céntimo, formado cada uno por cuatro sellos de 1/4 de céntimo. Es decir, que legalmente el sello era de un céntimo, y, por lo tanto, el verdadero sello lo constituían 4 de 1/4 de céntimo. Pero en la práctica se franqueaba sólo con un trozo de dicho sello, que era exactamente el sello de 1/4.

Este sello aparece al año siguiente, ya con la República, con alguna modificación: la corona mural, en vez de la real, como primitivamente se emitió. En este mismo año aparecen sellos diversos de la emisión compuesta de 10 valores con la alegoría de la República.

Pero España, ya en guerra civil, conoce emisiones carlistas, que aparecen en Vascongadas y Navarra, y luego, al año siguiente, en Cataluña y Valencia, y con nuevos dibujos, también en Navarra y Vascongadas, los años 74 y 75. Estas emisiones carlistas, y en especial la de Navarra de 1873, dieron lugar a las más divertidas discusiones en España y en el extranjero acerca de si realmente existían o no tales sellos.

La emisión de éstos, a cuya aparición no fué ajeno el famoso cura Santa Cruz, obedecía realmente a una necesidad, y por el Norte, y muy especialmente en Navarra, se estableció un servicio de Correos que, inspirado en normas un tanto distintas de las corrientes, consideraba al correo como un servicio, y no, como venía ocurriendo en la España liberal, como una renta.

En 1874, la efigie de la República aparece nuevamente en una emisión de sellos.

LOS SELLOS DEL «REY NIÑO» Y DEL «REY CADETE»

Y al año siguiente (1875) se emiten los primeros sellos con la efigie de Don Alfonso XII, que llevan una numeración azul al reverso y formando una serie de 10 valores. En 1876, y con duración hasta 1917, aparecen de nuevo los sellos de 1/4 con corona real. En las sucesivas ediciones que de ellos se fueron haciendo aparecieron algunos ejemplares de los denominados «tête-beche».

Este año de 1876 apareció la segunda emisión con la efigie de Don Alfonso XII, que se confeccionó por la casa Bradbury-Wilkinsons y Cía., de Londres; estos sellos estaban grabados en papel filigrana, que representaba un castillo.

En los años 1878 y 1879 aparecieron las emisiones de 10 sellos, cada una con efigie de Don Alfonso XII. Estas emisiones fueron complementadas en 1882 con la aparición de tres valores en un nuevo tipo.

En 1889 aparece la primera emisión con la efigie de Don Alfonso XIII. Esta emisión se denomina del «Rey niño» y se compone de 13 valores, que fueron aumentados con unos cambios de color aparecidos en el año 1899.

En 1901 se emite la serie llamada del «Rey cadete». Los sellos de esta emisión llevan la numeración de la hoja al reverso, conservándose dichas numeraciones hasta el tiempo de la República, en 1932.

LA CORRESPONDENCIA URGENTE

En 1905 se pone en circulación el primer sello español para correspondencia urgente. Este sello era de 20 céntimos, lo que pone de manifiesto que la tarifa de esta correspondencia no ha encarecido demasiado, ya que en cuarenta y cuatro años aquélla sólo ha subido de 20 céntimos que valía antes a 25 céntimos que vale ahora.

En el año 1905 aparece en España también la primera serie conmemorativa, que lo fué en recuerdo del centenario de la edición del *Quijote*. Los sellos son apaisados y de tamaño aproximado al de los actuales de La Cierva, y tienen una orla, en la que figura el retrato de Cervantes, variando el dibujo del centro, que en cada sello representa una escena diferente del *Quijote*. Fueron dibujados por don Bartolomé Maura.

En 1909 se emitió una nueva serie de tipo corriente: la del Toisón, que, muy finamente grabada, estuvo en circulación hasta 1922, ya que, si bien en 1917 aparecieron sellos en nuevos colores, el dibujo era idéntico, y la diferencia del colorido, a veces, muy pequeña. En 1920 apareció un sello de un céntimo para impresos. Este sello era sin dentar. Este mismo año, y con motivo de celebrarse en Madrid el VII Congreso de la U. P. U., se emitió una serie de 13 sellos, en los que aparecía la efigie de Don Alfonso en un óvalo, y en la parte inferior, la vista de la Cibeles.

LOS PRIMEROS SELLOS PARA CORREO AEREO

También se emitieron en España este año los primeros sellos para correo aéreo, utilizando para ello cinco valores de la serie entonces en curso, y a los que se estampó en sobrecarga la indicación «correo aéreo».

Otra serie con la efigie de Don Alfonso—ésta, en dos tipos—apareció el año 1922 y estuvo en circulación hasta el año 30, en que se emitió la última en que apareció Don Alfonso.

Entre estas dos series aparecieron varias conmemorativas, no del todo necesarias.

La primera de aquéllas lo fué en 1926, a beneficio de la Cruz Roja, y en ella se reproducían efigies de la Real Familia, en los sellos de correo ordinario; y los aviones con que se efectuaron los vuelos a Buenos Aires y Filipinas, en los del aéreo. Por cierto que el dibujo de los sellos en que aparecía el itinerario del vuelo a Manila presenta una escala en Africa que nuestros aviadores nunca realizaron.

Estos sellos, al año siguiente, fueron sobrecargados con motivo del jubileo de Don Alfonso XIII. El número total de sellos sobrecargados que entonces aparecieron fué de 39, ya que valores de 4 y 10 pesetas de las Colonias fueron habilitados para nuevo valor.

Al año siguiente se emitió la serie Catacumbas, y en 1929, la conmemorativa de las Exposiciones Sevilla-Barcelona.

Este mismo año, y con motivo de reunirse en Madrid la Sociedad de las Naciones, fueron sobrecargados los sellos entonces en curso.

En 1930 apareció la última serie con la efigie de Don Alfonso XIII y varias series conmemorativas: la denominada Quinta de Goya, la del descubrimiento de América y la llamada Pro Unión Iberoamericana.

En el año 1931 apareció un sello denominado de entrega, en color negro y de valor de 5 céntimos.

Este mismo año fueron sobrecargados los sellos en curso con la leyenda continuada «República Española».

Y en el curso del año aparecieron los conmemorativos del III Congreso de la Unión Postal Panamericana y de los novecientos años de la fundación del Monasterio de Montserrat. Esta serie, magníficamente realizada por la Fábrica Nacional de la Moneda, es tal vez la de más bella factura de todas las españolas.

SELLOS CON NUMERACION AL DORSO

También comenzó a expenderse la serie de figuras republicanas. Estos sellos llevaban numeración al reverso, que posteriormente fué suprimida, incluso en dichos modelos. Los valores altos de esta serie, aparecidos en 1932—es decir,

(Pasa a la página 58.)



































































Cumplido, este año, el primer siglo del sello de correos español, ofrecemos en esta página y en las tres siguientes unas muestras de los sellos españoles aparecidos en cien años.

En esta plana son reproducidos, arriba, los sellos que componen la colección conmemorativa del descubrimiento de América. Corresponden al correo ordinario y fueron lanzados en 1930. Abajo, en la segunda mitad, aparecen los que, formando parte de la misma serie que conmemoró el descubrimiento, fueron destinados al correo aéreo: unos, aplicables a cartas destinadas a Europa, y otros, a cartas para América.

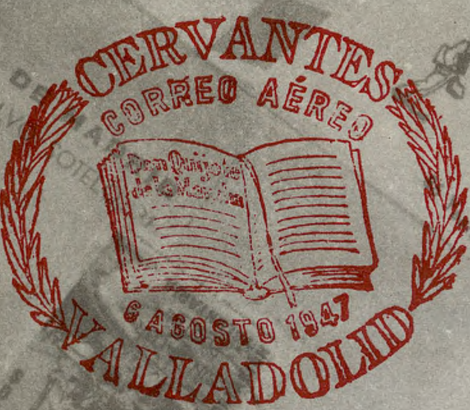
En las siguientes páginas centrales se reproducen—a modo de antología o de simple selección cronológica—algunos de los sellos que han circulado en España desde 1850 hasta hoy.

Y, finalmente, en la página 32, figuran estampillas especiales diversas, correspondientes a varios acontecimientos y conmemoraciones españoles o hispanoamericanos: aniversario de Hernán Cortés, primer correo aéreo español, centenario cervantino, etc.





LA CRUZ ROJA ESPAÑOLA
LA CRUZ ROJA ESPAÑOLA
EXPOSICION GENERAL ESPAÑOLA
ESPAÑA
Quinta SEVILLA Goya
CORREO AEREO ESPAÑA
ESPAÑA CORREOS
PRO UNION IBEROAMERICANA
CORREOS ESPAÑA
REPUBLICA ESPAÑOLA
OFICIAL
Oficial
CORREOS
ESTADO ESPAÑOL
PRO TUBERCULOSOS POBRES
AÑO SANTO 1943
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA
MILENARIO DE CASTILLA
CORREO AEREO
ESPAÑA


CERVANTES
CORREO AÉREO
6 AGOSTO 1947
VALLADOLID


CERVANTES
9 MAYO
1947
CORREO
AÉREO
SEVILLA


CERVANTES
CORREO AÉREO
9 OCT 1947
ALCALA DE HENARES


CERVANTES
LEPANTO - 7 OCTUBRE 1947 - CORREO AÉREO
BARCELONA


EL TOBOSO
DULCINEA
9 AGOSTO 1947


ARGAMASILLA DE ALBA
DON QUIJOTE
9 JUNIO 1947


MONTIEL
DON QUIJOTE Y SANCHO
9 JULIO 1947


CAMPO DE CRIPTANA - 9 SEPTIEMBRE 1947 -


CORREO AEREO
OCTUBRE
1948
LINCOLN
BARCELONA ☆ NEW YORK


PRIMER CORREO AÉREO MADRID HABANA
6-2-1947
MARZO 1947


PRIMER CORREO AÉREO MADRID-MANILA
MAYO 1947


ARGENTINA-ESPAÑA
MADRID
JUNIO - 1947
CORREO AÉREO


PRIMER CORREO AÉREO
MADRID + BUENOS AIRES
OCTUBRE
NTRA SRA DE LUJAN
PRIMER CORREO AÉREO
MADRID + BUENOS AIRES
ENERO
1947
NTRA SRA DE LUJAN


ESPAÑA-VENEZUELA
PRIMER CORREO AÉREO DIRECTO
MADRID
II CENTENARIO FRAY JUNIPERO SERRA


PRIMER CORREO AÉREO
MADRID-RIO DE JANEIRO
ENERO
AÑO 1947


PRIMER CORREO AEREO MADRID-MONTEVIDEO
ENERO DE 1947


PRIMER CORREO AEREO MADRID-MONTEVIDEO
ENERO DE 1947



Un indio tiene miedo de vivir

CUENTO por Elías Ugarte Figueroa

CON unos ojillos tristes, alargados, que miraban miedosamente hacia todos los puntos, y ese rostro moreno, cobrizo, pálido, que semejaba las hojas secas del tabaco; cubierto apenas con un roído chamanto, un sombrero hundido hasta las orejas y aquellos pantaloncitos largos, abombillados, tan graciosos, que las lluvias y el sol se habían encargado de encoger una cuarta más arriba del tobillo, y hasta de borrar el primitivo color que tuvieron, llegaba el indio Mallalahue a la escuela de aquel lugar, arrastrando apresuradamente sus humildes ojotas.

—Allá viene el mapuche Mallalahue hediendo a sahumerio de «dunguve»—decían los muchachos, haciéndole visajes burlescos desde la ventana.

Las muchachitas de aquella escuela mixta clavaban también sus ojos en él y sonreían:

—Siempre pensativo y astroso—murmuraban—. Si ni siquiera piensa en las lecciones... ¿Qué verá más allá de las nubes?

—Buenos días, patrona maestra—decía el indio.

—Buenos días, Mallalahue—respondía bondadosa doña Clotilde, y se quedaba viéndole caminar hacia su banco, atrasado, como de costumbre.

—¿Qué te ha ocurrido esta vez, Mallalahue?... ¿Por qué vuelves a llegar después que se ha pasado lista?...

—¡Ah, mi patrona linda...! Si vieras vos too lo que tengo qui hacer desde la madrugáa... Agora que estamos solitos yo y la «ñañita»... Agora...

—Basta... Basta...

Y se quedaba satisfecha con aquella explicación, que hacía estallar de risa a los muchachos.

Le tenía cierta simpatía al indiecillo, no obstante sus atrasos, ausencias y distracciones continuas.

—¡Pobre muchacho!—solía decirles a los demás, mientras se paseaba por los ruinosos corredores de aquella escuela de campo—. Trabaja duro desde muy temprano en la chacra. Sobre todo, desde que murió su padre... Además, es un auténtico araucano... De los pocos que escaparon al cruzamiento.

Un día que charlaba, como de costumbre, en el corredor, sintió en el patio una gran zalagarda. Un grupo de muchachos tenía cercado al indio, que se debatía bravamente entre aquellos truhanes, quienes, tirándole de su humilde chamanto, le gritaban: «Mapuche sucio, mapuche rotoso, indio brujo.»

Sólo cuando vieron los severos ojos de doña Clotilde más arriba de sus cabezas, se calmaron.

—¿Qué pasa aquí, niños?

Mallalahue balbuceó:

—Nada, patrona maestra... Es sólo que se avergüenzan de mí... ¿Sabe...? Porque soy un indio pobre... Porque no voy vestío comu ellos... Porque...

Su voz se quebró. Se secó una lágrima, y agregó:

—Porque tengo mis creencias..

Y mostraba su collar destrozado, lleno de figuras de plata y palitos de palqui.

—Cree en los «dunguves», señorita—dijo una voz.

Había sonado la campana. Los muchachos, a la izquierda, y las niñas, al fondo, formaron filas en silencio y, marchando al compás de las palmas de la maestra, que repetía en voz alta «un, dos; un, dos», entraron a clase. Iban cavilosos. En el rostro de doña Clotilde habían visto un tácito reproche, un relámpago de reconcentrada indignación.

En efecto, sobre la tarima de madera, donde yacía su pupitre, se empinaba la enteca figura de la maestra, quien, manteniéndose de pie, empezó a decirles:

—Ustedes han cometido, hace un momento, una acción vituperable, impropia de niños bien nacidos, de alumnos de este establecimiento... Una acción indigna, cobarde, en contra de un compañero de ustedes: de nuestro hermano Mallalahue...

—¿Hermano...? Si él es indio, señorita...

—¿Quién se ha permitido interrumpirme?—exclamó, roja de ira, doña Clotilde.

Nadie respondió. El silencio en la sala se hizo profundo.

Ella, entonces, esbozó una mueca de desprecio.

—Pues bien. Ya que el osado no tiene la valentía de dar un paso al frente y declararse culpable, toda la clase va a quedar castigada, estudiando en nuestro texto de Historia aquel capítulo relacionado con nuestros aborígenes... Porque sólo ignorantes o malvados pueden proceder así en contra de un muchachito inofensivo y humilde como Mallalahue, que lleva en sus venas la sangre altiva de hombres tan valientes y aguerridos como Lautaro, Caupolicán, Galvarino, que es también la nuestra...

Los muchachos se hundieron en un respetuoso mutismo, mientras Mallalahue miraba a la maestra con una sonrisa mezclada de gratitud y de orgullo. Sí, aquello era verdad. Se lo había contado su madre. El no era un infeliz. Su abuelo también había guerreado en Arauco, defendiendo su tierra y sus costumbres. Sus antepasados habían tenido el coraje de detener las victoriosas tropas de Yupanqui en las márgenes del Bio-Bio, cuando la resistencia de los indios del norte y centro de Chile había sido quebrada por las arrolladoras huestes de los hijos del Sol. Sí; se lo había contado su madre, mientras tejía vistosos choapinos con esa lana teñida en indelebles zumos vegetales, y el padre, silencioso, mirando hacia los cielos, hilaba la madeja del pasado, junto al fulgor de la lumbre, que ensortijaba su despoblada barba y sus mejillas agrietadas de caprichosos

arabescos; o bien observaba los pájaros, viendo, acaso, en su vuelo un augurio feliz o desgraciado, un anuncio que venía de sus hermanos muertos o de los espíritus errantes, que parecían llamarlo entre las nubes para librarle de esta vida. Soñaba, tal vez, con sus tierras usurpadas. Sí; le habían despojado de ellas otros hombres ambiciosos y malvados, recurriendo a artimañas legales y a la fuerza de las carabinas. Era un indio vencido por la civilización, como todos los indios. Entonces había tenido que salir de allí a mendigar a otros pagos. A arrastrarse como gusano en torno de la tierra donde había nacido, y a ser pisoteado por los mismos que le habían robado lo suyo. Así había llegado a aquella casa de fundo, con su mujer y su hijo, para luego convertirse en mísero peón por un pan ácido, un poco de maíz y unas cuantas monedas desvalorizadas, que se llevaba la pulpería. Ni siquiera los piñones del campo le pertenecían. Esos piñones que, en otra época, constituían bosques vírgenes y libres, y cuyos frutos eran el alimento principal del araucano, tenían ahora otros dueños, hombres venidos de la ciudad o del otro lado del mar con elementos mecánicos de trabajo, con una humosa pipa entre los dientes, y hablando, a veces, una lengua extraña.

Mallalahue había alcanzado a sufrir las miserias de aquel éxodo, llenando su alma de una especie de miedo por la vida. «Esta es nuestra vida», escuchaba por las noches lamentarse a la madre cuando, en el camastro, echaba sus rendidos huesos junto al hombre, después de las faenas del campo. «Pero tú vais a ir a la escuela, m'hijo, pa que siais otra cosa... Pa que naiden te esclavice.» El indiecito se quedaba pensando en esas palabras. Sí, iría a la escuela, si su madre lo deseaba. Pero más le hubiera gustado deambular por el corazón de la sierra. Ser como los pájaros. ¡Ah! Tenía el corazón errante como una golondrina. Y se ponía a soplar la «trutruca» de su padre, que despedía no un canto, ni siquiera una melodía, sino un gemido lastimero, como si todo el alma de la raza araucana llorara su perdida grandeza a lo largo de esa prolongada caña y ese cuerno.

Un día el indio viejo había llegado con una fuerte punzada en la espalda, como si una flecha enorme allí clavada le estuviese desgarrando las carnes. Eran los días terribles del invierno, en que los ríos aumentan su caudal con las lluvias y los derrumbes de los cerros siguen a las nevadas implacables. Había permanecido hasta el alba luchando con las aguas, que, en su crecida, amenazaban con inundar las siembras del patrón y las chozas de los inquilinos. Por la noche, un ronquido extraño mosconeaba entre sus labios resecos y enfebrecidos.

La mujer quemó hojas de canelo y preparó una tisana con huélvil, palqui, borraja y cachanlagua, y rezó, rezó, remendando los viejos machitunes de su infancia. Pero el indio no volvió a abrir los ojos. Cesó el ronquido, como si el moscardón de su garganta—ese espíritu del mal—hubiese escapado en su último suspiro, después de cumplir su maleficio. Ella, doblada sobre el pecho de su compañero, se obstinaba en no abandonarle, mientras el pequeño parecía inquirir con sus aterrorizados ojos qué era todo aquello, qué significaba aquel silencio y aquel continuo entrar de gentes en puntilla que miraban el lecho con expresión de callada amargura, como si no quisieran despertar al extinto de su sueño.

Al día siguiente, en una caja hecha con rústicas tablas de álamo, colocaron al indio y partieron con él bajo la lluvia por entre riscos y maizales. Los cuervos graznaban a su paso y el puelche les entumecía los desnudos brazos.



—¿A dónde lo llevan, «ñañita»?—inquirió el pequeño Mallalahue—. ¿Por qué en esa caja?

—A las moradas de Pillán, m'hijo...

—¿Dónde quea eso, «ñañita»?

Ella alzó sus brazos al cielo y mostró el sol languidecente:

—En lo alto, m'hijo... Tal vez allá donde el sol se pierde por las tardes... Más allá del mar...—exclamó en el armonioso lenguaje de su raza, para que sólo su hijo la entendiera.

«Más allá del mar», repitió mentalmente.

—¿Y qué hay más allá del mar?—insistió.

—Una tierra de paz, donde están nuestros antepasados, nuestros guerreros, m'hijo... A donde iremos a juntarnos toos pa ser más felices...

El se quedó pensando.

—¿Y allí naiden te hará levantate al alba y traajar como bestia too er día?... ¿Naiden nos llamará «indios perros», «ñañita»?...

—No, m'hijo... Allí los hombres son más humanos... Son toos iguales y se miran con cariño...

El muchachito sonrió y, como un mastín, siguió a su madre, que se encaminaba hacia los surcos.

* * *

Una tarde de estío, al regresar, como de costumbre, hacia su choza, traía un hermoso caracol marino entre sus manos, que había encontrado entre hierbas y peñascos, al dar su primera palada. Al verlo, el hijo del patrón le espetó alborozado:

—¡Ah, en esa caracola vacía está encerrado el mar!... Escúchalo... Ahí dentro está su lamento... ¡Ah, su canto desesperado, Mallalahue!...

—El mar—balbuceó el indio y pensó en las moradas de Pillán, donde estaba su padre.

Aquella mañana llevó su caracol hacia la escuela.

—Aquí lo traigo encadenao.

—¿Qué?

—El mar.

Todos lo miraron asustados, mientras la maestra pensaba: «Este muchacho... Si vive nada más que de sueños... Ni siquiera estudia»...

Se agruparon. Cogieron aquel caracol curiosamente. Se lo acercaron al oído y sintieron el lamento infinito de las olas.

—Ya—dijeron—. Es cierto.

Pero nadie conocía el mar sino en los mapas adormilados en los muros de la escuela.

No obstante, doña Clotilde les había explicado: «¿Ven ustedes, niños, esa franja azul al oeste de la costa chilena?» «Sí, señorita», respondían. «Pues bien; es el Océano Pacífico. Repitan ahora conmigo: el Océano Pacífico es una gran extensión de agua salada que baña las costas de América, Asia y Australia.»

Repetían, repetían, pero nadie sabía precisamente lo que era el mar.

«El mar», decían enfáticamente en sus casas. «El mar», fijando sus ojos en los atlas y repitiendo la definición de la maestra. Pero sólo veían en su pensamiento una mancha celeste, inmóvil, prisionera de los paralelos y los meridianos, bordeando la piel rojiza y blanca de la patria.

En cambio, no sucedía así con la Cordillera. Estaba frente a ellos, alba, orgullosa, enhiesta, decorando el paisaje campesino. Sí, podían verla desde allí, desde los mismos bancos de la escuela. Verla cómo se empinaba a veces sobre los sauces y los álamos para demostrar su prepotencia y su grandeza, o bien, para meterles miedo con ese largo capuchón de sábanas que solía colocarle el invierno poco después de las primeras lluvias.

Sólo su madre sabía todo eso que los libros callaban y que no lograba explicar la maestra, enmarañada en sus razones científicas. Para aquélla el sol no sólo era un astro incandescente, centro de nuestro sistema planetario, que da vida y luz a cuanto ser o cosa alcanza, sino más que todo eso todavía: estaba dotado de un poder divino. Asimismo, en las nubes no veía un simple vapor acuoso suspendido en el aire, sino un mundo, otro mundo más bello y mejor que el nuestro, donde moraban las divinidades, y los guerreros y los hombres de su raza, a quienes les había correspondido partir, adelantarse. Por eso la muerte no era para ella sino un viaje, un cambio, un traslado a ese cosmos lejano y deseado.

Este sentimiento se había hecho más hondo en su tragedia. Así se lo había dicho a su hijo.

Cuando aquella mañana llegó en puntillas y lleno de temor a clase, la maestra explicaba:

—Los ríos—repito—nacen generalmente en la cordillera y desembocan en los lagos o en el mar.

El se quedó turbado. ¿Qué había dicho la maestra?

Dió un paso hacia los bancos para tomar asiento y anotar aquellas palabras; pero doña Clotilde le contuvo:

—Usted ya me está cansando, Mallalahue... Falta cuando se le ocurre... No hace las tareas... Se lo pasa en la luna mientras explico... Y todavía llega continuamente atrasado... ¿Que no sabe que la entrada es a las ocho de la mañana?

El mapuche agachó la cabeza sin musitar palabra.

—Bien—agregó doña Clotilde, volviendo a su pupitre y a sus mapas y mostrando con el puntero un rincón de la sala—. Para que lo recuerde, Mallalahue, va a quedarse parado allí toda la mañana.

Luego, dirigiéndose a los demás alumnos, prosiguió:

—Las nieves forman los ríos... Los ríos vivifican la tierra...

—¿Qué cosa es vivifican, señorita?

—Vivificar... De vivir... Dar vida... ¡Qué niños!... Una palabra tan fácil...

—Lo contrario de morifican—exclamó un gracioso.

Todos rieron desordenándose.

—¡Silencio!—gritó doña Clotilde—. ¡Silencio!... Esa palabra no existe en el diccionario...

—¿Qué cosa es un diccionario, señorita?

—¡Vamos, qué ignorancia más supina!... Es ese libro grande que ustedes han visto sobre la mesa de la directora... Allí están todas las palabras de nuestro idioma cuyo significado ustedes desean conocer...

—¿Y las palabras mapuches?

El indio se sobresaltó. Sabía que trataban de mofarse de él.

—He dicho de nuestro idioma—recalcó la maestra—, aunque miles de palabras mapuches han sido incorporadas a nuestra lengua...

—¿Cuáles, por ejemplo, señorita?

—Ulpo, humita, chercán, chancho, luche, etc. ¿No es así, Mallalahue?

El muchacho no supo qué responder. Lleno de rubor, la miró con humildad.

—Es una lengua muy bella—agregó doña Clotilde—. Propia de oradores y poetas... ¿Han entendido ahora, niños?

—Sí, señorita.

—Pues bien, prosigamos y dejémonos de interrupciones... Los ríos, como estaba diciendo, vivifican la tierra... Gracias a ellos tenemos árboles, plantas, legumbres, frutas... Es su viaje fertilizante y generoso... Por eso las grandes civilizaciones de la antigüedad florecieron a la orilla de los grandes ríos, como el Nilo, el Ganges, el Tigris, el Eufrates...

Se detuvo de golpe:

—No. De esto último no tomen apuntes... Ya lo estudiarán en la ciudad... En algún liceo... Por ahora nos interesa conocer los ríos de nuestra Patria... El Maule, por ejemplo, nace en la laguna de su nombre... ¿Ven ustedes ese punto azul marcado en el mapa?...

—Sí, señorita.

—Es la laguna de Maule, que está rodeada de cerros muy elevados, como el Campanario. Bien. Nace ahí y desagua en el Pacífico, después de recorrer 196 kilómetros, más o menos. Ese otro río, que forma en su curso una herradura, es el Claro, donde Mallalahue se baña y va a hacer la cimarra, y se une al Maule cerca de Perales... No olviden, pues, que las aguas dulces del Maule se confunden, al término de su carrera, con las aguas salobres del Pacífico... Si ustedes echasen un madero sobre sus aguas, ¿a dónde llegaría?...

—Al mar, señorita... Al mar Pacífico...

Ella sonrió.

—Sí—respondió—. Posiblemente. Siempre que no encontrara algún obstáculo en su carrera... Alguna barra...

—¿Qué cosa es una barra, señorita?

—Es un banco de arena... ¿No han visto alguna vez pegada la balsa de don Cele cuando el río está bajo?... Pues bien; eso es una barra... Entonces terminamos por hoy esta lección para seguir estudiando los otros ríos que confluyen con el Maule... Siquiera esta vez hemos aprendido que los ríos nacen, nacen... A usted le estoy indicando, lunático...

—Nacen en la cordillera y mueren en el mar—respondió triunfalmente Mallalahue, revolviendo su sombrero entre sus manos.

Todos le miraron asustados. ¿Cómo había estado tan atento el silencioso, el ausente, el perdido entre nimbos con sus machis, dunguves y caciques?

Volvieron a mirarle y vieron que tenía las pupilas encendidas y ahora caminaba hacia el patio como un alucinado, riendo, riendo, con una risa extraña.

—¿Qué le pasa a usted, Mallalahue?—gritó la maestra—. ¿Se ha vuelto loco?...

El muchacho la miró esta vez con sus ojos llenos de amor y gratitud. La miró iluminado por una llama de alegría que, desde hacía tiempo, permanecía apagada en su semblante.

—Patroncita maestra, perdone... El tren blanco llevará a Mallalahue...

No dijo más. Miró hacia los cerros del oeste y se echó a correr por la vega.

* * *

El Claro venía cantando desde lejos, ebrio de la belleza del paisaje, perseguido por livianos pedruscos, que él mismo iba puliendo en su trayecto. Era su voz tan cristalina y pura como su nombre y como su cuerpo de vidrio. ¿Semejaba un tren, una serpiente o un caballo blanco en su marcha veloz, incontenible? No. Algo más perfecto, sin duda: un ser humano, bondadoso y pródigo, feliz de su destino. Era el enamorado de la tierra, el viejo Ahasverus, que, en su carrera, iba entregándole ese beso de limo de la vida y luego seguía sin detenerse nunca, como la sangre en las arterias.

Así tal vez lo vió el muchacho. Y debe haberse quedado largo rato contemplándolo con una expresión de amor en las pupilas.

Esa tarde comentaban en la escuela:

—No se ha hallado la balsa de don Cele...

—¿Se iría en ella aprovechando la crecida?...

—Imposible.

—Es tan feble.

—Unos cuantos maderos de eucalipto. Además, sería una locura. No hay luna. Se estrellaría contra los acantilados de la orilla. La arremolinada y vertiginosa corriente allá en el cruce. Las barras mismas—insistía la maestra, luciendo sus conocimientos de Geografía. Y buscaba el mapa de la región para explicarlo.

Cuando doña Clotilde y algunos vecinos llegaron hasta donde la india, ésta se puso a sollozar sobre la almohada de su hijo. Luego, secándose las lágrimas, exclamó con cierto rencor y abatimiento:

—Ha huío e la vida... D'esta vida... Sólo usté me lo quería, señorita Clotilde...

Volvió a limpiarse las lágrimas con la punta del chamal y agregó:

—Yo sé a dónde ha ido...

Cogió un puñado de maíz y un vaso de agua y lo lanzó hacia los cuatro vientos.

Y se quedó mirando las nubes.

(VOCABULARIO.—**Pillán:** espíritu de los antepasados, como ser superior. **Dunguve:** hechicero. **Machi:** curandero. **Ñañita:** mamita.)





Si este país adoptara alguna vez una bandera propia, distinta del tricolor bolivariano que proclama su hermandad con Venezuela y Colombia, el nuevo símbolo de la nación ecuatorial debería ser verde, blanco y verde.

Primeramente verde, junto a un mástil azul. La *costa* ecuatoriana es toda verde, caliente y hondo verde tropical, con el ribete fresco del Pacífico. Verde de hojas de plátano y arbustos de café, de palmeras de coco y espaldas de caimanes, surcado por mil venas de agua verde y morosa.

Pero en seguida blanco, de nieves y de nubes. La *sierra* es también verde, señoreando el trópico; pero sobre ella imperan las blancuras de lo alto. Nieve de los volcanes puestos en doble hilera, con el barco de hielo del Antisana, el ara fantasmagórica del Altar y la cabeza cana del Chimborazo. Cándidos copos de algodón de las nubes, los cúmulos más barrocos y redondos del mundo, errantes por un cielo de siete mil metros de altitud.

Y luego otra vez verde, de humedad y misterio, con cataratas roncas sobre un silencio verde, con salvajes desnudos y loros. Es la *selva*, montañas y ríos verdes hasta el Padre Amazonas...

El Ecuador es verde, blanco y verde.

E. L. M.

RIZAL
Y EL AMOR DE ESPAÑA

¿FUE antiespañol el doctor José Rizal? Así, triste es confesar, lo pregonan todavía muchos en Filipinas, quienes no aciertan a honrar la memoria del eximio héroe sin que tengan que hacer destilar de su vida y escritos el más acibarado odio a España y a cuanto ella representara en mi país, en sus siglos de dominio.

Al cumplirse, una vez más, el aniversario del fusilamiento del prócer tagalo, que tuvo lugar en el Campo de Bagumbayan en 30 de diciembre de 1896, dediquemos unas líneas al estudio de la presunta hispanofobia del héroe, seguros de que, con la dilucidación de la verdad que en ella hubiere, habríamos de aportar nuestro tributo de homenaje al padre de las libertades nacionales filipinas.

En refutación de ese alegado antiespañolismo del doctor Rizal, fuerza nos es acudir a los actos de su vida y a los escritos que dejó, en que, a buen seguro, habrían de haberse manifestado. Y si, al momento, se nos agolpa en la memoria el episodio del juicio sumarísimo y consiguiente fusilamiento del doctor José Rizal, no olvidamos, empero, que fué precisamente en los trances difíciles de la ejecución en los que el gran kalambeño hiciera profesión de españolismo al declarar: «No he sido nunca traidor a España». ¿A qué este descargo, harto sincero en gracia de las circunstancias, si, como se pretende, Rizal odiaba a España? Mejor le hubiera sido rubricar su muerte heroica con una solemne condenación y repudio del régimen español y sus instituciones en Filipinas.

Adentrémonos todavía mejor en la intimidad de la vida del héroe. Para este menester, nada más propicio que repasar su voluminoso epistolario, ya que las cartas son el mejor espejo en que se reflejan los verdaderos sentimientos del hombre. Y si en las cartas del doctor Rizal abundan las acritudes para con los graves desaciertos de la Administración pública de fin de siglo, en cambio, no faltan textos que, con clara evidencia, patentizan el hondo amor que Rizal profesara a la Madre Patria, así como la acertada distinción que sabía hacer entre España y algunos de sus hijos.

Así, se lee en una instancia elevada por el doctor Rizal, desde Hong-Kong, a la primera autoridad de Filipinas:

Como el pensamiento de toda mi vida ha sido siempre el amor a mi país y su desarrollo moral y material, y como ahora me parece que este desarrollo se inicia muy bien bajo el gobierno de V. E., considero de mi deber no sólo respetar su gobierno, sino también procurar, si necesario fuera, la adhesión a España de todos los filipinos. (*Epistolario Rizalino*, tomo III, página 92; instancia fechada en 21 de marzo de 1892.)

Es el constante afán por deslindar el amor y la lealtad a España de la debida a sus funcionarios, que merecían lo mismo en cuanto se mostraban fieles al deber jurado y solventaban los altos propósitos de la Madre Patria. Afán ya expresado con anterioridad en un artículo publicado en Barcelona, con fecha de 15 de junio de 1889, y en el que escribía:

...nosotros continuaremos nuestro camino, seguiremos siendo fieles a España, mientras los que dirigen sus destinos tengan una centella de amor para nuestro país, mientras haya ministros que planteen liberales reformas, mientras el clamoreo de invectivas no borre de nuestra memoria los nombres de Legazpi, Salcedo, Carriedo, y sobre todo, los nombres de los antiguos reyes católicos, que protegían desde lejos a los desgraciados malayos de Filipinas. (Ob. cit., tomo III, páginas 270-271.)

Conviene hacer notar que este sincero hispanismo del doctor Rizal en nada amenguaba su amor a la patria nativa, y, por tanto, sin caer en el error indigno y estulto de suponer que el amor a Filipinas debía descansar en el odio a España, no por eso el doctor Rizal incurría en un confusionismo, que hubiera sido de lamentar. Como ya lo indicó el escritor español don Wenceslao E. Retana, para Rizal una era España y otra Filipinas, sin confundirse en amplexo de aniquilamiento o absorción total por parte de aquélla para con ésta, pero sin distanciación hostil, tampoco, que obligara a Filipinas a olvidar a la Madre Patria y a dejar de amarla por todo cuanto hiciera en favor de las islas.

De aquí que Rizal declarara, en una poesía laudatoria dedicada al comandante Carnicero, español, del Distrito Militar de Dapitán (Isla de Mindanao):

Más que jefe y comandante
Que impere con dura mano,
Seguid siendo el buen hispano
Del distrito, padre amante;
Y puesto que en este instante
Sois la autoridad primera
Del pueblo que a la bandera
de España fiel se cobija,
Sed un padre para la hija
Que sólo en su madre espera.
....
Que nuestro más grande anhelo
Es que en esta tierra extraña
Encontréis la misma España
Con el mismo sol y cielo.
(Ob. cit., tomo IV, pág. 27.)

Como quiera que esta poesía lleva fecha de 26 de agosto de 1892, no faltará quien nos recuerde que, a la sazón, el doctor José Rizal se hallaba desterrado en Dapitán y que el comandante Carnicero era precisamente su guardián. Fácil será suponer, por tanto, que las condiciones imperantes restarían sinceridad a los conceptos vertidos en el mensaje de felicitación. Aparte la velada ofensa que se infiere al héroe, en quien se presume duplicidad, rechazamos la insinuación ya que obran textos contemporáneos en los que el doctor Rizal, como si adivinara el reparo avieso, insiste en la sinceridad con que siempre ha escrito. En carta dirigida al Rvdo. P. Pastells, S. J., prefiriendo soslayar la cuestión política que había motivado su destierro, Rizal escribe:

Sin libertad, una idea algo independiente sería provocativa, y otra afectuosa sería considerada como bajeza o adulación, y no puedo ser ni provocador, ni bajo, ni adulador. (Ob. cit., tomo IV, pág. 62; carta que lleva fecha de 11 de noviembre de 1892.)

Leído esto, ¿quién se atrevería aún a insistir en la falta de sinceridad del héroe filipino? Más tarde, se expresaría con mayor vigor, así:

Antes me corto la mano que escribir una cosa falsa. (Ob. cit., tomo IV, página 111; carta dirigida a don Fernando Blumentritt, en 15 de febrero de 1893.)

No es de extrañar que se lean tales insistencias. Lo que mayormente distinguió al héroe filipino fué siempre su ciega lealtad a la verdad y su culto a la sinceridad. Es innegable que hubo, en su vida, momentos de desvarío, que le hicieron abrazar errores lamentabilísimos, pero si así se condujo, fué en la firme creencia de que estaba en la verdad, y su misma lealtad a ésta le hacía incólume en el error, en tanto no le fuera demostrado su carácter de tal; en cuyo caso, retornaba sin demora al camino recto, y, con la misma gallardía, repudiaba el error profesado. Lo prueban estos pensamientos cumbres que estampara en la carta de despedida que, en Hong-Kong, envió a sus padres y demás familiares, el día 20 de junio

El hombre debe morir por su deber y sus convicciones. Sostengo todas las ideas que he vertido respecto al estado y porvenir de mi patria, y moriré gustoso por ella... (Ob. cit., tomo III, pág. 346.)

Fuera superfluo, en mi opinión, aducir más textos. Mas, llevado de mi convicción del amor que Rizal profesó a España, permítaseme, a modo de cima y remate de estos renglones, citar un postrer texto categórico del héroe, en que rechaza el cargo que se le hacía y, de paso, indica el concepto que tiene de los que le tildaran de antiespañol:

El señor Sitges, Comandante Militar de Dapitán, que sustituyó al anterior, señor Carnicero, sabe ya que "no soy el antiespañol que mis enemigos han querido pintar"... (Ob. cit., tomo IV, pág. 249; carta, con fecha de 8 de mayo de 1895, dirigida al Gobernador General, Excmo. Sr. D. Ramón Blanco. El subrayado es nuestro.)

¿Osaría todavía alguno contradecir más al héroe?

POR ANTONIO M. MOLINA

PRESENCIA Y SENTIDO DE LA VIRGEN DEL TEPEYAC

tocayotiliz, mahuel yuh motocayotitzinoz izçenquizca
ichpochtzintli Santa M A R I A de Guadalupe ini tlaçò
ixi [illegible] nh niman ic quihu [illegible] Ber-
nardino [illegible] xpan Tlàtohuani Obi [illegible] onetzaco
inixpan tla [illegible] tilico. Auh inehua [illegible] Iuan Diego
quin callori [illegible] chan Obiſpo ach [illegible] uitl in ec ix-
quich ica mo [illegible] etzinò iTeoca [illegible] ca çihuapilli: in
oncan Tepeyac [illegible] in canin q [illegible] in Iuan Diego.
Auh intlàtohua [illegible] Obiſpo [illegible] mpa in Igleſia Ma-
yor initlaçò Ixip [illegible] zin [illegible] tlaçò çihuapilli, qui
hualmoquixtili in [illegible] nan, ini neteochihua-
yan mo yetzticatca [illegible] tlacatl quittaz, qui ma-
huiçoz ini tlaçò Ixip [illegible] Auh huel çenmochi izçe-
maltepetl olin, inquihu [illegible] ctiliaya, in quimahuiçoaya
initlaçò ixiptlatzin, huali [illegible] eomatia, quimo tlatlauhtilia-
ya; çenca quimahuiçoaya in quenin teotlamahuiçoltica
inic omonexiti,inic nimâ mà aca tlalticpac tlacatl oqui-

VENGO de la tierra de María Santísima: cruzo por los aires la inmensidad del Atlántico... y llego a la tierra de María Santísima. Lo que parece una broma de la geografía es una verdad del amor. Porque en el apasionado amor a María se estrechan y unifican—como en tantas cosas esenciales—Méjico y España. Méjico y España, que, por ser visceralmente católicos, son visceralmente marianos.

El catolicismo está hecho—divinamente hecho—para el hombre. Y porque conoce a «este desconocido», que es el hombre, el catolicismo abraza y magnifica el culto a la celeste maternidad de María. La frialdad desolada del protestantismo construye un orbe religioso en que no existe el culto a la Madre. Pero el humano corazón se niega. Nuestro corazón de carne necesita este centro de ternura, esta exquisita suavidad de mujer, esta intercesión maternal.

María intercede ante Jesús; sigue intercediendo, como aquella primera vez en que, agotado el vino de las bodas, una palabra suya, discretamente deslizada apenas para evitar el bochorno que preveía, suscitó y casi violentó el primer milagro de Cristo.

María vive hoy, como vive hoy su Hijo. No acabó su tarea, ni su misericordia está agotada. No pertenece simplemente al pasado, como un personaje de hace veinte siglos. Con presencia de gloria está presente en los cielos, con presencia de amor está presente en la tierra.

La Iglesia, que es Cristo perpetuado entre los hombres, tiene esta estupenda misión y este maravilloso privilegio de actualizar a Cristo. Hoy nace Cristo en Belén, hoy habla en la colina, hoy se da en el milagro de la Cena, hoy muere en el Calvario, hoy resucita victorioso. No es una vieja historia inoperante; es una eterna actualidad, que sacude, y transforma, y extasía las almas.

¿Habéis pensado alguna vez lo que fuera de Cristo sin su Iglesia? ¿Habéis medido toda la enormidad y la pujanza que entre los hombres tiene el olvido?... Pero la Iglesia es esta gran enamorada y esta gran recordadora que no nos deja olvidar; y Cristo se nos mete por los ojos en cuadros, y esculturas, y ceremonias; se nos mete por los oídos en la cátedra del Evangelio y en el tribunal de la confidencia; palpita en nuestras manos por la señal de su santa cruz; se nos entra por la boca en el misterio dulce y pavoroso de la Eucaristía. Cristo vivo, Cristo presente, Cristo actualizado, Cristo visible y, como si dijéramos, corpóreo, saliendo al paso de nuestro embotamiento y nuestro olvido; eso es la Iglesia. Bien lo sabía el que la fundó, y por eso la fundó.

Y así como la Iglesia actualiza a Cristo, de manera semejante actualiza a su Madre. Hoy, como ayer, María pide por nosotros. Hoy, como ayer, nosotros, mínimos hermanos del Primogénito Cristo, la sabemos nuestra Madre y buscamos refugio, y suavidad, y caricia en su regazo. Porque todos, todos somos niños—¡Y ay de aquel que no tenga algo de niño, porque no entrará al Reino!—; todos somos niños, y cuando la vida nos golpea, y el desencanto nos ahoga, y la tempestad se desenfrena contra nosotros, corremos instintivamente al regazo de la Madre.

HONDA en la entraña del corazón humano, la reverente devoción a María nace y finca en la roca del Evangelio. Aquella que el ángel saludó por llena de gracia y por bendita entre todas las mujeres; Aquella en quien el Verbo tomó carne; Aquella ante la cual Santa Isabel, movida del Espíritu, exclamó: «¿De dónde a mí tanto bien que la Madre de mi Señor venga a mí?»; Aquella que recibió el llanto primero y la primer sonrisa de Jesús; Aquella que siguió todos los pasos del Hijo y suscitó el primero de sus milagros; Aquella que Cristo en su agonía dejó por Madre al predilecto; Aquella que perseveraba con los apóstoles, amedrentados cuando en viento y en llamas vino el Paráclito, no constituye un personaje de antojo ni encarna una fantasía sensiblera. Clavada está en la roca del Evangelio, en la veneración de los discípulos, en los muros de las catacumbas, en las definiciones de los Concilios, en el culto radiante y victorioso de veinte siglos cristianos. No representa una devoción parasitaria, sino un amor esencial.

Pero nosotros, católicos, nunca confundimos al Creador con la creatura. Su distinción irrevocable es dogma de nuestra fe. Sólo una inepcia tendenciosa puede sugerir que los católicos adoramos a María como si fuese Dios. Y no menor inepcia tildarnos de idólatras por la reverencia a las imágenes: pues es verdad elemental que en ellas reverenciamos la persona que trasuntan, no la piedra, o el palo, o el lienzo; como al descubrirnos ante la bandera nos descubrimos ante la patria y no ante el trapo, como al besar el retrato de nuestra madre, besamos a nuestra madre y no al cartón.

María es nuestra Madre. ¡Tristes de aquellos que no la conocen! ¡Tristes de aquellos que, conociéndola, la olvidan, o por el orgullo de la inteligencia, o por el desvarío de la carne, o por el seco engaño del estoicismo! Cristo, modelo de varón, no quiso la rigidez amarga del estoico que esconde las lágrimas. Profundamente humano, Cristo lloró a vista de todos. Y nosotros, cristianos, tampoco tenemos por vergüenza el llanto. Somos, sí—debemos ser—, sufridores y bravos y enteros. Pero no asfixiamos la sensibilidad humanísima, en la inhumana sequedad de la soberbia. Más bien, con sencillez de niños. dejamos nuestras lágrimas en el regazo de una Madre.

«Si no fuereis como niños, no entraréis en el Reino.» Así encareció Jesús la infancia espiritual, y ella florece lo mismo antaño en las *Fioretti*, de Francisco de Asís, que hogaño en las rosas de Teresita de Lisieux. Niños nos quiere y como niños nos trata nuestra Madre María, y a nosotros se acerca su ingeniosa ternura con variedad poética de trajes, aspectos y circunstancias. Es la mismísima Señora la que nos busca y nos atrae por caminos diversos: el Carmen, el Rosario, Lourdes, Fátima...



Y esta infancia espiritual,—encarecida por Jesús y acariciada por su Madre—, alienta para nosotros, mejicanos, con singularísima fragancia, en el candor enamorado de Juan Diego y en la tilma celeste del milagro. María, Madre en Cristo del humano linaje, quiso ser, con particular ternura y con histórica plenitud, Madre de Méjico. Y, en Méjico, Madre de toda aquella nueva estirpe y aquella ingente familia de pueblos que surgiría de las nupcias de España con América.

Y al llegar a este punto de las advocaciones de María, preséntase, espontáneo, un singular problema: el de la identidad del nombre de la Virgen de Guadalupe de Méjico y de la Virgen de Guadalupe de Extremadura. A cuenta de ello, y por manera sumamente explicable y natural, muchos españoles y aun escritores distinguidísimos, han sufrido larga confusión, entendiendo que se trata, si no de la misma cosa, al menos de una especie de prolongación o trasplante a América de la Virgen extremeña. Y al encontrar la proliferación del nombre de Guadalupe en documentos y lugares y templos del Nuevo Mundo, han supuesto que todo toma su origen en la devoción peninsular, cuando en la enorme mayoría de los casos lo toma en la devoción mejicana.

Y huelga decir, señores, que el esclarecer y precisar una distinción de orden rigurosamente histórico, no implica ni por el más remoto y furtivo de los asomos, la tontería pueblerina y anticatólica de poner como en pugna o emulación dos advocaciones de la mismísima Señora del cielo. Se trata sólo de que los hechos se conozcan y difundan como son. Y de que no haya equívocos y nieblas donde todo debe ser, como la Virgen, claridad.

Por demás, y acá de tejas abajo, tan gloriosa puede sentirse la Madre española como la Hija mejicana de aquel portento del Tepeyac, que nos dejó la única imagen en el orbe no pintada por humano pincel. Lo cual arrancó al Pontífice Benedicto XIV aquella memorable aplicación de la palabra de la Escritura: «Non fecit taliter omni nationi.»

Permitidme, pues, que en esta ocasión tan alta y tan propicia, exponga sintéticamente el fruto de una dilatada reflexión.

DE venerable antigüedad, la imagen extremeña, escondida para salvarla cuando la invasión sarracena, fué encontrada a fines del siglo XIII por el pastor Gil Cordero. Ello dió origen a la fundación de la iglesia y más tarde del estupendo monasterio de Guadalupe. Una intensa devoción halló centro en aquella casa espléndida, donde el arte y la ciencia y la caridad resplandecieron. Allá, en vísperas de su aventura oceánica, fué Cristóbal Colón, y por la Virgen extremeña puso nombre a la isla de Guadalupe, en las Antillas. Hernán Cortés, cuando volvió a España (antes de 1531) llevó como exvoto al monasterio un alacrán de oro. Y como el propio don Hernando y otros conquistadores traían en el alma y en la costumbre aquella devoción, lógico y fácil era que la hubiesen trasplantado a nuestras tierras de América. Y de hecho la trasplantaron.

Explícase así sobradamente que, desde lejos y sin particularísimo estudio del caso del Tepeyac, se haya formado y difundido en España la impresión de que la Virgen de Guadalupe mejicana es la misma Virgen de Guadalupe extremeña, o siquiera su proyección más o menos modificada.

Pero no es así.

EN Méjico todos sabemos cómo en diciembre de 1531—diez años después de consumada la conquista en la metrópoli azteca—la Virgen se mostró varias veces, por los senderos del Tepeyac, al indito Juan Diego, le dió mensaje para el obispo—español—Zumárraga, a quien luego envió, en prueba de la autenticidad de la embajada, unas rosas de prodigio, y cómo, al distender el indio su tilma para mostrarlas al prelado, apareció milagrosamente impresa en el ayate la dulce imagen de la Señora que había hablado a Juan Diego.

Esas apariciones y esa tilma prodigiosamente pintada, no tienen la más leve relación con la preexistente imagen de Extremadura. Trátase, absolutísimamente, de otra cosa. Es un hecho distinto y nuevo, como nuevo y distinto era el hecho del descubrimiento y mestizaje de América.

Y así, como por su origen y su historia, también por su imagen y su culto son perfecta y radicalmente distintas la Virgen de Extremadura y la Virgen del Tepeyac.

La extremeña es una escultura: lleva al Niño en el brazo izquierdo y representa la Maternidad de María; la tepeyacense es una pintura: sin Niño, las manos juntas, representa la Inmaculada Concepción. No hay en las efigies ni la más remota semejanza.

Y en cuanto al culto, el mejicano nació y se ha engrandecido durante cuatro siglos, única y precisamente al pie de la Tilma del milagro, sin la más tenue conexión con la imagen de Extremadura, cuya existencia misma es evidente que ignoran millones y millones de indígenas y otros compatriotas no ilustrados, que vierten su dolor y su ternura ante la Madre del Tepeyac.

Pero, ¿por qué, entonces, si se trata de casos tan absolutamente apartados y autónomos, ambas imágenes se designan con el mismísimo nombre de Guadalupe?

Que se llame así la de Extremadura, es natural; tomó el nombre del sitio en que fué encontrada y donde se le alzó templo: Guadalupe, vocablo arábigo que—siempre la divergencia entre etimologistas—significa río de luz, o río de lobos, o río escondido.

Pero, ¿por qué se llama de Guadalupe la Virgen mejicana? No se nombraba así, sino Tepeyac, el

Por A L F O N S O J U N C O

sitio donde Ella apareció y donde se levantó su ermita primera, hoy suntuosa basílica. La Virgen no tomó el nombre del lugar; más tarde, el lugar tomó el nombre de la Virgen.

Lo que parece insoluble y a muchos despista, tiene, no obstante, un motivo claro y muy concreto: la Virgen misma, al mostrarse a Juan Bernardino, tío de Juan Diego, le dijo: «que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre Virgen Santa María de Guadalupe».

Así consta textualmente en el *Nican Mopohua*, la más vetusta relación del milagro, escrita, no en castellano ni en español, sino en lengua azteca y por un indio ilustre, don Antonio Valeriano, contemporáneo del prodigio. Su manuscrito autógrafo perteneció a don Fernando de Alba Ixtlixóchirl, pasó luego a poder del célebre sabio don Carlos de Sigüenza y Góngora—quien da memorable testimonio de su autenticidad, y fué reproducido en letras de molde por Lasso de la Vega, en 1649, incorporándolo en el volumen náhuatl que conocemos por sus primeras palabras: *Huei Tlamahuizoltica*. Este volumen fué traducido en su integridad al castellano, en 1926, por don Primo Feliciano Velázquez y publicado a doble página—fotocopia de la edición azteca y versión española—por nuestra Academia mejicana de Santa María de Guadalupe.

He traído conmigo esta preciosa edición. En el texto náhuatl original, las palabras «Santa María de Guadalupe» aparecen así en castellano. Esta incorporación de voces españolas en las lenguas indígenas se introdujo desde el principio, sobre todo tratándose de asuntos religiosos, a fin de que los aborígenes comprendieran que era algo completamente distinto y no fueran a confundirlo con lo que tenían en su gentilidad; y así, en el propio relato, por ejemplo, las palabras *Dios*, *Jesucristo*, *obispo*, aparecen en español. En español también se estampan los vocablos *diciembre*, *sábado*, *domingo*, *lunes* y *martes*, cosa nueva para los aztecas, ya que su calendario difería del nuestro. En cuanto a la palabra *Dios*, aunque los aztecas tenían el equivalente *Teotl*, cuidaban siempre los misioneros y, naturalmente, sus discípulos—Valeriano lo fué de los franciscanos en el colegio de Tlaltelolco—de agregar el vocablo español, para evitar netamente cualquier confusión: y así, en el relato, se lee varias veces: «Teotl Dios».

ALGUNOS estudiosos han querido suponer que puesto que la Virgen habló a los dos indígenas en su idioma, diría a Juan Bernardino alguna voz azteca semejante, la cual, trastocada por oído y lengua españoles, pudo quedar en *Guadalupe*. Y sobre esto han fantaseado posibilidades de nombres indígenas con sus respectivos significados. Todo ello me parece inadmisible. ¿Por qué?

Porque tenemos a la vista el antiquísimo relato azteca y vemos en él incorporada, en español, la palabra *Guadalupe*. Si la Virgen hubiera usado voz indígena, ésta, infaliblemente, aparecería en el relato indígena. No es un detalle secundario, es nada menos que el nombre escogido por la Señora, y el autor de la relación, indio como Juan Bernardino y contemporáneo suyo, pudo saberlo directamente de él o de otros indios, sin recurrir a españoles. De ser voz náhuatl, la hubiera necesariamente puesto en náhuatl; no iba él a cambiarla con arbitrariedad irreverente. Si puso en español—simplemente y sin la menor aclaración—*Guadalupe*, es porque así dijo la Señora.

Se objeta que esa palabra tiene los sonidos *g* y *d*, que no hay en náhuatl, y resultaba de difícil pronunciación para Juan Bernardino. Pero se exagera la dificultad. Lo más que podía acontecer es que Juan Bernardino reprodujera con leve imperfección la pronunciación de la *d*, allegándose un poco al sonido—notoriamente afín—de la *t*. Porque por lo que toca a la *g*, aunque esa letra no existe en náhuatl, sí es muy familiar el fonema *hua*, como en Cuauhtémoc, Anáhuac, etcétera, y Huadalupe (con h) suena prácticamente igual que Guadalupe (con g).

Además, parece fácil, quedándonos en el mero orden natural, que Juan Bernardino alcanzara a repetir correctamente el nombre de Guadalupe, después de una década de contacto con españoles y varios años de aprendizaje particular de algunas voces castellanas en su doctrina franciscana. No es forzoso hacer en ello intervenir milagro.

Y, finalmente, si la Virgen quería darse un nombre, tengo por inconcuso que pondría los medios para que ese nombre llegara no deformado, sino con fidelidad, a quienes con él habíamos de invocarla, y así de hecho la hemos invocado por siglos y siglos.

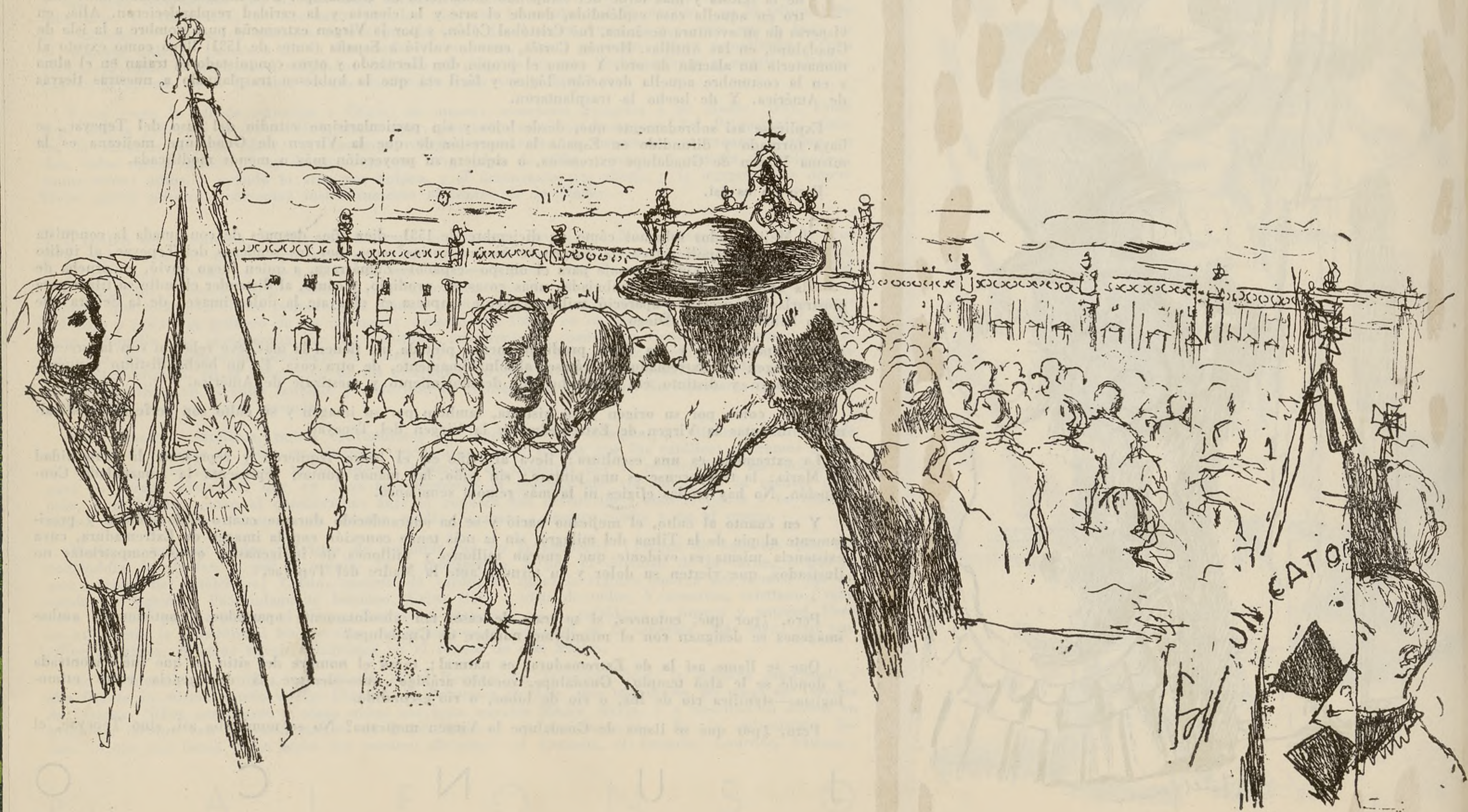
PARECEME, pues, cosa firme que la Señora del Tepeyac quiso ser designada con el nombre de Guadalupe. ¿Por qué? Esto no lo sabemos. Pero, aunque no lo sabemos, creo que razonablemente podemos avanzar una plausible conjetura. Podemos nosotros conjeturar que quiso la Señora darse un nombre que fuera familiar y atrayente para los españoles, sobre todo extremeños como Cortés, que consumaron la conquista, y que al favorecer con predilección a Juan Diego, representante de los vencidos, quiso al propio tiempo atraer con dulzura a los vencedores y a unos y a otros hermanarlos en la misma devoción. No vino Ella a abrir abismos entre vencedores y vencidos; vino a cerrarlos. Y al sublimar con un privilegio excepcional a los postergados, halló un medio suavísimo de que a los dominadores sonara a tradición la novedad y a cosa propia y familiar la extrañeza.

Y de hecho, señores, como históricamente consta, se dió el caso extraordinario de que, desde los años primerísimos, conquistados y conquistadores fraternizaran a los pies de la Virgen del Tepeyac. Ella, que—contra lo comúnmente repetido—no muestra fisonomía ni color de india, sino de mestiza, anunció el beso de las razas que fundaría la nacionalidad que estaba amaneciendo. Y así como juntó plásticamente en el milagro al español Zumárraga y a Juan Diego el aborigen, y así como con rosas de Castilla se estampó para siempre en el ayate sublimado del indio, quiso en todo ser nuncio, ejemplo y símbolo de la fusión amorosa que forjaría a Méjico, de la fusión amorosa que forjaría a toda Hispanoamérica y traería al mundo este coro magnífico de pueblos que hoy llamamos la Hispanidad.

Por eso, en expansión cargada de sentidos, ha rebasado las fronteras nuestra Virgen de Guadalupe.

Ella, en Méjico, se identifica con la sustancia de la Patria. Presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Aceleró la propagación del Evangelio. Fué lábaro de nuestra independencia. Congrega en tumultuoso plebiscito a todas las almas y conquista el respeto o la ternura aun de los descreídos y renuentes. Ella ha amparado y reverdecido nuestra fe por sobre más de un siglo de ataques insidiosos o brutales. A ella van nuestras lágrimas, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional. En los cimientos del Tepeyac están los cimientos de la Patria.

Pero la Madre y Patrona de Méjico es también, por viva instancia de los países indoibéricos que el Santo Pío X sancionó en 1910, Madre y Patrona de toda la América hispana. Y Pío XI, en 1935, incluye en el patronato a las Islas Filipinas, hondamente vinculadas con el mundo español. Y en 1945, el excelso Pontífice reinante la proclama a boca llena «Emperatriz de América». Y—sin contar repercusiones impensadas y sorprendentes en el corazón de los Estados Unidos, y de Francia, y de otros países ilustres—ahora la vieja madre de la estirpe, al coronar espléndidamente a nuestra Virgen de Guadalupe, corona espléndidamente el ciclo de esa expansión providencial. El sentido histórico del mensaje cobra su redondez y plenitud. Porque Juan Diego no era sólo Juan Diego, sino la desvalida encarnación de todas las razas aborígenes. Zumárraga no era sólo Zumárraga, sino la ardiente personificación de todos los evangelizadores hispanos. Y las rosas de Castilla exprimieron la policromía de sus jugos, símbolo de la savia toda de España, para embeberse en el ayate del indio, unimismarse con él y estampar en sus fibras, transfiguradas y extasiadas para siempre, la imagen celeste de María. Y por eso el milagro divino de Santa María de Guadalupe maravillosamente simboliza, resume y señorea este humano milagro de la Hispanidad. Y por eso, señores, es de justa y dignísima congruencia que hoy la Hispanidad, vestida de fervor y de alborozo, se congregue para coronar a la que es su corona.





LA VIRGEN DEL TEPEYAC
CORONADA EN MADRID

Entre los actos solemnes celebrados en Madrid con motivo del Congreso Guadalupano Iberoamericano, pueden destacarse, por su honda significación espiritual, los siguientes: el recibimiento tributado por el pueblo madrileño a la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. La sesión inaugural del Congreso, el día 23 de mayo, en la que tomaron parte tres arzobispos, siete obispos y destacadas personalidades religiosas y civiles hispanoamericanas. La peregrinación con la Virgen del Tepeyac, llevada a hombros hasta el Monasterio de Guadalupe (Cáceres), donde fué entronizada. La peregrinación de los congresistas al Cerro de los Angeles y la recepción en el Ayuntamiento madrileño, con una representación, en la Plaza de la Villa, del auto sacramental de Calderón «La vida es sueño». Y, por último, la coronación en la Plaza de la Armería, con asistencia de Su Excelencia el Jefe del Estado español, acompañado de su esposa, más de veinte prelados de España y América, varios ministros y una inmensa multitud de fieles.



El acto celebrado en la Plaza de la Armería, de Madrid. El Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo-Garay, escucha, durante la misa de pontifical, la elocuente plática pronunciada por el Arzobispo de Méjico, doctor Luis María Martínez.



Emocionante momento en que, después de los actos de la coronación de la Virgen del Tepeyac, el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo-Garay, entrega al Arzobispo de Méjico la sagrada reliquia del «Lignum Crucis», traída del Monasterio de Santo Toribio de Liébana y ofrenda del Episcopado español a la Catedral mejicana.



En primer término, un momento de la solemne misa de pontifical, celebrada al aire libre y oficiada por el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá. Al fondo, los representantes del Gobierno y los prelados, a los que rodeaba una multitud inmensa.



En la misa de pontifical que precedió a la coronación. Al fondo, el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y su esposa, doña Carmen Polo. En primer término, los Ministros de Educación Nacional, Justicia, Marina y Asuntos Exteriores y el Presidente de las Cortes.



Como gracioso mensaje de exquisita feminidad, en representación de las mujeres mejicanas, tan devotas de su Virgen del Tepeyac, figuraron en los actos de la coronación de la imagen este grupo de bellas jóvenes mejicanas, ataviadas con los trajes típicos de su país.



Entre el grupo de peregrinos que llegaron a España para asistir al Congreso Guadalupano y que tomaron parte en el acto de la coronación de la imagen, figura el popular actor cinematográfico Jorge Negrete, acompañado de su esposa, la actriz Gloria Marín.

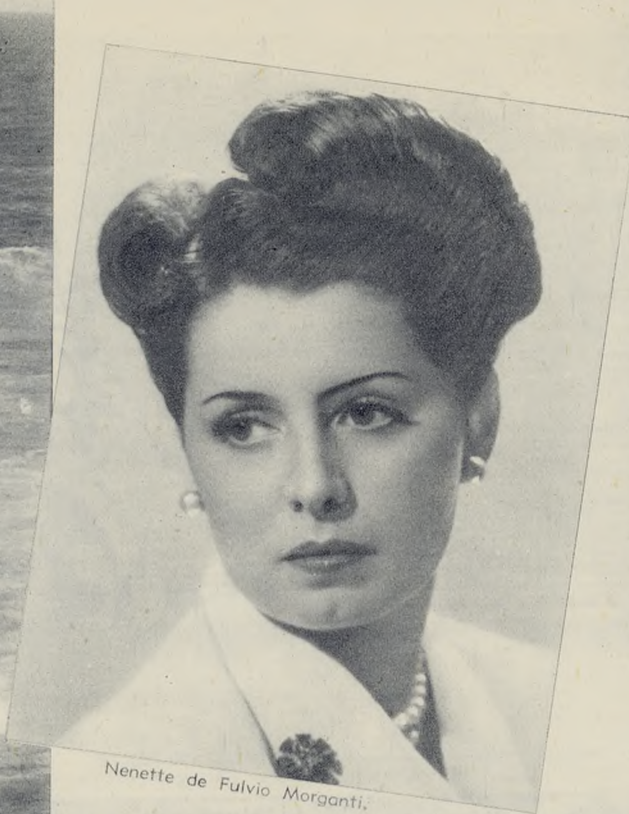


La esposa de S. E. el Jefe del Estado español, doña Carmen Polo, ofrece la corona de oro, plata y piedras preciosas, momentos antes de ser colocada sobre el cuadro de la imagen de la Virgen del Tepeyac que se venera en Madrid, en el acto de la Plaza de la Armería.



Solemnísimo momento en que el Obispo de Madrid coloca sobre el cuadro de la Virgen de Guadalupe la corona de oro, plata y pedrería, hecha al estilo gótico de fines del siglo XVI.


Marise Miranda Freitas.


Nenette de Fulvio Morganti.


María Teresa Guiule Peixoto.


Beby Cerquinho.


Doña Teresa Orleáns y Braganza, con su madre, la princesa Isabel.


Aido de George Hime.


Danuza Leão.


Adelaida de Ary de Castro.


Doris Junqueira.

Belleza de la mujer brasileña


Maluh de Oro Preto.


Ivonne Monteiro.

TODO tiene algo de maravilla en el inmenso Brasil, en esta gran cadera geológica del Continente. Desde la geografía a la ornitología, desde la ciudad supercivilizada de Río de Janeiro al misterio impenetrable del río de las Amazonas. Entre el mar Atlántico y el «infierno verde» de su Matto Grosso, al calor tropical y jugoso de sus selvas, de sus verdes cafetales sin fin, de sus grandes ríos calientes y fecundadores, el Brasil ha incubado y desarrollado una civilización moderna y universal. La espuma y la flor de esta civilización es la mujer brasileña. Cristalización de razas diversas que, en el Brasil, como en un gran crisol humano, ha alcanzado una depuración de gracias y perfecciones, difícil de superar. No es por una casualidad que la planta o flor nacional y simbólica del Brasil sea la palmera. Es que de la palmera tiene la mujer brasileña la grácil silueta y el ritmo de su talle cimbreante y aéreo unidos a la gracia de los rostros más perfectos y un personal atractivo —auténtico «sex-appeal»— que deja prendidos en el hechizo de sus ojos y la dulzura de su voz a cuantos tienen la dicha de contemplarla.

Y tiene algo más que todo esto la mujer brasileña. La gracia rítmica y escultural de su cuerpo, la perfección de su rostro, la luminosidad verdaderamente tropical de sus ojos, sus bocas frutales y risueñas, todo está en ellas al servicio de algo superior: su exquisita y depurada espiritualidad. Es proverbial entre los extranjeros que visitan Río, elogiar la delicada belleza y la sensibilidad de las mujeres brasileñas. Al lado de la mulata que baila la «samba», que hoy se ha hecho ritmo internacional, tiene el Brasil la mujer supercivilizada, educada en un ambiente de refinamiento, que deja en el visitante del país el recuerdo imperecedero de una feminidad depurada y exquisita.


Lea de Affonseca



Este «Robín de los bosques» aragonés es el mismísimo sabio Santiago Ramón y Cajal, en su época de aficionado a la cultura física.



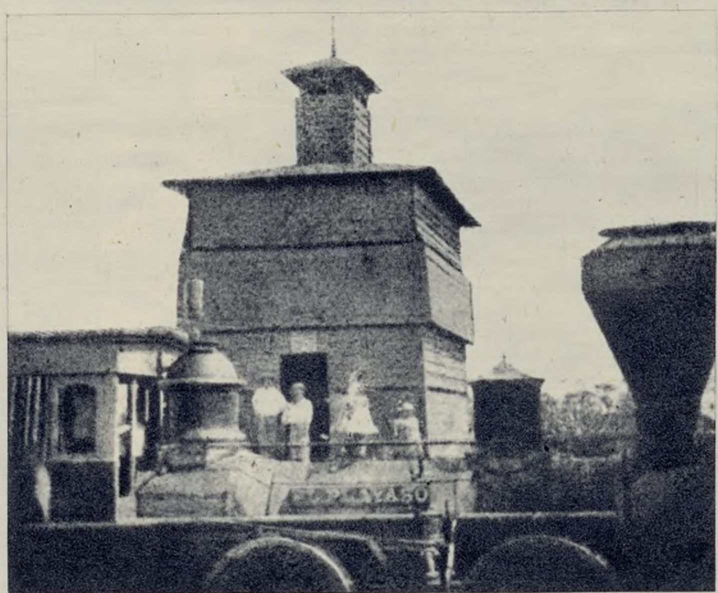
Tiempos heroicos para el investigador Ramón y Cajal. Cuando empieza a trabajar en su casa de Zaragoza, con un mal microscopio, comprado a plazos en Madrid, y una barbera en vez de micrótomo.



Incluído en la llamada «quinta de Castelar», en 1873, Cajal, con sus buenos veintiún años y ya teniente médico, embarca para la Isla de Cuba, donde ejerce su profesión con valentía.



En el centro de la fotografía, Ramón y Cajal, en la isla de Cuba, con su uniforme de médico militar, donde ejerció durante la primera guerra.



Fortín de la Enfermería de San Isidro, en la Trocha del Este (Isla de Cuba), donde don Santiago Ramón y Cajal prestó sus servicios al Ejército español como médico militar. Allí adquirió el paludismo.



La esposa del sabio, doña Silveria Fañanán, por los tiempos en que contrajeron matrimonio, después de un tierno romance de amor.

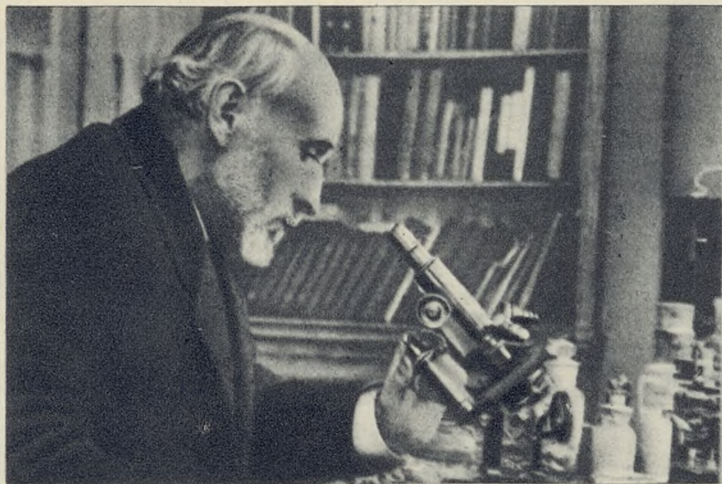


Don Santiago Ramón y Cajal ya ha mejorado su laboratorio. Ha ganado por oposición la cátedra de Anatomía de Valencia, c sus buenas tres mil quinientas pesetas anuales. Aquí aparece hacia 1885, en su laboratorio, con micrótomo y microscopio de me calidad. Pero todavía falta mucho para que realice los descubrimientos histológicos que le darán fama y universal renomb



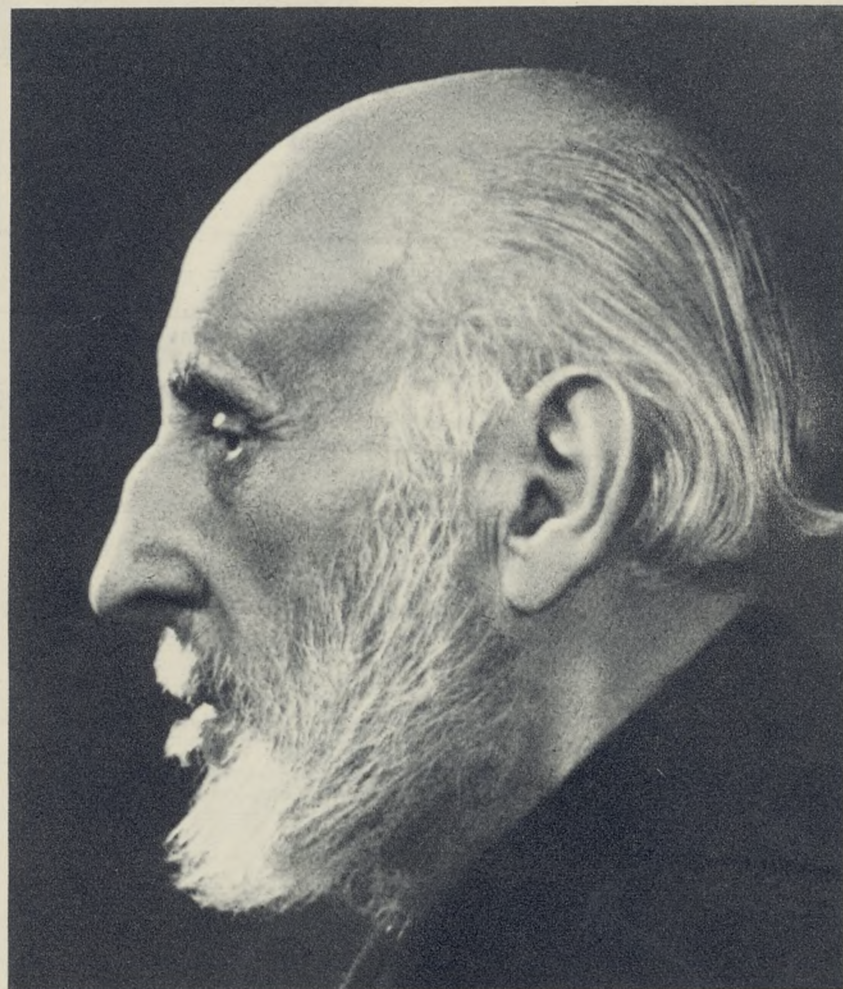
Don Santiago Ramon y Cajal, su esposa, doña Silveria, y sus seis hijos, cuatro de los cuales viven aún en Madrid. Fotografía realizada probablemente en Barcelona.

Ramón y Cajal en los años de su mayor gloria científica, cuando ya ha recibido el Premio Nóbel y es miembro de un centenar de Academias extranjeras. A pesar de ello, todos los días acude al laboratorio para continuar sus investigaciones sobre el cerebro humano.



En los últimos años de su vida, el sabio, ya jubilado de su cátedra de la Universidad de Madrid, va transmitiendo a sus discípulos el caudal de sus experiencias.





CAJAL
Y su peripecia humana

«Por Cajal se ha librado la investigación española de su complejo de inferioridad.»—LAÍN ENTRALGO.

PETILLA de Aragón, además de una aldea montaraz, es una paradoja geográfica. ¿Cómo se explica que un pueblo navarro se encuentre metido en el corazón de la provincia de Zaragoza? Pero esta paradoja tiene una explicación histórica: Un día del año 1209, don Pedro de Aragón, que andaba mal de fondos, empeñó esta rocosa porción de su Corona con don Sancho el Fuerte, de Navarra, como garantía de una deuda que no pudo pagar nunca.

Hasta el día 1 de mayo de 1852, Petilla está en tierras de Aragón, pero no está en el mapa. Desde ese día va a ser la cuna de piedra ibérica para un genio español, y aragonés por los cuatro costados. El recién nacido es hijo del cirujano de Petilla, don Justo Ramón, y en la pila de la parroquia de Petilla recibe el nombre de Santiago. Petilla no lo sabe, no lo sabrá nunca, pero desde aquel primero de mayo figurará para siempre en el mapa de España y en el de la cultura universal.

CAPITAN DE PEDREAS Y «ARTILLERO» DE AFICION

A las cabras, con ser cabras, les costaba trabajo subir hasta las casas de Petilla. Subían obligadas por los pastores. También subía y bajaba con increíble rapidez el hijo del cirujano. A los doce años, Santiago es un niño larguirucho, de ojos expresivos, y muy travieso. Su padre quiere a toda costa que sea médico, y lo manda a estudiar latines a la villa de Jaca.

El profesor que había de meterle en la cabeza a Santiago las declinaciones latinas, se llama don Jacinto. Un dómine de los de «la letra con sangre entra». En la desdichada figura del dómine ejercitaba Santiago sus dotes de caricaturista. Quizá no logró decir una declinación completa, pero se hizo el «amo» de la clase pintando a don Jacinto con orejas de asno y con una albarda sobre las espaldas. Naturalmente, fué expulsado. Esta fué su primera aventura.

«Santiagué», como le llaman en Petilla y en Ayerbe a Santiago Ramón, donde pone el ojo pone la piedra. En las pedreas con los de Ayerbe—verdaderas batallas campales—, «Santiagué» era siempre el capitán de su bando. Por donde pasaba el hijo del cirujano de Petilla, las gentes pueblerinas se echaban a temblar. La cosa no era para menos. Santiago, entre los doce y los quince años, era un verdadero niño terrible.

Durante unas vacaciones tuvo «Santiagué» la ocurrencia, endiablada como suya, de construir un cañón. Otros chicos, hijos de pastores y hortelanos, que se dejaban capitanear por él, fueron sus ayudantes en la importante tarea. Bajo su dirección ahuecaron un tronco y lo reforzaron exteriormente con alambres enrollados. Cuando el tremendo artefacto es-



En uno de los lugares más frondosos del jardín madrileño del Retiro, esta fuente monumental, obra del gran escultor Victorio Macho, perpetúa la memoria de Cajal.

tuvo terminado Santiago consiguió casi una libra de pólvora y sus buenos tres metros de mecha de barreno, proporcionado todo ello por uno de los chicos interesados en la hazaña, que era hijo de un barrenero de cantera que había en el pueblo vecino. Ya en posesión de todos los elementos para cargar el «cañón», el «artillero» anunció a sus colaboradores la fecha del primer disparo, que sería la tarde del domingo próximo, ya que a esa hora las personas mayores del pueblo estarían en la bolera o de mercado, con lo que los traviesos muchachos se encontraban a sus anchas en la aldea.

La extraña «máquina», que permanecía oculta con hojas de maíz y paja en un cobertizo de la casa del cirujano, fué sacada a una huerta próxima y emplazada frente a la puerta de una casa de hortelanos en la que no vivía nadie. Se procedió a la carga, se utilizaron piedras como municiones, y Santiago, después de ajustar la mecha a la cebadera y prenderle fuego, corrió con los demás a ocultarse tras de una cerca en espera de la explosión. A medida que el fuego corría por la mecha y se acercaba al cebo, el corazón de los chicuelos latía apresuradamente. Durante unos segundos pareció faltarles el aliento, y, por fin, sucedió lo esperado: primero fué una gran llamarada, después un estruendo infernal, y los pedazos del cañón volaron por el aire, mientras las piedras de que el tronco había sido retacado se llevaban por delante la puerta de la casa del hortelano. El susto de la formidable explosión alcanzó a todo el pueblo.

MAL ESTUDIANTE Y ZAPATERO A LA FUERZA

Aquella travesura colmó la paciencia del enérgico cirujano de Petilla, que no esperó más para llevar a su hijo al Instituto de Huesca. Pero esta tentativa del padre no había de dar mejor resultado que la anterior. Santiago, por su parte, se empeña en ser pintor y se pasa la vida dibujando monigotes. Don Justo es tozudo como buen aragonés y su hijo astilla de tal palo. La lucha se prolonga un año más. Por fin, el cirujano quema un día todos los lápices de su hijo y le mete de aprendiz con un barbero primero y después con un zapatero de obra prima de la ciudad de Huesca.

A los pocos meses el maestro zapatero reconocía en Santiago las mejores disposiciones para el oficio. También se había acostumbrado—según confiesa Cajal en sus *Memorias*—a comer las gachas y otros guisos que le preparaba la esposa del zapatero.

—Ya decía yo que te darías una buena maña para este oficio—le dijo un día el maestro Pedrín, dueño del taller—. Desde hoy ganarás dos reales más a la semana.

Santiago—que ya había visto las orejas al lobo—tenía sus planes. Comprendió al fin que aquello de la pez y la suela no era para él. Una mañana se levantó temprano, reunió sus ropas y se despidió del maestro Pedrín. Estaba dispuesto a pedir perdón a su padre y comenzar los estudios.

—¡Qué buen oficial ha perdido la zapatería!—decía siempre Pedrín, el zapatero, cuando alguien le hablaba de «Santiagué», el hijo del médico de Petilla.

Pero la etapa de travesuras había terminado. Santiago, con sus quince años bien cumplidos, iba a emprender el buen camino: el de los estudios de medicina, que deseaba su padre.

UN ESQUELETO EN EL GRANERO

Para aquel tiempo don Justo el cirujano ya ha conseguido, a fuerza de estudios y tesón, hacerse médico y ganar las oposiciones a una plaza de la Beneficencia Provincial de Zaragoza. Por eso, ante la decisión de su hijo, dispone ser él mismo quien le preparase para su ingreso en la Facultad.

La cosa fué así: Una noche padre e hijo se fueron al cementerio del pueblo y llenaron un saco de restos humanos. Los subieron al desván o granero de la casa y allí articularon como pudieron un esqueleto. Así aprendió Santiago las primeras lecciones de Anatomía de la cabeza y otras cosas, que nadie sabía mejor que el ex cirujano de Petilla.

Cinco años después Santiago termina la Licenciatura con un premio. Ingresa seguidamente en la Sanidad Militar. Las prácticas de su profesión de médico las hace como capitán médico en las maniguas de Cuba, durante la primera guerra de aquella isla. De allí regresa con fiebres palúdicas y con un principio de tuberculosis, que le diagnostica su propio padre.

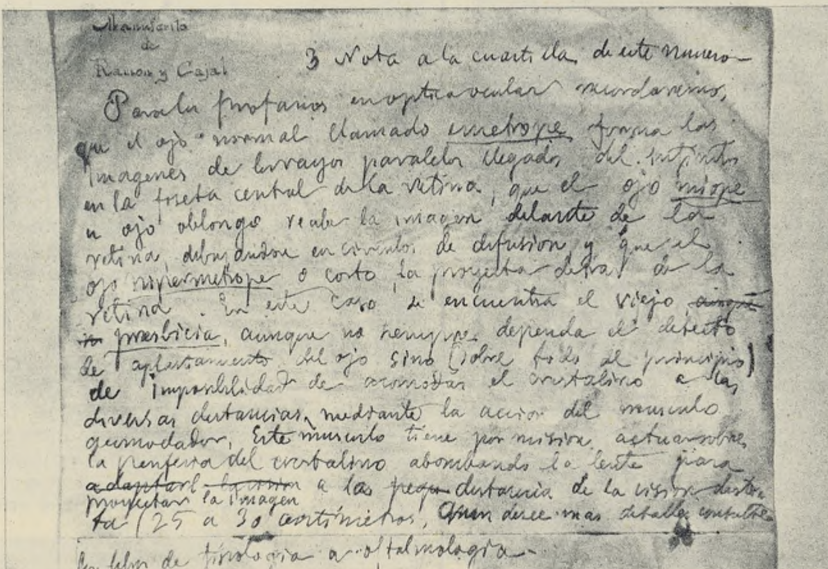
Tres enfermedades padece el joven Santiago Ramón antes de los treinta años. De las dos primeras le curan los aires y las aguas de Panticosa y San Juan de la Peña, adonde va a reponerse por consejo médico y orden paterna. Pero allí enferma de la tercera enfermedad, que resultó incurable: el amor de una joven que, un año después, hará su esposa, contra viento y marea. Ya es catedrático y director del Museo Anatómico de Zaragoza, por todo lo cual saca sus buenos 25 duros al mes. Después del matrimonio tiene que dar clases particulares para obtener más ingresos.

EL PRIMER MICROSCOPIO, COMPRADO A PLAZOS

En su primer domicilio de Zaragoza inicia el joven doctor y opositor a cátedras sus primeros estudios de Histología. (En el Museo Cajal, del Instituto que hoy lleva su nombre, puede verse el rudimentario microscopio comprado a plazos en la calle del León, de Madrid, y la navaja barbera que durante mucho tiempo le sirvió para cortar las preparaciones a falta de un micrótomo.) Pagados por fin los 140 duros que le había costado el microscopio y logradas las oposiciones a la cátedra de Anatomía, con 52 duros mensuales de sueldo, empieza Cajal sus trabajos de investigación. Con esta paga y con la fidelidad y abnegación de una esposa modelo, Santiago Ramón y Cajal trabaja y enseña en Valencia. Prepara cursos especiales de Histología, modalidad que empieza a cautivar su afición. Y, por fin, en 1887, o sea, a los treinta y cinco años, obtiene Cajal su cátedra de la Facultad de Barcelona.

Entre este año y el siguiente logra los grandes progresos de sus estudios histológicos, llegando a una verdadera especialización.

Una cuartilla autógrafa de Cajal, perteneciente a una de sus obras científicas, conservada en la colección de autógrafos españoles y extranjeros del señor Porrero.


Manuscrito de Ramón y Cajal

3 Nota a la cuartilla de este numero—

Para los profanos en optica ocular recordaremos, que el ojo normal llamado emetrope forma las imagenes de los rayos paralelos llegados del infinito en la foseta central de la retina, que el ojo miope u ojo oblongo recibe la imagen delante de la retina, deshaciendose en circulos de difusion y que el ojo hipermetrope o corto la proyecta detras de la retina. En este caso se encuentra el viejo ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ presbicia, aunque no siempre depende del defecto de aplastamiento del ojo sino (sobre todo al principio) de imposibilidad de acomodar el cristalino a las diversas distancias, mediante la accion del musculo acomodador. Este musculo tiene por mision actuar sobre la periferia del cristalino abombando la lente para ~~adaptarl [illegible]~~ proyectar la imagen a las peque distancias de la vision distinta (25 a 30 centimetros). Quien desee mas detalles consulte un libro de fisiologia u oftalmologia.

Por estos años empieza a ser admirado, si bien con abundantes reservas, por las autoridades españolas, de muy escasos alcances, y algún sabio extranjero acoge en revistas científicas los primeros trabajos del joven aragonés.

Hasta el día en que el instinto certero de Cajal decide la marcha de su destino. Ya tiene varios hijos y la situación económica con su sueldo de catedrático de aquel tiempo no es muy holgada. Pero ahí está la abnegada y decidida esposa reuniendo cuantos ahorros hay en el hogar para que el joven sabio pueda adquirir una maleta, unos trajes y un poco de dinero para el viaje a Berlín. Con todas sus preparaciones en su maleta y muchas ilusiones científicas se presenta Cajal en la capital alemana, entonces verdadera capital de la investigación científica y filosófica del mundo civilizado.

GENIO IBERICO Y TESON ARAGONES

Se celebraba en Berlín un Congreso Anatómico. Es el año 1889. Allí se reúnen en torno al sabio de fama universal doctor Kölliker investigadores de todos los países. Nadie, como es natural, tiene noticia del investigador ibérico, Santiago Ramón y Cajal. Por otra parte, el nombre de España tampoco dice nada a los sabios. Es entonces un país sin ninguna tradición en el campo de las investigaciones anatómicas. El joven Cajal se presentaba allí con su maleta de preparaciones y su microscopio, que ya no es el de la calle del León, sino un Zeiss, como un francotirador, no afiliado a ninguna de las escuelas que en Londres, en París, en Bruselas, Estocolmo, Roma o Berlín agrupaban a los mejores investigadores de la época. El mismo Cajal describe así aquel difícil paso de su carrera: «Había en aquellos sabios una curiosidad expectante. Les chocaba, sin duda, encontrar un español aficionado a la ciencia y espontáneamente entregado a las andanzas de la investigación. Yo—continúa—me instalé bien temprano en el salón, donde resplandecían numerosos microscopios. Desembalé mis preparaciones y enfoqué los cortes más expresivos concernientes a la estructura del cerebelo, retina y médula espinal. Comencé a explicar en mal francés mis preparaciones a los escasos congresistas que se acercaban a mi microscopio.»

Pero Cajal no se desanima ante los ceños cargados y las sonrisas mal disimuladas entre barbas frondosas. El genio ibérico, que había logrado algo verdaderamente excepcional, tenía ahora como aliado el tesón aragonés para hacerlo comprender al mundo. Cajal, casi tomándolo por las solapas, lleva al doctor Kölliker, el «patriarca de la investigación alemana», hasta su microscopio y consigue que desfilen ante sus ojos maravillados una serie de sorprendentes y claras imágenes. El sabio alemán habla con los colegas que le rodean, los ceños se desarrugan—según observa Cajal—y al fin «queda desvanecida la prevención hacia el modesto anatómico español». Poco después Cajal será huésped de honor del sabio, que dirá públicamente:

—Le he descubierto a usted y deseo divulgar en Alemania mi descubrimiento.

España entraba en aquel momento en el mundo de la investigación universal. El genio ibérico se manifestaba y el tesón aragonés de Cajal había conseguido sus propósitos.

EL PREMIO NOBEL Y UNAS CUANTAS DISTINCIONES MAS

A partir del Congreso de Berlín hay en el mundo científico una verdadera fiebre bibliográfica en torno a la obra de Santiago Ramón y Cajal. Profesores, sabios e investigadores de todos los idiomas se afanan en traducir y divulgar las ideas y experiencias del sabio español. En España también se reconoce todo el mérito del catedrático aragonés, que en 1892 obtiene por oposición la cátedra de Histología de la Facultad de Madrid y traslada su residencia a la Corte. Desde ese momento, Ramón y Cajal es un nombre que gira en la órbita de las grandes figuras de la investigación universal. Ya en 1894 la Real Sociedad de Londres, la institución científica más importante de la Gran Bretaña, le invita a dar una conferencia sobre asuntos biológicos, por la que le pagaban la cantidad de 50 libras esterlinas. Pero nada distrae al investigador de su trabajo, que continúa afanoso durante los últimos años del siglo y primeros del actual.

Merece un paréntesis el abatimiento que invade a Cajal durante el año 1898, a causa del desastre colonial. «Mi obra científica del año 98 fué bastante parca y pobre en hechos nuevos», dice. Compréndese fácilmente. Fué el año de la funesta guerra con los Estados Unidos. «La noticia cayó como una bomba en mi retiro de Miraflores (se refiere a la destrucción de la escuadra de Cervera) y me hizo interrumpir bruscamente mi labor. Caí en un profundo desaliento.»

Un año después, Ramón y Cajal, especialmente invitado, da unas conferencias en Bostón y Nueva York, tras vencer ciertos escrúpulos de conciencia.

Es tal el cambio que Cajal origina en las relaciones internacionales de la investigación científica, que el año 1903 ya se celebra en Madrid un Congreso Médico Internacional.

Después comenzaron los honores y los premios. Cajal obtiene en 1904 el Premio Helmholtz, de la Academia de Ciencias de Berlín; en 1905, el Premio Nóbel. Y seguidamente, los mayores honores y distinciones de España y de todos los países europeos y americanos cayeron como un aluvión sobre la personalidad de Cajal, que a su muerte tenía nada menos que los títulos de miembro honorífico de veintitrés Academias españolas y de cincuenta y siete extranjeras. Y tenía asimismo dieciocho premios nacionales e internacionales.

A la jubilación del sabio como catedrático de Histología de Madrid, entre los muchos honores de carácter nacional que se le rindieron, el que más pudo satisfacerle fué el acuerdo del Gobierno, y muy especialmente del Rey Alfonso XIII, de un cuantioso crédito para la creación del Instituto Biológico Cajal, hoy incorporado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que los propios discípulos del sabio ejercen su magisterio, y han creado toda una promoción de eficaces investigadores.

J. A. CABEZAS

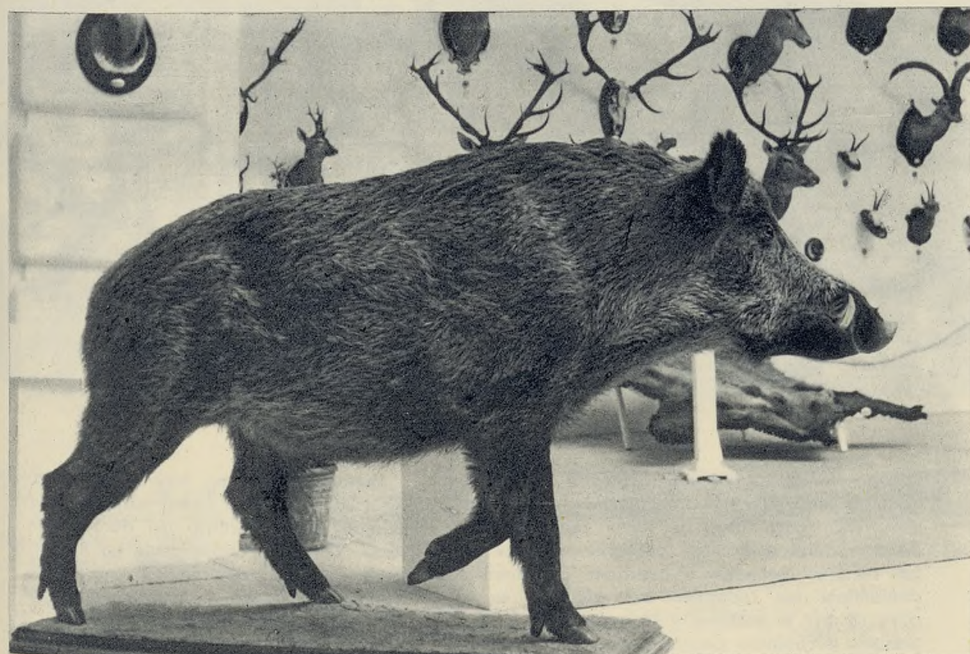


LA CAZA MAYOR EN ESPAÑA

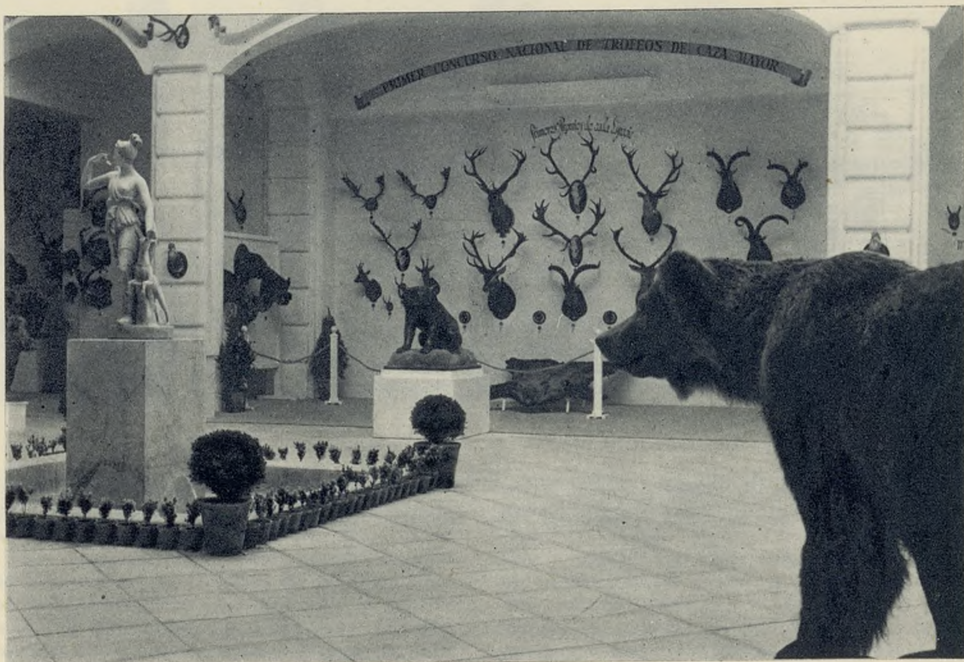


HE AQUI EL LINCE, FIERA CARNIVORA, CON SUS TIPICAS patillas y sus pinceles en las orejas. Abunda en el Coto de Doñana, provincia de Huelva, y en las sierras de España.

COMO DETALLE CURIOSO DE ESTA MAGNIFICA EXPOSICION DE TROFEOS VENATORIOS, EN LA QUE FIGURAN CERCA DE 800 TROFEOS DE caza y numerosos cuadros de autores antiguos y actuales relacionados con distintas manifestaciones del arte de la cetrería y venatorio, figura este mapa de los bosques y cotos de caza mayor de la Península, a los que pertenecen todos los trofeos que se presentan en la Exposición.



EL JABALI, ESPECIE DE CERDO SALVAJE, QUE TAMBIEN SE LLAMA JABATO Y OTROS NOMBRES, vive a sus anchas en los matorrales del Pirineo, de donde baja por las noches para comer maíz tierno, patatas y cuantas siembras de la región le vienen al paso. Los jóvenes viven en pequeñas piaras.



UN ASPECTO DE LA EXPOSICION DE TROFEOS VENATORIOS CELEBRADA EN LOS SALONES DEL Museo de Arte Moderno, a la que han prestado su concurso distintos Centros y cazadores de toda España. En primer término, un oso negro de los Pirineos asturianos, donde se caza con frecuencia.

De la "capra hispánica" a la gacela sahariana



PERRO DE CAZA PROTEGIDO CON ARMADURA DE LATON DISpuesto para la lucha contra lobos u otras fieras que puedan atacarle durante la caza, que se exhibe en la Exposición.



ANGULO DE LA EXPOSICION DE TROFEOS EN EL MUSEO DE ARTE MODERNO de Madrid. Por la fotografía puede verse la disposición y suntuosidad con que están clasificados y presentados los trofeos venatorios en la sección correspondiente.



TROFEOS LLAMADOS «ARRUI», CONSISTENTES EN CRANEOS y cornamenta de animales característicos del Sáhara español, que formaron parte de la Exposición de Trofeos Venatorios.



OTROS ASPECTOS DE LA MISMA EXPOSICION. A LA IZQUIERDA DE LA «FOTO», varios trofeos de gacelas en torno a una escultura de este animal. A la derecha, un trozo del mapa venatorio del Sáhara español, donde es abundante esta caza.

La caza, en sentir de Ortega y Gasset, forma parte del programa humano y universal de vida feliz. «Si dejamos aparte las vocaciones excepcionales—dice el filósofo—, nos encontramos con el hecho estupefaciente de que, mientras las ocupaciones forzosas han sufrido los más radicales cambios, el programa de vida feliz apenas ha variado a lo largo de la evolución humana.» Y en el trabajo titulado *Caza y felicidad*, que Ortega ha compuesto como prólogo al libro de un gran cazador, el conde de Yebes, se extiende en curiosas consideraciones sobre esta universal tendencia del hombre a ser feliz en el ejercicio de la caza, que practica desde la prehistoria, en que empezó siendo una necesidad vital.

La caza es, sin duda, el primer signo humano de civilización, de superioridad del ser humano sobre toda la creación. Es el primer afán en que el hombre ejercita sus facultades físicas y mentales, pues, aunque rudimentariamente, ha de practicar esa técnica de la espera, la batida, el reclamo, el lanceamiento con sus venablos de pedernal, lo que, sin duda, supone un cultivo de la paciencia, la sagacidad, la destreza y otras muchas cualidades que, sin duda, llegó a tener perfectamente desarrolladas el hombre prehistórico. Pues antes de que pensase en cultivar el suelo ni domesticar los animales más dóciles, es la caza la que le sostiene y le hace feliz. Porque también el hombre primitivo debió de disfrutar ese placer de poder alimentarse el cazador de aquello mismo que ha conseguido en una deportiva manifestación de su destreza y habilidad.

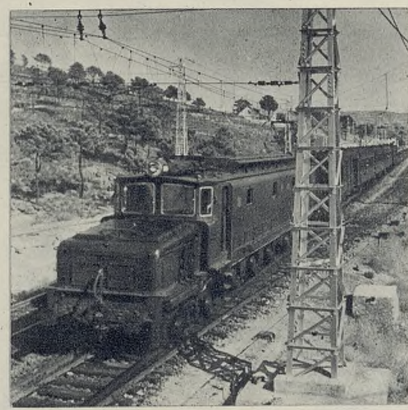
Históricamente no hay ninguna civilización en que la caza no forme parte de lo que llama Ortega el «repertorio de actividades felicitarias». Pero es precisamente en los períodos de auge de las aristocracias cuando el deporte venatorio alcanza su mayor esplendor. En los comienzos de la edad de la pólvora se abren nuevas posibilidades al feliz ejercicio, cuyos progresos llegan hasta nuestros días.

Esta Exposición de Trofeos Venatorios y de la Caza en el Arte, celebrada en el Museo de Arte Moderno, de Madrid, ha tenido la virtud de sacar de palacios y casas hidalgas los más curiosos trofeos de caza para reunirlos, en número no inferior a ochocientos, en las salas de la Exposición.

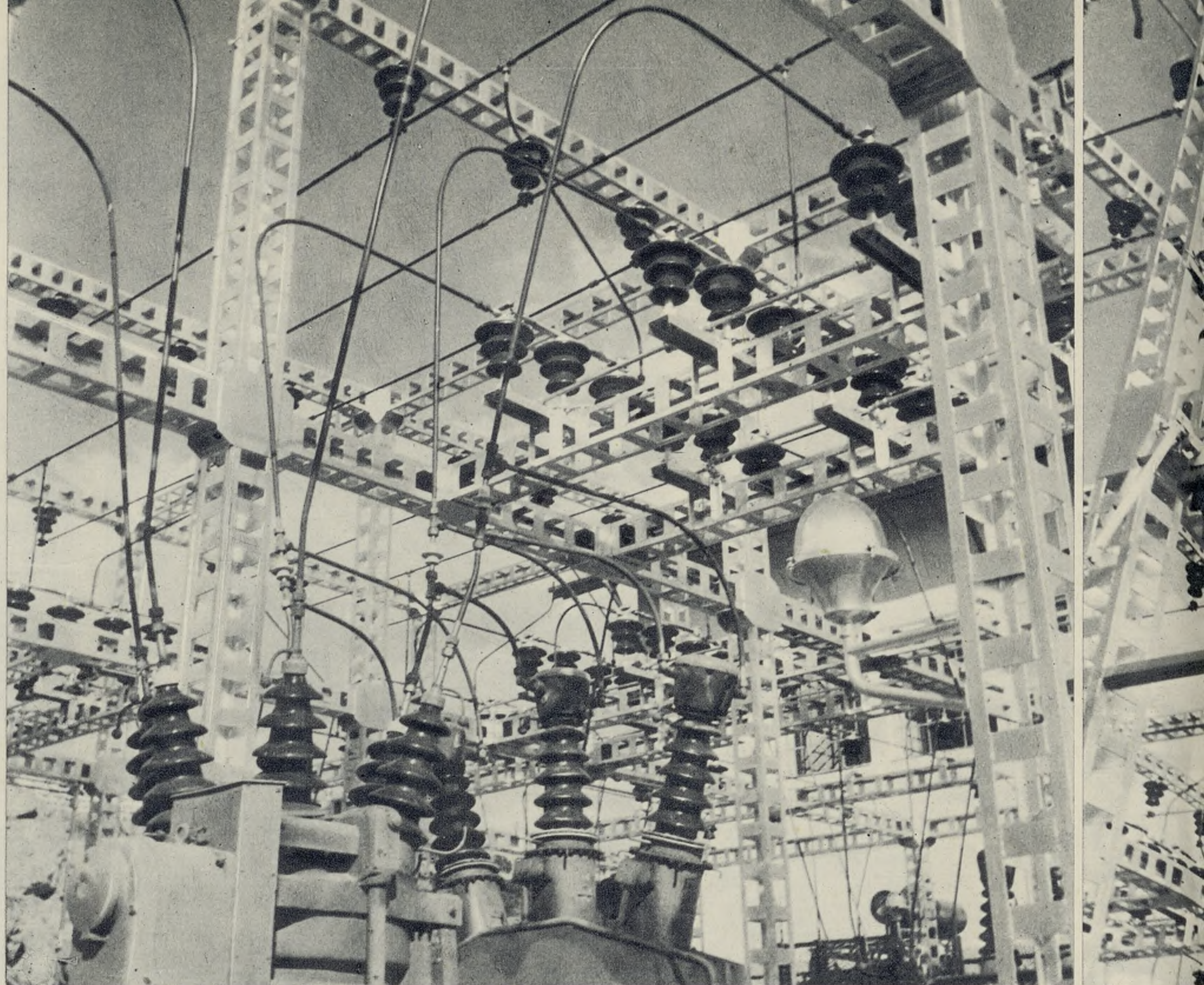
Por su parte, los Museos de Arqueología, de Pinturas y otros, han concurrido con aportaciones importantes, tanto para la documentación de la caza en la prehistoria como para la caza en el arte, con lo que ha resultado enriquecida la Exposición con más de un centenar de obras antiguas y actuales sobre temas venatorios.

← ESTE VERDADERO BOSQUE DE CORNAMENTA ES UNA DE LAS PAREDES DEL SALON GRANDE DEL MUSEO DE ARTE MODERNO, DONDE SE celebra esta interesante y original Exposición, que con tanto interés y dedicación ha organizado el Ministerio de Agricultura. Los trofeos son ciervos, que abundan en las sierras de Palencia, León, Sierra Morena y serranía de Cuenca. Es otra de las piezas más codiciadas de los cazadores españoles.

LA ELECTRIFICACION DE LOS



FERROCARRILES ESPAÑOLES



CANTABRICO

FRANCIA

PORTUGAL

ATLANTICO

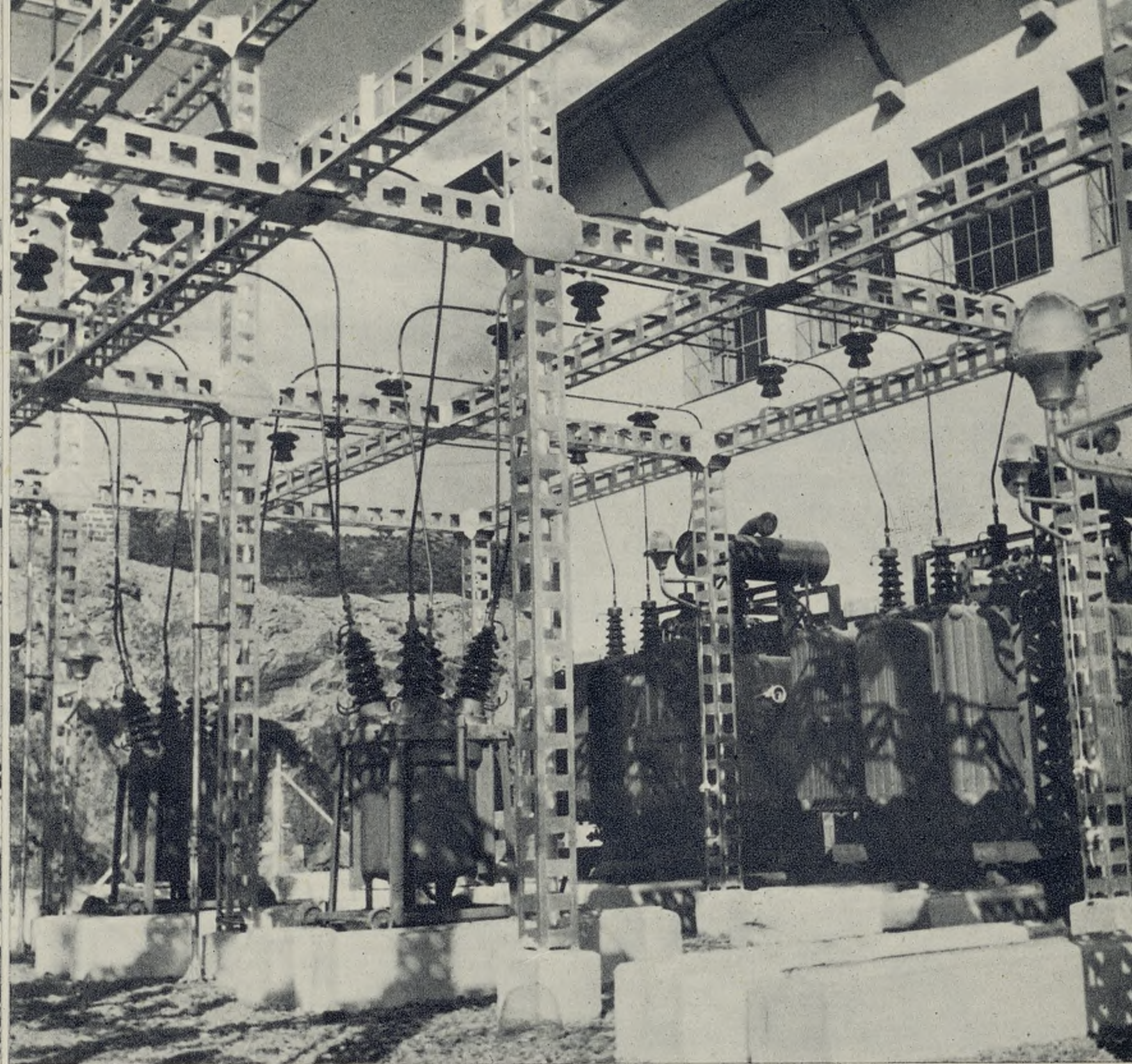
MEDITERRANEO

Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles

Electrificación existente

Electrificación en proyecto





ES éste un progreso ferroviario sumamente interesante y al que se presta en España la mayor atención. Téngase en cuenta que la orografía ibérica es la más accidentada de Europa después de la de Suiza; por consiguiente, las líneas ferroviarias españolas han tenido que trazarse franqueando importantes cordilleras, por lo que los trenes tienen que circular por rampas importantes y todas las líneas que conducen de Madrid al litoral atraviesan una o varias divisorias, con la natural reducción en la velocidad comercial e incomodidad para los viajeros y personal del tren por las sucesiones de túneles inevitables.

Desde muy antiguo se consideró en España indicada la electrificación para mejorar la circulación de trenes en esos trazados difíciles de las líneas, y ya en 1911 un pequeño trayecto de 31 kilómetros, en la provincia de Almería, entre Nacimiento y Gádor, fué electrificado, con resultados positivos.

Pero la electrificación abordada con carácter de programa—aunque aplazada en algunas ocasiones por la imposibilidad de las circunstancias—comenzó, puede decirse, en el año 1924, con la electrificación del trayecto Ujo-Busdongo, en la provincia de Asturias, limitando con León, que constituía un verdadero agobio en la línea general de Madrid a Gijón, de denso tráfico carbonero además del de viajeros. Continuó el año 1929, con las líneas de Barcelona a Manresa y San Juan de las Abadesas, en las provincias de Barcelona y Gerona, y entre Alsasua-Irún, en las de Guipúzcoa y Navarra. En el año 1930 se electrificó Ripoll a Puigcerdá, en la provincia de Barcelona, limitando con la frontera francesa, que toca en La Tour de Carol, y, en 1932, la de Bilbao a Portugalete, en la provincia de Vizcaya. En 1944 a 1945 se estableció el sistema de tracción eléctrica entre Madrid-Avila-Segovia, línea general a la frontera francesa, por Irún. En 1948 se electrificó el pequeño trayecto Barcelona a Mataró, en conmemoración de los cien años de haber sido inaugurada esta línea, primera de todas las españolas, y en 1949 ha sido electrificado el trayecto Torre-Brañuelas, en la provincia de León, para facilitar las comunicaciones de Galicia, que allí experimentaban un verdadero estrangulamiento.

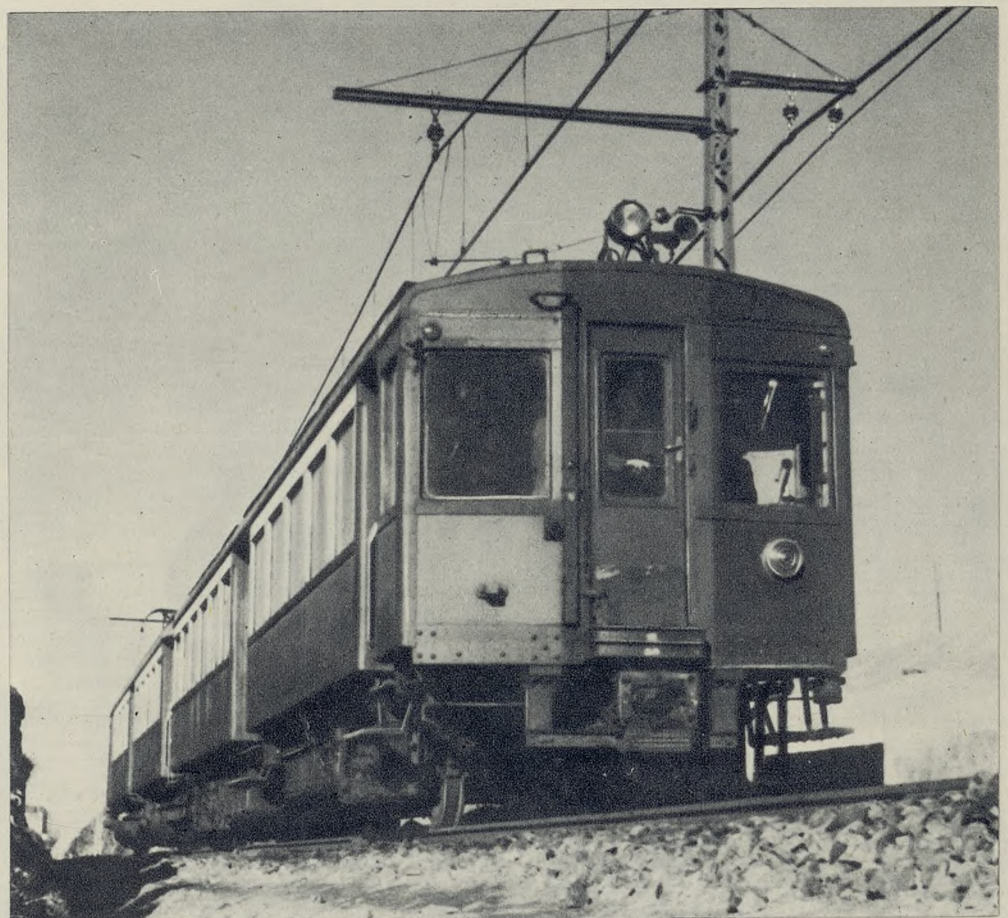
El lector puede darse cuenta mejor de las electrificaciones ya realizadas en España por el siguiente cuadro, en el que se reúnen los datos más importantes de cada una:

LINEAS ELECTRIFICADAS	Trayecto en km.	Desarrollo de vías en km.	Fecha de inauguración
Nacimiento-Gádor	31,3	37,7	1911
Ujo-Busdongo	62,8	81,3	1924
Barcelona-Manresa	66,3	154,7	1929
Moncada-San Juan de las Abadesas	106,0	124,5	1929
Alsasua-Irún	104,5	247,7	1929
Ripoll-Puigcerdá	50,6	59,6	1930
Bilbao-Portugalete	12,3	61,9	1932
Madrid-Avila y Villalba-Segovia	184,2	421,9	1944-1945
Torre-Brañuelas	22,8	27,6	1949

Esta actividad electrificadora continúa intensamente, con arreglo a un plan que abarca 5.000 kilómetros de líneas, del cual se ha destacado y otorgado carácter de urgencia a otro más reducido de 1.100 kilómetros, que comprende las líneas siguientes:

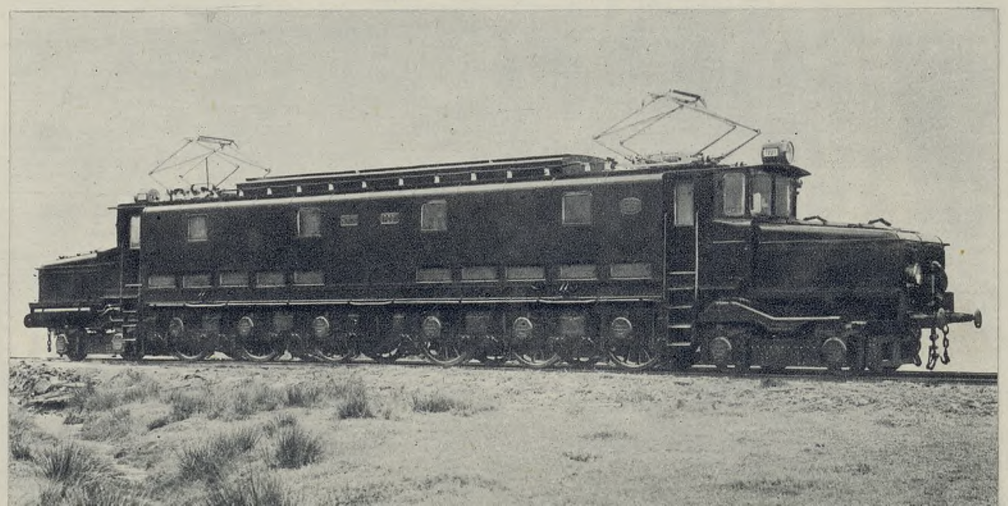
	KILOMETROS
León-Ponferrada, León-Busdongo	181,8
Ujo-Gijón y ramales de Asturias	114
Mora-Reus-San Vicente, Villanueva-Barcelona, Mataró-Empalme	362,9
San Vicente-Villafranca-Barcelona-Granollers-Empalme y Granollers-Las Franquesas	150
Baeza-Santa Cruz de Mudela	75,7
Bobadilla-Málaga-Puerto	71,8
Quintanilla-Santander	115,5
TOTAL APROXIMADO	1.100

Este último plan estará terminado, con arreglo a lo previsto, a lo largo de dos o tres lustros. Con ello, no solamente se habrá mejorado en forma casi insospechada el rendimiento de los ferrocarriles españoles en cuanto a su misión de transportistas, sino que se conseguirá un ahorro considerable en el gasto del carbón—principal renglón de toda explotación ferroviaria por vapor—y al mismo tiempo se habrá impulsado a la industria española fomentando en ella un sector muy interesante: el de construcción de maquinaria eléctrica. Y no debe perderse de vista que el ferrocarril, en todos los países, además de su misión concreta y específica de transportar, ha colaborado activamente a la industrialización de los mismos.



Tren eléctrico Madrid-Segovia.

Locomotora eléctrica tipo 2CXC2, de 3.000 C. V.





ELCHE (ESPAÑA)

Elche, esa perla de España —muy antigua y muy moderna—, es popular en el mundo por tres cosas únicas: por esa escultura ibérica conocida en la Arqueología universal por la «Dama de Elche», por sus huertos de palmeras milenarias y por su «Misterio de Elche», tradición teatral y litúrgica, representación sacro-lírica que, cada año, desde el siglo XIII, se representa los días 14 y 15 de agosto, en honor de la Asunción de la Virgen Nuestra Señora. La «foto» recoge un emocionante momento de la «Nit de l'Albá», o alborada, con prodigiosos fuegos de artificio, que inician la «Festa» y representación del «Misterio de Elche». Los cohetes y fuentes luminosas, como fantasmales palmeras con ramas de luz, en la amanecida del día de la Virgen, levantan el alma de «Illice» a los más elevados planos de fervor religioso y misticismo popular. A Elche llegan, para presenciar la famosa representación del «Misterio», millares de visitantes de la Península y de fuera de ella, contagiados del arte y de la fe que rebosa y transmite en los citados días la perla del Levante español

ESTOS LIBROS HEMOS LEÍDO

Hispanoamérica y su cultura

En las breves y claras páginas de este librito, que ha obtenido el premio especial Mvndo Hispánico *1949, el profesor Alvarez de Miranda bosqueja con estilo vivo y moderno el perfil cultural de Hispanoamérica* (1). *No es fácil resumir más ni mejor las corrientes espirituales que tratan de definirla en la actualidad y, en consecuencia, de orientar la política de sus pueblos y los anhelos de sus hombres.*

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA

PERFIL CULTURAL de HISPANOAMERICA



No cabe en estudio tan resumido la necesaria indagación sobre la ascendencia filosófica de cada una de las posiciones sociológicas, morales o estéticas que se citan, y eso que precisamente las tendencias de la filosofía tienen en este Perfil *su capítulo aparte. Sin embargo, bajo unos cuantos rótulos filosóficos cabría también agrupar los muy varios pensamientos sobre el tema, porque cada doctrina nace del contacto de quien la formula con una consideración general del mundo, con una idea de la historia, de la vida humana, del origen y destino del hombre. ¿En qué se basa, si no, lo que se postula para los pueblos americanos que hablan el español? En cuanto tratemos de buscar las raíces a las diferentes actitudes, nos encontraremos interrogando sobre la verdad o la falsedad de las ideas en que forzosamente se apoyan. Como en todas las cosas, al discurrir sobre la inmensidad de los pueblos americanos, resulta cierta la sentencia goethiana: «Todo aquello en que penetramos es un infinito.»*

Las expresiones artísticas, literatura y pintura principalmente, están asimismo convenientemente registradas en este que podríamos llamar pequeño catálogo de los movimientos del espíritu hispanoamericano, comprendiendo entre ellos, ante todo, los que estudian ese espíritu en sí mismos, su proyección en la cultura y el lugar que tiene o debe tener en el mundo.

Alvarez de Miranda nos ofrece en este punto un itinerario muy sintético y útil para abarcar de un vistazo las tendencias relevantes. En primer término, la que concibe a América como solución: cultura madura que ha de sustituir a la definitivamente caduca del Viejo Mundo; sustitución del antiguo complejo de inferioridad por uno de superioridad que tiene diversas manifestaciones. Luego, las actitudes críticas sobre la cultura americana: un Zum Felde o un Henríquez Ureña, y la del «pensamiento de la Hispanidad», con nutridas y valiosas representaciones—jóvenes muchas de ellas—en las principales Repúblicas americanas. Este pensamiento no es apologético ni ditirámbico, como lo fué un tiempo todo el hispanismo americano, sino rigurosamente crítico, preciso en sus definiciones y pulcro en su estilo.

Quedan, por último, el panamericanismo, el latinoamericanismo y aquella parte del pensamiento católico que, inspirado en Maritain, trata de romper el vínculo de hispanofiliación. El primero arranca de la concepción de ambas Américas como «síntesis de cultura» que facilita un nuevo punto de partida para la historia venidera. Hay para el panamericanismo una homogeneidad espiritual de las Américas que prevalece por encima de las dos únicas diferencias: la de la raza y la de la lengua. (La religiosa no cuenta.) En fin, el latinoamericanismo propugna concretamente la influencia francesa, el afrancesamiento de la cultura.

Al pasar revista a las principales actitudes que tratan de dibujar el perfil cultural de Hispanoamérica, tiene Alvarez de Miranda un brío que nunca le hace perder la ecuanimidad, como si su rauda exposición hubiera estado dictada por la urgencia y al mismo tiempo inspirada por aquel aforismo de Manzoni tan recomendable al crítico: «De todos los placeres, el de comprender es el único que no cansa jamás.»

V. D.

(1) Angel Alvarez Miranda: *Perfil cultural de Hispanoamérica*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1950.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE BALMES

Desde la muerte de Balmes, pero sobre todo en lo que va de siglo, los juicios y aun los silencios sobre la figura de este español de primer orden servirían muy bien para reflejar los distintos modos de contemplar la cultura española y hasta de concebir el mundo, la literatura y la política. La filosofía, el estilo y las intervenciones de Balmes en los problemas de su tiempo han provocado actitudes que van desde el entusiasmo hasta la hostilidad, pero una hostilidad que no da la cara, sino que calla cuando el silencio es injusto o perdona la vida con supremo desdén.

POLITICA ESPAÑOLA Y POLITICA DE BALMES
JOSE M. GARCIA ESCUDERO
EDICIONES CULTURA HISPANICA

Se le ha reprochado su falta de vuelo especulativo, su sentido común, tan distante de las grandes altitudes metafísicas. Serenamente, los admiradores del filósofo no le han situado, en cuanto tal, en una cumbre solitaria o de escasísima compañía. Balmes tuvo y tiene una robusta personalidad filosófica, cuya importancia está definida hasta cierto punto, y desde este punto sigue, como la de tantos artistas y científicos, a merced de nuevas y más hondas investigaciones. Cuando se leen trabajos como el del profesor Leopoldo Palacios sobre Balmes y Husserl se vislumbra lo que puede salir aún de la cantera del filósofo español.

«Como publicista de cuestiones políticas y sociales honraría a cualquier país.» Este juicio de Unamuno sitúa justamente a Balmes como periodista político. Y en la actualidad, además de la reciente conferencia de don José Larraz, con ocasión del centenario, pieza de necesaria consulta, el interés por Balmes se manifiesta en el libro de García Escudero, que es un periodista de los más y mejor preparados entre los jóvenes que escriben de cuestiones políticas y sociales en España (1). El representa a los que son capaces de comprender y admirar a Balmes sin esa pedantería que le desdeña por no ser estilista. Y aquí sería preciso citar de nuevo a Unamuno cuando llama «plaga» al prurito de originalidad en el estudio que de un modo genérico podríamos denominar preciosismo.

Todo el serio y honrado libro de García Escudero, escrito, por cierto, con pulcritud, revela la honradez y la seriedad con que ha estudiado cuanto en las obras de Balmes se refiere a la política en general y a la política española en concreto. Para interpretar el pensamiento balmesiano con tantos distingos y puntualizaciones es necesario, por de pronto, conocerlo bien. Por eso estas páginas no contienen una apología más, sino una exégesis que se convierte, gracias a la información y el sentido crítico, en guía muy útil para conocer uno de los aspectos de Balmes. Bastaría imaginar el libro escrito en prosa específicamente didáctica y despojado de algún rasgo juvenil para darse cuenta de lo eficazmente que sirve al designio de explicar las orientaciones balmesianas, dignas de ser meditadas todavía hoy por la seguridad de sus principios y por una mezcla de amor y de firmeza, de caridad y de energía, cuyas dosis tan difícilmente se fijan y se administran con pulso seguro.

J. L. V. D.

(1) José María García Escudero: *Política española y política de Balmes*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1950.

LIBROS RECIBIDOS

HISPANOAMERICANOS

Urbano Pérez Sepúlveda: *Buscando la canción*. (Poesías.) Imprenta Departamental. Cúcuta, 1950.

Carlos Camino Calderón: *Tradiciones de Trujillo* (2.ª edición). Lima, 1948.

Carlos Camino Calderón: *La Cruz de Santiago*. (Memorias de un limeño.) Trujillo, 1935.

Humberto Guzmán Arze: *El Caudillo de los Valles*. (Premio Municipal, 1948.) Cochabamba (Bolivia), 1949.

José Guillermo: *(CH_2O)₃* (Novela.) Tampico, 1949.

Salvador Gutiérrez Contreras: *Compostela de Indias. Su origen y fundación*. México, 1949.

Saúl Flores: *Esta es mi tierra*. Lecturas Centroamericanas. Biblioteca Universitaria. El Salvador, 1948.

Rosario Castellanos: *Apuntes para una declaración de fe*. (Poesías.) Ediciones América. Revista Antológica. México, 1948.

Humberto Guzmán Arze: *Selva*. (Cuentos del Trópico.) (2.ª edición.) Editorial Atlantic. Cochabamba.

Alberto Ureta: *Antología poética*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires.

Memoria del Primer Congreso Centroamericano de Universidades (15 al 24 de septiembre de 1948). El Salvador, 1949.

Luis A. Despontin: *El derecho del trabajo. Su evolución en América*. Editorial Bibliográfica Argentina. Buenos Aires, 1947.

ESPAÑOLES

Carmen San Sebastián: *Mujeres en la Biblia*. Stvdium de Cultura. Madrid. 1949.

A. Fabre-Luce: *El siglo se configura*. E. P. E. S. A. Madrid, 1950.

Alvaro Picardo y Gómez: *Memorias de Raimundo de Lantery*. Escelicer, S. L. Cádiz, 1949.

José Rumazo: *Soledades de la sangre*. (Poesías.) Madrid, 1950. Afrodisio Aguado.

Victoriano Navarro González: *Datos para la historia de una iconografía de la Virgen del Pilar*. Patronato de Villahermosa-Guaqui. Zaragoza.

Joaquín Iriarte, S. I.: *Fray Francisco de Vitoria, del linaje de los Arcayas de Vitoria (Alava)*. Instituto «Jerónimo Zurita». Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Alba. (Poesía y prosa.) Número 4. Vigo.

A. Gómez Latorre y J. Tolosa de la Cariñana: *Casta Luna*. (Teatro en verso.) Ediciones Cosmos. Valencia, 1949.

Mensajes de Hispanidad. Ediciones Cultura Hispánica. 1949.

Antonio Ortiz Muñoz: *Un periodista da la vuelta al mundo*. Madrid, 1950.

Pedro Laín Entralgo: *La Universidad, El Intelectual, Europa*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1950.

DE LENGUA PORTUGUESA

Fernando de Aguiar: *Gente de casa* (Homens & ideas.) 488 páginas. Editorial Sigma. Lisboa.

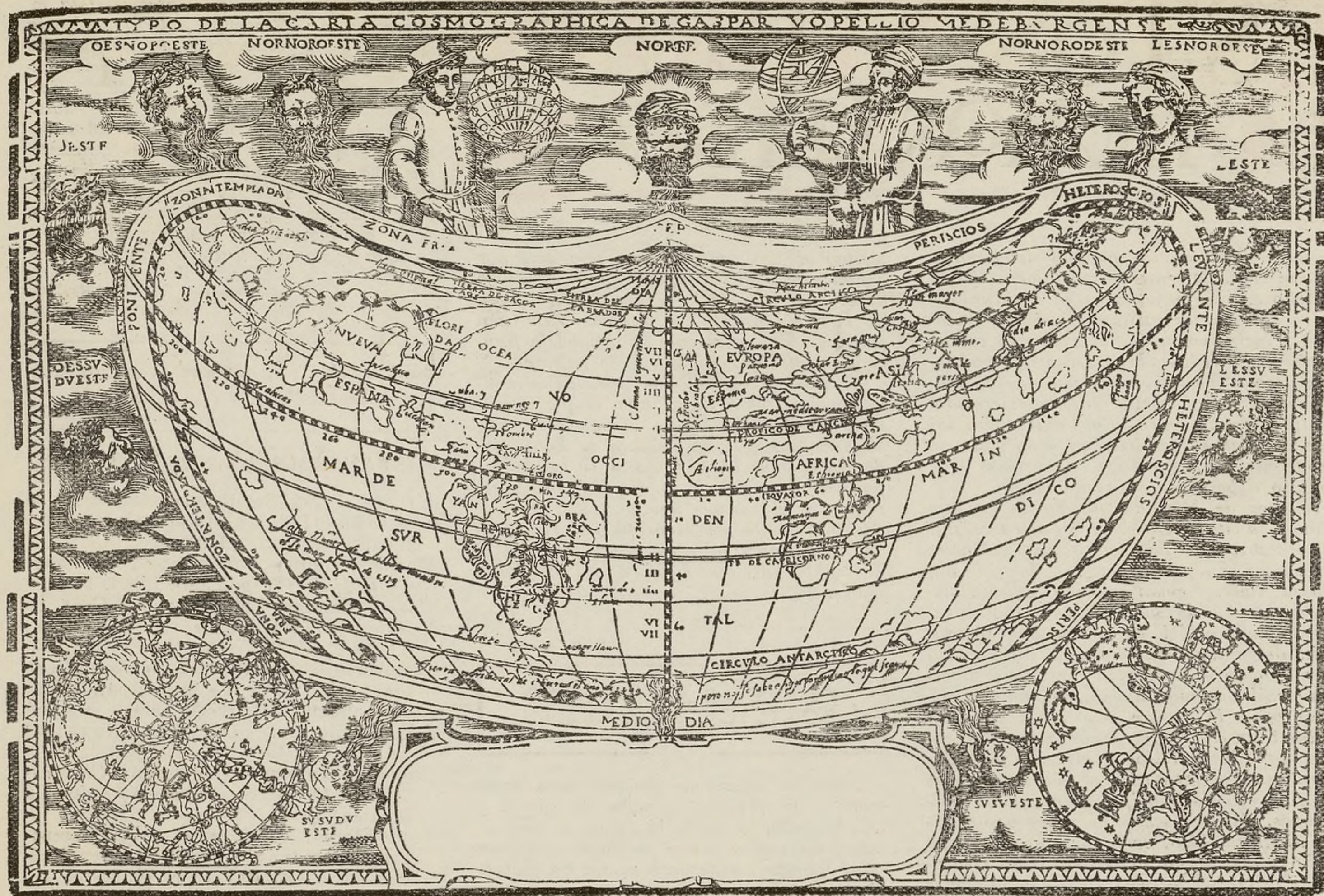
Armando Paschoa: *A leste terras de Espanha*. (Notas de viajem.) 263 páginas. Ediçoes Arpa. Lisboa.

Vasco de Lima Couto: *Recado invisivel*. (Poemas.) Editorial Ibérica. Porto, 1949.

Rego Rangel: *Rosas de papel*. Gotemburgo, 1950.

LA IMPRENTA MAS ANTIGUA DEL MUNDO

Por FRANCISCO SORIANO FRADE



GENEALOGIA DE LOS GUASP

Maese Jaime Guasp. Carpintero.—1. El honorable Gabriel Guasp. 1579-1595. Impresor.—2. Herederos de Gabriel Guasp. 1595.—3. Doctor Jaime Guasp. Impresor.—4. Pedro Guasp. Impresor.—5. Honorable Pedro Guasp. 1653-1668. Impresor. Señora Margarita Oliver. Viuda de Guasp. 1668-1715.—6. Honorable Melchor Guasp. 1692-1711. Impresor. Señora Juana Nadal. Viuda de Guasp. 1715-1750.—7. José Guasp. 1752-1775. Impresor. Señora Catalina Roselló. Viuda de Guasp. 1775-1782.—8. Melchor Guasp. 1807-1818. Impresor.—9. Felipe Guasp. 1812-1834 y 1852 - 1865. Impresor. — 10. Juan Guasp. 1831-1852. Impresor. — 11. Felipe Guasp. 1865-1921. Impresor. — 12. Juan Guasp. Impresor. 1921...







El año 1579 fundaba el honorable Gabriel Guasp la imprenta que aun lleva su nombre, en Palma de Mallorca. No era la primera que existía en la isla, pues a fines del siglo XV Nicolás Catarat ejerció el arte de imprimir en Valldemosa y suyo es el primer libro estampado en Mallorca, titulado «TRACTATUS DE REGULIS MANDATORUM», impreso en 1485. Antes de Guasp, tuvo taller en Mallorca Fernando Cansoles, oriundo de Palencia, y cuyas hermanas le sucedieron a su muerte en la dirección del negocio. Al establecerse Guasp, tuvo que romper las primeras lanzas en defensa de sus derechos, pues existía un privilegio, concedido por el Rey a Cansoles, según el cual no podrían imprimir otras personas que no fuesen sus hermanas.

Los jurados que en dicho pleito intercedieron a favor de Guasp, terminaban la súplica al Rey en esta forma: «que no convé que la stampa de Guasp sia treta, per ço (fassa que) sia revocat tal mandato y que dit Guasp pugue stampar te gran ventatge a la de Cansoles. Nosaltres ja hu haviem suplicat al Virrey, a qui ho repetesca a sa Magestat» (1). La contestación a esta carta, escrita el 5 de junio de 1595, debió ser favorable a Guasp, que no tardó en ser impresor de la Universidad (Ayuntamiento).

En el siglo XVI fué reputada la imprenta Guasp por el Grande y General Consejo de Mallorca, de «tan buena y abastecida como la primera», testimonio que nos da idea de su importancia.

En la actualidad, no sólo es la imprenta más antigua del mundo en funcionamiento, sino que, desde su fundación en 1579, su propiedad ha sido transmitida ininterrumpidamente a individuos de la misma familia y por línea directa, hasta su actual propietario, don Juan Guasp, que ve asegurada su continuación en la persona de su hijo Felipe, ambos dignos sucesores del legado de trabajo que les hicieron sus antepasados.

Esta continuidad y tesón característico de la familia Guasp, a lo largo de cerca de cuatro siglos de continuo laborar, habiendo tenido que sortear épocas dificilísimas, no constituyen todos los timbres de gloria de la Casa. Conservan, como preciada reliquia, la primitiva prensa que se utilizó al fundar la imprenta y que aun en la actualidad cumple con su cometido, aunque esto sea sólo en contadas ocasiones, y poseen una magnífica colección de xilografías (grabados en madera), fruto de la labor que a través de generaciones dejaron insignes grabadores, entre los cuales hay más de un representante de la propia familia Guasp.

La imprenta Guasp ha estado instalada solamente en dos edificios desde su fundación. El primero fué comprado por Gabriel Guasp para el establecimiento de su comercio de librería, el 29 de enero de 1578, a Fray Sebastián Condonyer en la cantidad de 225 libras mallorquinas. Estaba situado en la manzana de Mossén Anbros, en las inmediaciones de la Plaza de Santa Eulalia. En este edificio fué donde, al año siguiente de comprarlo, amplió Guasp su comercio de librería, instalando la imprenta, la cual radicó en él poco más de dos siglos, pues a fines del XVIII o principios del XIX compró una casa en la calle de Morey, situada a muy poca distancia del anterior, montando la imprenta, nunca mejor empleada esta palabra, en el último piso de la finca, que es donde ha funcionado todo el siglo XIX y donde sigue en la actualidad. Esta original colocación puede decirse que es única. Pocas imprentas habrá que no trabajen en establecimientos al nivel de la calle y menos como la de Guasp, en el cuarto piso de una casa en la cual no existe otro medio de comunicación que una antigua escalera.

La relación de revistas, folletos y libros que salieron de sus prensas haría interminable este artículo. El primer diario editado por los Guasp salió a la luz pública en 1808 como una voz patriótica que se unía a las de toda España en la lucha contra el invasor napoleónico. Se titulaba «Diario político de Mallorca», y a éste suceden otros muchos. El «Diario Balear», desde 1814 al 36, que es sustituído por el «Diario Constitucional de Palma», que dura hasta fines del 51, empezando en el siguiente el «Diario de Palma», que publica su último número el 8 de enero de 1920.

Hubo momentos en que se tiraron tres diarios al mismo tiempo, como sucedió cuando salían el «Diario de Palma», el «Correo de Mallorca» y «La Tarde», estos dos últimos por cuenta de otras empresas.

El periodismo tuvo también sus adeptos dentro de la familia Guasp. Don Felipe Guasp, padre del actual propietario, dirigió durante cincuenta y dos años el «Diario de Palma», ocupando durante bastante tiempo la Presidencia de la Asociación de la Prensa Palmesana.

Contemporánea de la imprenta Guasp, fué la de Plantín Moretus, de Amberes, que inició sus trabajos en 1576. No voy a resaltar la importancia que ésta tuvo, impulsada en gran parte por el privilegio que le concedió Felipe II, a fines del siglo XVI, de la exclusiva de impresión de libros litúrgicos y que disfrutó hasta 1764, o sea, durante más de siglo y medio, en detrimento de los impresores españoles, pero es digno de apreciar que, mientras la de Plantín ha quedado convertida desde 1876 en un museo, quitándole la savia de su vitalidad, la de Guasp continúa estampando con la misma confianza, en el porvenir que tenía Gabriel Guasp al fundarla.

Del documentado estudio que hizo don Eulogio Varela, Director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, sobre dos de las xilografías que ilustran estas páginas, reproduzco los siguientes párrafos: «La primera lámina representa a un doctor italiano que, frente a un globo terrestre, toma medidas con un compás de puntas secas, y tiene el mote CON EL TIEMPO GIRAVA. Es el taco original de la portada del bellísimo y raro libro de Girava «DOS LIBROS DE COSMOGRAPHIA», compuestos nuevamente por Hieronymo Giraua Tarragonés. El trabajo de Girava fué dedicado a Antonio Pérez, secretario de Felipe II, y en la dedicatoria justifica la publicación del Mapa-Mundi—que es original de Guasp—con estas palabras: «He sido forçado sacar una breue declaración della (la Cosmographía) tomando como Tabla y Retrato la Carta Cosmográphica que Gaspar Vopellio sacó el año MDXLVII, por una de las más cumplidas y bien traçadas que haya el presente». Al taco que se conserva en Mallorca (núm. 2) le falta la leyenda que tenía el original en la tarjeta inferior: «HIERONYMO DE GIRAVA TARRAGONES. AL LETOR. Para más entero conocimiento de la Cosmographía (Letor benigno) he trabajado de reducir toda la descripción y traça universal del Mundo, en este poco espacio, poniendo solamente las partes más principales de cada una de las quatro partes de la Tierra. Y en esto he procurado seguir la opinión de los más modernos, principalmente en lo de las Indias y Tierra Nueua, bien que a la traça he tenido mucha cuenta con la carta de Gaspar Vopellio, por ser una de las que hasta agora se hallan bien traçadas y entendidas. Y así será ésta, casi como un Rastro de aquélla; y en la declaración de las partes, será como una tabla para los que desean ver al ojo, lo que en mi libro de Cosmographía va escrito.»

De la colección de xilografías, y con motivo del Trescientos cincuenta Aniversario de la fundación de la Casa, hicieron sus propietarios en el año 1929 una edición, en la que incluían 1.440 de aquéllas, edición que está agotada hace bastantes años (2), pero el Estado Español no permanece indiferente a la riqueza creada por sus hijos. El Gobernador Civil de Baleares, Excmo. Sr. don José Manuel Pardo Suárez, ha patrocinado una nueva edición, que, ampliada en cierto número de xilografías (115) y con un índice histórico explicativo de las mismas, está pronta a aparecer. No para ahí el interés que despierta la imprenta Guasp, por parte de la misma autoridad. Secundada la citada iniciativa por las autoridades provinciales, existe el propósito de crear un Museo Guasp, en dependencia aneja a la imprenta (3), donde puedan ser admiradas las xilografías, que darán guardia de honor a la vieja prensa, mientras sigue el trabajo que, iniciado hace trescientos años por Gabriel Guasp, continúa dando a conocer el pie de imprenta más antiguo del mundo, lo cual constituye un honor para España, Mallorca y sus esforzados propietarios.

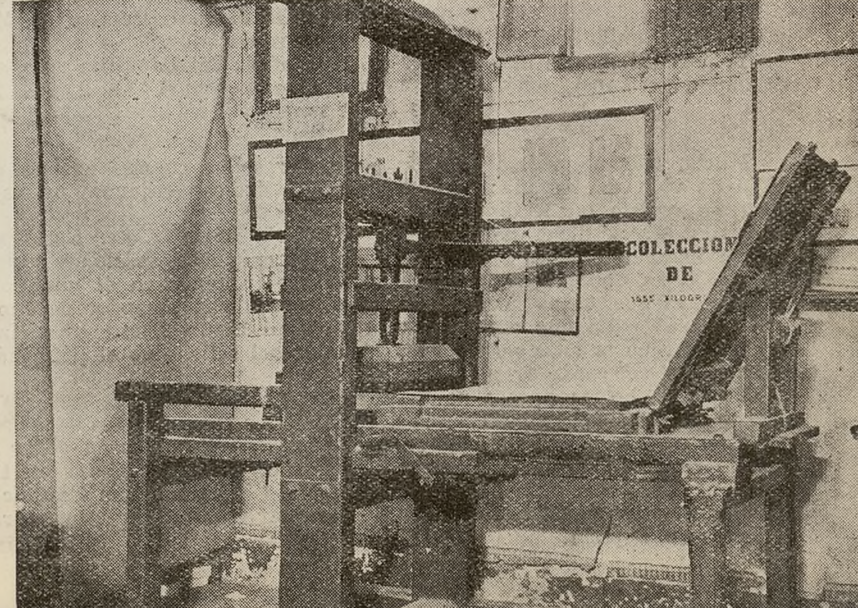
Palma de Mallorca, 17 de febrero de 1949.

---

(1) «Que no conviene que la imprenta de Guasp sea quitada; por esto hace falta que sea revocado tal mandato y que dicho Guasp puede estampar con gran ventaja a la de Cansoles. Nosotros ya lo habíamos suplicado al Virrey y que ahora se repita a Su Majestad.»

(2) Un ejemplar de esta edición fué especialmente dedicado a S. S. Pío XI, el cual, por medio de su secretario de Estado, cardenal Pacelli, actualmente Pío XII, agradeció dicho envío, impartiéndole Su Apostólica Bendición.

(3) No para ahí el interés que despierta la imprenta Guasp. El excelentísimo Ayuntamiento acordó, en una de sus últimas sesiones realizar a sus expensas dicho Museo, habiéndose comenzado ya las obras en dependencia aneja a la primitiva imprenta.



(Viene de la página 28)

los de 1, 4 y 10 pesetas—, reproducían vistas de Cuenca, Segovia y la famosa Puerta del Sol de Toledo; los tres, muy bien grabados.

En 1933 aparecieron los dos sellos, de uno y dos céntimos, tipo cifra, y al año siguiente, un nuevo sello para correo urgente, así como otros varios valores con diversas efigies de personalidades españolas, y entre aquéllas, la de don Santiago Ramón y Cajal.

En 1935 se emitió una serie de cuatro sellos en honor de Lope de Vega, certeramente inspirada y muy bien de realización. Es una de las series modernas españolas que mejor cotización han alcanzado.

Este mismo año apareció el sello denominado «Artabro». Estaba destinado a conmemorar el viaje de Iglesias al Amazonas. Se construyó el barco llamado «Artabro», que había de llevar la expedición, y fué designado el personal que había de integrarla. Pero luego el viaje quedó sin realizar. De él nos ha quedado un bonito sello de 30 céntimos, finamente grabado en la Fábrica de la Moneda, y que, por lo limitado de la tirada, es bastante apreciado.

También se emitió este año un sello de 2 pesetas reproduciendo el autogiro de La Cierva. Años después, este sello volvió a emitirse con ligeras modificaciones.

LOS SELLOS DE LA PRENSA

En 1936 apareció la serie Prensa, en la que se reproducían las efigies de diversos periodistas que fueron presidentes de la Asociación de la Prensa, así como vistas del Colegio de Nazaret y Palacio de la Prensa, de Madrid. En el sello de urgencia de esta emisión figuraba un muchacho vendedor de periódicos.

También se emitió un sello en honor del famoso escultor Gregorio Hernández.

En este año de 1936 se celebró en Madrid la Exposición Filatélica Nacional, que dió motivo a la emisión de dos sellos de 10 y 15 céntimos para correo ordinario, y los mismos, en color diferente y con sobrecarga, para correo aéreo. De estos sellos se emitió una cantidad reducidísima.

Iniciado el Movimiento Nacional, circulan sellos republicanos en la zona nacional, llevando sobrecargas más o menos arbitrarias y caprichosas. Pero este asunto, para ser tratado debidamente, requeriría un espacio considerable.

LAS SERIES DEL MOVIMIENTO

En la zona nacional apareció en 1936 un sello en Granada, y luego, a fines de este año, comenzaron a emitirse valores de la serie Junta de Defensa o de Monumentos. Esta serie circuló bastante tiempo. En 1937 se emitieron los primeros valores de la serie Cid e Isabel, que aparecieron en diferentes clases de papel y con diverso engomado; un nuevo sello para urgencia, la serie de tres valores Año Jubilar Compostelano y el primer sello Pro tuberculosos, que cada año, a partir de entonces, ha aparecido ya, en valor único al principio y en serie luego.

En 1938 se emitieron los sellos Fernando el Católico y los sellos, en bloque, «Catedrales», «Homenaje al Ejército y a la Marina» y «Don Juan de Austria».

Aparecieron también dos series: una, conmemorativa del segundo aniversario del Alzamiento, y otra, con la efigie de Isabel la Católica, fondo rayado, en vez de blanco, como en la emisión de 1937.

En 1939 aparecían en Menorca unos sellos provisionales, auténticos signos de franqueo, que muchos catálogos no mencionan. De forma de etiqueta, sólo llevaban sobre papel verde una leyenda alusiva. Estos sellos, en sobre circulado, son de un gran interés.

EL HOMENAJE AL EJERCITO Y LA SERIE GENERALISIMO

El 18 de julio de 1939 se emitió un sello en homenaje al Ejército y un nuevo sello urgente. Apareció este año la serie Generalísimo y escudo, con nombre del grabador. Este modelo, sin pie alguno, volvió a aparecer en 1940, y en la actualidad está emitiéndose con nuevo dentado. En este año apareció la serie en honor de La Cierva, aun hoy en circulación, aunque retocado el primitivo dibujo.

En 1940 circularon los conmemorativos del XIX Centenario de la Virgen del Pilar y aparecieron modificados, como ya se indicó, los sellos Generalísimo y también los valores Cifra y Cid. Y de una peseta, con un error no pequeño, pues dice claramente 1 pts.

En 1942 apareció, y en cantidad no muy grande, un nuevo sello con la efigie del Generalísimo y escuditos. Es de 40 céntimos, habiendo aparecido luego, en 1946, con dicho dibujo los valores 75 y 90 céntimos y 1,35 pesetas.

También en 1947 apareció la serie de tres sellos en honor de San Juan de la Cruz.

En 1943 circularon los conmemorativos del Año Santo. Nada menos que tres series, de a tres sellos cada una. Es realmente extraordinario esto de emitir tres series para una sola conmemoración, y se repitió en 1944 con el Milenario de Castilla. Otras tres series para una misma y única conmemoración.

En 1944 se instituye en España el Día del Sello, y para celebrarlo se emitió un sello de 5 pesetas en honor del «Doctor Thebussem». El emitido al año siguiente, de 10 pesetas, lo fué en honor del conde de San Luis.

Este año 45 se emite un sello, muy bellamente logrado, en homenaje a Quevedo y aparecen los de correo aéreo de 4 y 10 pesetas en memoria de Haya y García Morato.

En 1946, con motivo del Día del Sello, aparecen dos sellos para correo ordinario: en honor de Nebrija y del padre Vitoria, y uno para correo aéreo en honor de fray Bartolomé de las Casas.

Este mismo año aparece la serie, de tres valores, conmemorativa de Goya. Aparte, en 1947, el Día del Sello da lugar a la aparición de tres valores en honor de Cervantes: dos para ordinario y uno para correo aéreo.

LOS PRIMEROS SELLOS DE 25 Y 50 PESETAS

Este año aparecen los sellos en honor de Falla y Zuloaga, de un valor hasta entonces desconocido en España: 25 y 50 pesetas. Luego aparecen los sellos en memoria de Hernán Cortés, de Mateo Alemán y de fray Benito Feijoo. Pero esto es ya recentísimo.

Y, por último, dos nuevos dibujos de la efigie del Caudillo: uno, sólo del busto, estampado en papel cuché, y otro, de medio cuerpo, con el Castillo de la Mota al fondo.

* * *

Mucho más se podría escribir sobre los sellos cuando acaban de cumplir el siglo de vida en España; pero habría que dedicar entonces un espacio del que ninguna revista puede disponer.

Nada hemos dicho de los sellos «Servicio oficial», etc. Estos sellos oficiales dieron lugar a muchos chascos. Ya en sus primeras emisiones aparecía uno que decía: «Una onza», por lo que muchos creían tener en él una bonita suma de pesetas, ya que, como razonaba en cierta ocasión el poseedor de uno de aquéllos: «Si en 1855 valía una onza..., ¿cuánto valdrá hoy?» Pues, aproximadamente, una peseta, porque la onza no indicaba el valor del sello, sino el peso máximo que con dicho sello se podía franquear...

Tampoco hemos escrito nada sobre los de «Impuesto de guerra», etc., ya que hemos limitado este trabajo a una breve ojeada a las emisiones de sellos de franqueo.

Y esto es lo más destacado en cien años de sellos. Esto y poder anunciar que, para conmemorar este centenario, aparecerán diversos valores en tiradas limitadas, que los harán buscadísimos, y que, junto con una gran Exposición Filatélica, de alcance importantísimo, habrán de recordar este primer aniversario del sello de Correos en España.

NUESTROS COLABORADORES



Luis Lasa Maffei—autor de nuestra portada—es hijo de un caricaturista de fama internacional (Luis Lasa León) y bisnieto del pintor de cámara de Isabel II Maffei Rosal, quien fué, además, director de la Real Academia de Bellas Artes, de Madrid. Decimos la estirpe por abonar la aptitud, aunque la clase de Lasa Maffei, a pesar de estos dos apellidos, se justifica por sus propias obras. Nacido en las islas Filipinas en 1923 y formado en España, ha viajado por Italia, Alemania, Francia, Inglaterra y la Argentina, y ha figurado en exposiciones colectivas e individuales en Madrid, Zaragoza y Tánger. Actualmente se halla en Buenos Aires, preparando una exposición antes de recorrer Sudamérica.



Biógrafo hoy por el camino de lo legal, Antonio Molina Memije, nacido en Manila (Filipinas) en 1918, es licenciado en Derecho Civil y miembro de la Universidad de Santo Tomás, en su ciudad natal, donde explica Derecho Natural, Filosofía del Derecho y otras disciplinas. Colaborador de diversas publicaciones filipinas, como «Unitas»—revista universitaria—, ha firmado numerosos artículos sobre Filosofía, Historia, Derecho y Política. En la actualidad prepara «Comentario a la Constitución de Filipinas» y una biografía del Dr. José Rizal. Ha triunfado en numerosos certámenes literarios y ganó el primer Premio Territorial del Concurso Literario Internacional (Nueva York, 1937).



No debe ser mal oficio escribir desde el cielo. Manuel González de Aledo—nacido en Madrid, 1918—puede hacerlo por cuanto es escritor y por cuanto es, si no ángel, aviador. Antes de 1936, González de Aledo ya fundaba con otros escritores un periódico—«La Tribuna»—y posteriormente colaboró y colabora en numerosos periódicos y revistas españoles. Autor de algunos sainetes—uno de ellos, «La otra verbena», premiado por la Asociación de la Prensa, de Madrid—, este comandante de Estado Mayor del Aire publicó en 1941 su primer libro de versos: «De mi baja lira». A la lira alta, o la lira aérea, corresponde la idea de esta visión de España, desde lo alto, que aparece en la página 15.



Si en un tiempo anduvo por la Guinea con salacot y pantalón corto, Francisco Soriano Frade vive ahora en un clima más amable: en Mallorca, en Palma, donde desempeña el cargo de delegado provincial de Educación Popular. Nacido en Madrid en 1914, y licenciado en Derecho, S. F. entiende hoy en antigüedades de imprenta como anteriormente entendió en la Administración territorial de Río Benito y, después, en la de Koyo, en la Guinea española. A propósito de la imprenta a que se refiere Soriano Frade—la más antigua del mundo entre las que funcionan—, podemos añadir aquí que el próximo día 2 de junio será inaugurado el Museo Guasp en la capital de las Baleares.



Pocas noticias han llegado a MVNDO HISPANICO sobre Elías Ugarte Figueroa, autor del cuento «Un indio tiene miedo de vivir», que aparece en la página 33 de este número. Si acaso, que este cuento fué premiado con medalla de plata y diploma en el VI Concurso Literario e Histórico Interamericano de la Asociación Internacional de Escritores, de Buenos Aires (1950). Anteriormente, Ugarte había obtenido en su patria—Chile—varios premios literarios, entre ellos el primero del Concurso Nacional Chileno de Cuentos (1942), organizado por un diario chileno, y en la actualidad prepara un volumen que recogerá los cuentos que ha escrito en los últimos años.



Aunque vive en Madrid desde los seis años, Manuel Mampaso es otro español más de los que, por una circunstancia u otra, han nacido en la muelle Galicia. Mampaso Bueno inicia su colaboración artística en MVNDO HISPANICO—páginas 21-22-23—en los momentos en que su firma se impone en las revistas y en la decoración madrileñas. O dicho de otra forma, a los dos años de acabar sus cursos en la Escuela Superior de Pintura, donde disfrutó becas de paisaje y donde ganó el premio de Arte decorativo. Manuel Mampaso, aplicado preferentemente a la pintura mural, es ilustrador de periódicos varios y director plástico del semanario «La Hora», de Madrid. (N. en La Coruña, 1924.)

ESCUDOS HISPANICOS

Esta Sección, que consideramos medio de entretenimiento, medio de información y examen para los lectores de buen humor, puede ser el termómetro que mida los grados de su cultura. Sus conocimientos heráldicohistóricos y su capacidad de repentización, lector, pueden calibrarse de este modo: Si usted contesta con acierto 15 de las 21 preguntas propuestas, puede considerarse calificado de sobresaliente; si contesta 10, la calificación será de notable, y si resultan menos las acertadas, la calificación será de aprobado, y gracias.

1.—Costa Rica.
2.—Chile.
3.—Bogotá.
4.—B. Aires.
5.—Bolivia.
6.—Quito.
7.—Río Janeiro.
8.—Paraguay.
9.—Panamá.
10.—Venezuela.
11.—Nicaragua.
12.—Madrid.
13.—Guatemala.
14.—Méjico.
15.—Montevideo.
16.—Lima.
17.—El Salvador.
18.—Honduras.
19.—Santo Domingo.
20.—Manila.
21.—Habana.




KLM
LINEAS AEREAS HOLANDESAS